

AL

PRIMER

VUELO

CAMPILLOS

PASCO

34
CIC

M
REDA

2

O

O

O

O

O

O

O

O

O

O

O

O

46747
PQ6-5-54
.P3
A4
v.2

R

PASILLA

017477

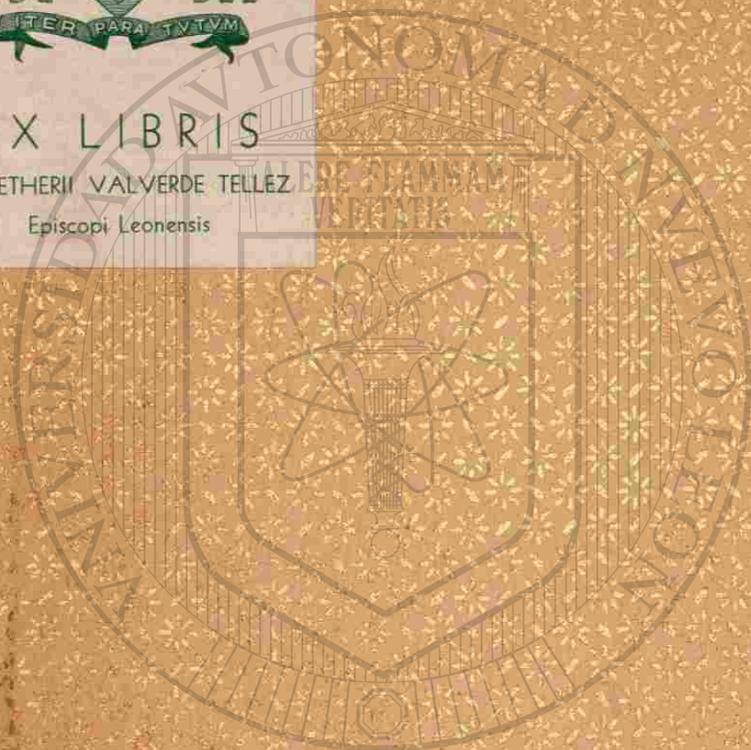


1080019043

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

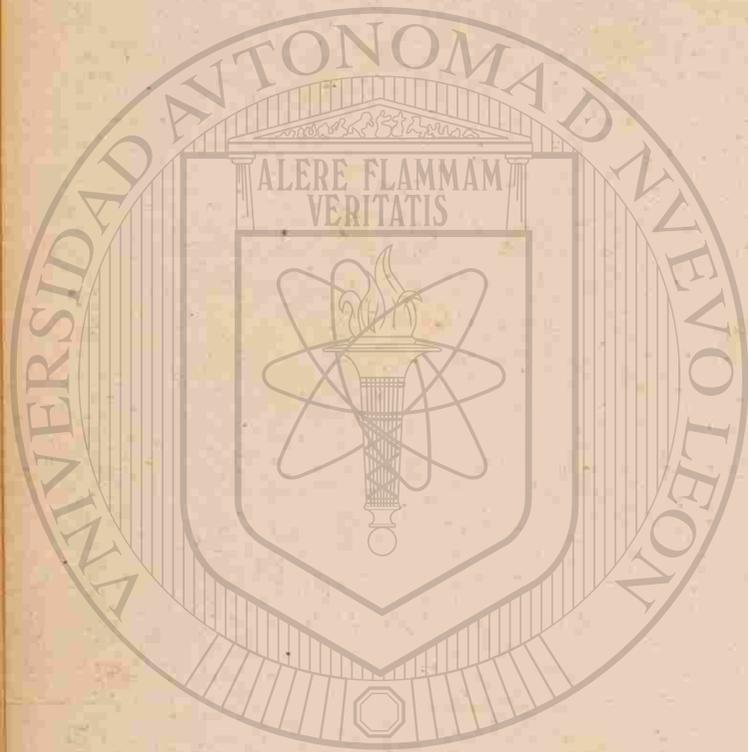
Episcopi Leonensis



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



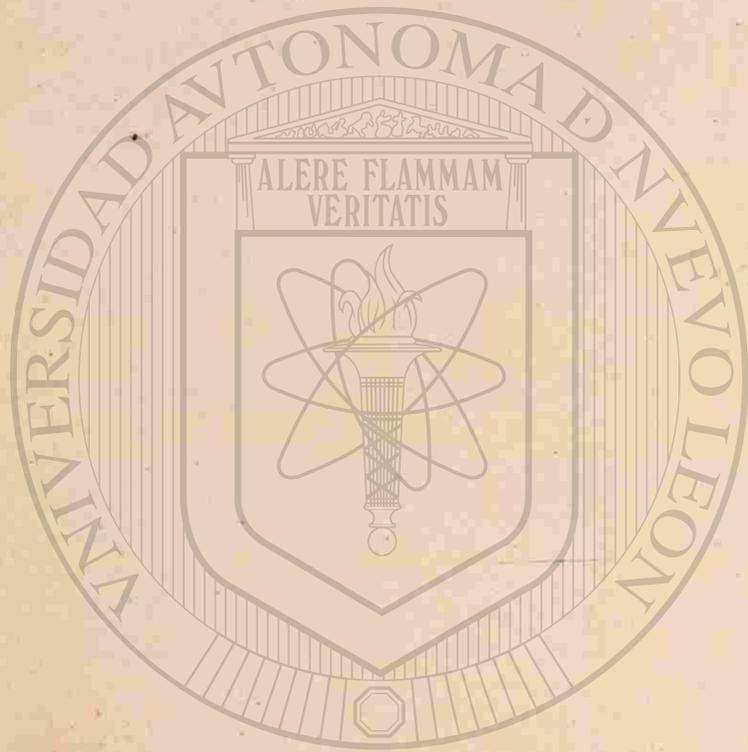
AL PRIMER VUELO

UANI

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas	_____
Núm. Autor	<u>P 424a</u>
Núm. Adg.	<u>10477</u>
Procedencia	<u>- 6 -</u>
Precio	_____
Fecha	_____
Clasificó	_____
Catálogo	<u>629</u>



HENRICH Y CA EN COMANDITA — EDITORES

SUCESORES DE N. RAMÍREZ Y CA

J. M. DE PEREDA

AL PRIMER VUELO

(IDILIO VULGAR)

ILUSTRACIÓN DE APELES MESTRES

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tolosa

TOMO II

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BARCELONA — 1891

IMPRESA DE HENRICH Y CA EN COMANDITA

SUCESORES DE N. RAMÍREZ Y COMPAÑIA

Pasaje de Escudillera, número 4



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

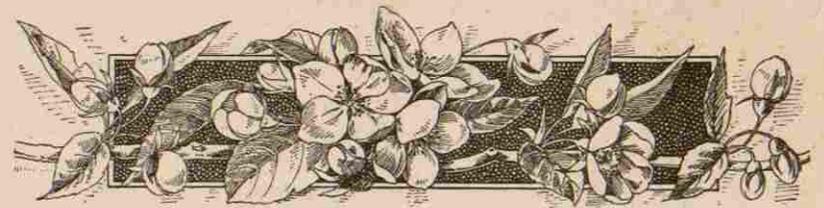
10477

46747

PQ 6554

P3

A4



UANI

I
LAS PRIMERAS SEMANAS

DESPUÉS de haberla temido tanto Nieves, le resultó hasta entretenida la tarea de pagar las visitas que debía entre las recibidas de los villavejanos en Peleches; porque, bien mirado el asunto, tenía su lado original y pintoresco; y ella, al fin y al cabo, era algo artista y muy observadora. Sorprendió á Rufita González en ena-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

010477

guas y en pernetas, huyendo por el pasillo al conocer la voz de los que llamaban, después que su madre les había abierto la puerta. Tuvieron que esperarla un buen rato en la sala, que era pequeñita, como toda la casa desde el portal, y vieja, por supuesto, con puertas acuarteronadas, cerraduras y pestillos enormes y vidrios muy chiquitines, donde los había. Se llenaba la salita, que no estaba sucia propiamente, con cinco sillas y un sofá de paja; una consola con su espejillo encima, dos floreros y el retrato de Nacho, de la misma edición que el que tenía Nieves; un veladorcito en el centro con tapete de *crochet*; seis litografías con marco enchapado de caoba, en las paredes, y tres felpudos de colores en el suelo. Nada de cielo-raso. En Villavieja apenas se conocía ese lujo ni aun en las casas más pudientes: el maderaje descubierto, con un par de lechadas ó dos manos de una tierra amarilla que abundaba en un covachón de la sierra.

La vivienda de las Escribanas era mucho mayor y hasta mucho más vieja. Se entraba por un portal oscuro, con gallinero y todos

sus accesorios y *consecuencias*. La escalera tenía dos tramos solos: el primero y más corto, de asperón desgastado por el uso; el segundo, que descargaba en el piso, de tablones de encina, negros y revirados ya de puro viejos. La sala de recibir era ancha y larga, pero baja de techo, y éste embadurnado de amarillo. Tenía dos alcobas y un gabinete; las puertas, macizas también y de abultado herraje; y como allí «se daban» reuniones, abundaban las sillas más que en casa de Rufita González, y aun había algunas de tapicería de lana; las alfombras eran de fieltro; se contaban hasta cuatro rinconeras con baratijas del bazar de Periquet, y sobre la consola, amén de los clásicos floreros con fanal y un relojillo de bronce que no andaba años hacía, más baratijas valencianas y muchos caracoles y cascaritas de la playa. Debajo de la consola una guitarra, á cuyos sonos, arrancados por las uñas de la Escribana mayor ó de dos «chicos» que alternaban con ella en las noches de reunión, se bailaba; mucho lazo de colores y sendas tiras moldeadas, de latón amarillo, en los cortinajes de las

alcobas; las historias, en litografías iluminadas, de *Moisés* y de *Ricardo en Palestina*, con marcos revestidos de papel dorado; los indispensables tapetes de gancho en los veladores del gabinete y de la sala, y hasta tres escupideras de caoba, con serrín sobre papel blanco, distribuidas en ambas piezas. Bastante aseo en todo lo que estaba á la vista, y mucho ruido *adentro*, como de metralla de vasar y cánticos en falsete arriba, y abajo el incesante cacarear del averío.

La morada de don Eusebio Codillo: en la Plaza Mayor, con el retrato del monarca reinante (porque era él, Codillo, del ayuntamiento) en el testero de la sala, grande, vieja y sin cielo-raso también, con muchas sillas, dos sofás, dos consolas, cuatro flores, seis alfombritas, casi, casi de verdad, y mucho monigote valenciano por todas partes; un piano resobado, punto más que clavicordio, á juzgar por su vitola humilde y anticuada; guirnaldas y ramilletes de flores contrahechas en paredes, mesas y veladores... y mucho gato, vivo y efectivo, de todos pelos y tamaños, entrando

y saliendo paso á paso, con el rabo en alto y muy derecho, enratonados unos, zalamerillos otros, y todos muy sobones y entrometidos.

Y así por este orden, alojadas todas las familias de igual pelaje, gato, perro, lorito, velador ó colgajo más ó menos.

En otra jerarquía más elevada, los Vélez en su casereton de alta y ennegrecida fachada, llena de escudos mohosos y de balconajes oxidados, empotrada y reventándose entre otras dos que, por lo humildes y despatarradas, parecían estar sosteniéndola por obra caritativa; el portal enorme, oscuro, lóbrego y con el suelo de adobes; la escalera, ancha, de zancas trémulas y peldaños jibosos; luego el vestíbulo, tan grande y tan sombrío como el portal, con gran banco de madera con escudo de armas tallado en el espaldar, arrimado á la pared debajo de un tapiz descolorido ya y hecho jirones; después el estrado, como cuatro vestíbulos de grande, con su tillo de anchas, abarquilladas y viejísimas tablas de castaño; su techo de viguetería descubierta, de la misma madera y del

propio color que el suelo; sus claros abiertos á la fachada, como tragaluces de mazmorra, por lo bajos y lo espesos; sus sillones de alto copete, penetrados de la polilla; sus cornucopias desazogadas; sus alfombras raídas; sus retratos de familia pintados en lienzo, y su Ecce-Homo en cobre, borrosos y mordidos por la sarna de los tiempos; sus damascos lacios y descoloridos; sus dos consolas con columnitas de basa y capitel de metal dorado, sosteniendo los sempiternos candelabros de malaquita y bronce; y en fin, su péndulo asmático, de *carillón* que ya no funcionaba; y el estrado y el vestíbulo y la escalera y cuanto podían distinguir los ojos del profano visitante, todo á media luz, y limpio y reluciente y silencioso, inmóvil, frío y con el vaho de las criptas, como si allí no hubiera hogar ni se viviera.

Al revés de la otra casa, el alcázar de la otra dinastía de Villavieja: la mansión de los Carreños, la menos vieja de todas las de la villa, con su poco de color en la fachada, vidrieras de á cuatro cristales, un jardinillo en la trasera, suelos firmes y

á nivel y techos de cielo-raso; la chimenea ahumando casi siempre; mucho ruido de sartén y mucho tufo de cocina; mucho barullo en todo, y para todo poco aseo; los muebles casi amontonados en la sala; los colores crudos y chillones; mucha jaula con pájaros de mucha voz y grande y sucio comedero, como el mirlo y el malvís entre otros; palomar en la buhardilla y mastín suelto en el portal; en fin, dinastía sin abolengo, plebeya, encumbrada por la fuerza del dinero y de la intriga en tiempos no lejanos.

Algunas familias de las visitadas, las que habían subido á Pelechés á ofrecer de todo corazón sus respetos á los señores, los agasajaron en la visita con vinos dulces, bizcochetas y rosquillas, como era costumbre allí; y si no la siguieron las Escribanas y otras gentes tales en idéntica ocasión, fué porque no se les había hecho á ellas el mismo agasajo en Pelechés. Puntillos de etiqueta entre *iguales*.

Por supuesto que las Escribanas la armaron también aquel día. A media visita, la mayor de las tres, que, como se recordará,

estaba algo picada por haber visto á Leto, tan desabrido con ella, despepitarse con Nieves, y además sabía lo del paseo marítimo y otra porción de cosas, ciertas ó soñadas, y era de suyo tan vehemente, cogiendo la ocasión por los cabellos ¡zas! allá va una catilinaria sobre la falta de educación de «ciertos villavejanos que tenían en poco á las Santas del lugar, y luego se desvivían por adorar al primer zancarrón que les traían de la Meca». Las otras Escribanas, conociendo adónde iba el golpe, trataron de desviar la puntería con unas chanzonetas á su modo; pero la Escribana mayor no estaba jamás para bromas de sus hermanas, y en aquella ocasión menos que nunca. Largó, pues, el saetazo de protesta; respondieron las otras con las respectivas puñaladas; comenzó á reír la madre sin ton ni son; entróle miedo á Nieves; miró á su padre que la comprendió en seguida; despidiéronse con la mayor prudencia posible, y, sin saber, afortunadamente, de qué se trataba, salieron de la visita, oyendo desde el portal,—no obstante la batahola de aletazos y cacareos

del averío al dispersarse temeroso,—la que quedaba armada arriba entre las cuatro mujeres.

También Rufita González echó sus garbancitos fuera de la olla, disparándose sobre el tema de su «primo carnal» al enseñar á los de Pelechés el gabinete que se le había dispuesto «en aquella pobreza», por si tenía á bien aceptarle cuando viniera, con el cariño con que había de serle ofrecido. De aquí pasó de un salto á los rumores públicos, á las bromas que á ella la daban amigos y conocidos, y á lo equivocados que andaban unos y otros en el supuesto. Fué largo el disparo y terminó de este modo:

—Lo que yo les digo: eso á los comparientes de Pelechés, si acaso; allí hay hermosura y elegancia y trigo por largo ¡ja, ja, ja!... para tentar las codicias y los buenos gustos de un joven tan distinguido y tan hermoso como mi querido primo carnal... ¡Ja, ja, ja, jaaá!...

La canción aquella, por repetida y chabacana, puso colorada á Nieves y supo á rejalgar á su padre.

— ¿Pero has notado qué tema el de esa chica? — díjole aquélla en cuanto pisaron los dos el suelo de la calle. — ¿Por qué le tiene?

— Porque es una tarasca — respondió Bermúdez — que se alampa por novio y quiere que le cuelguen ése.

— Y lo que supone de él... y de mí, ¿de dónde sale y por qué lo dice ella?

— Esas cosas se suponen siempre por el público entre primos como vosotros, ó las dan por supuestas y se las espetan á los interesados, con distintos fines, marimachos imprudentes como Rufita González.

Durante estas tareas, los de Peleches, antes de subir á casa, tomaban un respiro en la botica y echaban un párrafo con los boticarios sobre las gentes y las cosas recién vistas y pasadas.

— Enséñeme usted más acuarelas — decía á lo mejor Nieves á Leto, — ó más dibujos.

Y Leto la complacía de muy buena gana; y con motivo de los dibujos ó de las pinturas, otro párrafo mano á mano entre la sevillanita y el mozo farmacéutico, párrafo que á éste le sabía á gloria.

— Tiene usted que enseñarme — le dijo ella en una de estas ocasiones — á pintar estas manchas de árboles. A mí no me salen más que emplastos, que lo mismo pueden ser peñascales que arboledas ó que nubes de granizo... Suba usted esta tarde, si no tiene mucho que hacer...

Y subió Leto por la tarde.

Otro día le dijo en la botica:

— He echado á perder aquello que dejó usted empezado para que yo lo continuara. Suba usted esta tarde para enmendarlo, si es que tiene enmienda.

Y subió Leto también.

En estas y otras, se acabaron las visitas, y los señores de Peleches proclamaron la independencia del solar, con todos sus habitantes, usos y buenas costumbres.

Por remate del *acto* dijo el padre á la hija:

— Hemos cumplido nuestro deber, no sólo como honrados, sino como héroes. Ahora, hija mía, buen corazón para todos y buena cara donde quiera que nos encontremos con ellos; pero nada más y como si no hubiera habitantes en Villavieja. Si

ladran, que ladren; si muerden, que muerdan. ¡Viva la libertad con orden! como se gritaba en cierta ocasión; y á vivir á nuestro regaladísimo gusto ¡canástoles! que para eso hemos venido aquí.

Desde aquel acuerdo solemne entró la vida de los Bermúdez en los ordenados términos de los planes traídos de Sevilla en embrión. Puestos así en tela de juicio en Peleches, don Claudio Fuertes trazó las líneas generales del extenso programa, y el hijo del boticario, que fué llamado á aquel respetable consejo como elemento indispensable de acción y de inteligencia, completó la obra acomodándola en todo, por todo y para todo, á los deseos y á los gustos de Nieves.

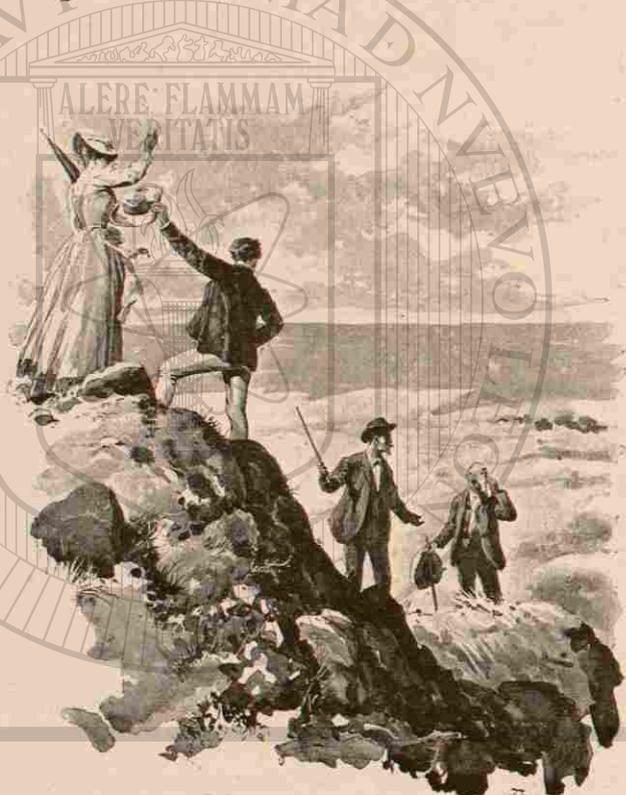
Los días eran largos, el tiempo estaba á placer y Nieves en sus glorias madrugando mucho y acostándose tarde. Había, pues, tela abundante en qué cortar, y el buen humor, la salud y los recursos daban para todo: para el campo y para la mar; para lo de puertas afuera y para lo de puertas adentro; para la vida activa á la intemperie, y para la del arte y la de familia

á la sombra de los viejos paredones de Peleches...

Con su tartana y sus rocines de alquiler, hizo un gran agosto en aquel mes de julio *Patafullera*, un mesonero cojo de la villa, que vivía de esas y otras industrias más ó menos honradas. A estas expediciones en tartana, por el camino real unas veces, y las más de ellas á campo travieso, vega arriba, con el pretexto de haber feria en Rudaces, ó mercado en Soletos, ó romería en Campillos, concurría muy gustoso don Adrián.

Pero las excursiones que prefería Nieves eran las que hacía á pie con su padre, Leto y don Claudio, muy de mañana ó á la caída de la tarde, trepando de breña en breña, de altura en altura, para admirar nuevos panoramas ó descubrir más vastos horizontes; ó descendiendo á las hondas y sombrías cañadas para acopiar el musgo aterciopelado y el finísimo helecho que andaban allí tirados por los suelos, y no había modo de que los produjera el de su patria natal, con ser «la tierra de María Santísima». Mucho le gustaban también

estas expediciones á don Alejandro, pero no podía siempre con ellas; y en tales



casos, iba sola Nieves con sus amigos, que no se cansaban nunca y eran bien de fiar. A Bermúdez no le importaba un rábano

tragarse delante de don Claudio Fuertes cuantas bravatas había echado por la boca en cierta ocasión, á trueque de ver á su hija satisfecha.

Con estas recreaciones se entreveraban de vez en cuando las de paseo y pesca en el yacht; en las cuales, excusado es decirlo, no tomaba parte, ni de lejos, el de los llanos de Astorga; y aun el mismo Bermúdez la tomaba de muy mala gana; tanto, que un día declaró á Nieves que no podía más con aquello.

— No me mareo precisamente,—la dijo,— y hasta *creo* que pescar es cosa divertida, y que dentro de la bahía no hay peligro ninguno en el balandro; pero no me siento bien allí, ni... vamos, ni con toda la tranquilidad que se necesita para que el placer resulte...

— ¡Ay, papá! — exclamó Nieves con la más honda pena. — ¡Y á mí que me gusta tanto!

— Pues, hija mía, buen provecho, — repuso don Alejandro: — mi gusto no perjudica al tuyo.

— ¡Cómo que no?

— Como que no. Yo me quedo, y tú te vas...

— Pero ¿estará bien eso, papá?

— Y ¿por qué no ha de estarlo, canástoles? Leto y Cornias bien de fiar son en todos sentidos. ¿No te parece?

— A mí sí... Pero pudiera chocar...

— Pues, hombre, ¿estaría bien que hubiéramos venido á Peleches para eso! ¡Bah, bah, bah! Y por último, ¿no vas por tierra, sin que choque, con Leto y con don Claudio? Pues vas embarcada con Leto y Cornias; y pata.

La cuenta no fallaba así; y ateniéndose á ella, fué Nieves en el balandro más de una vez sin que la acompañara su padre.

Este género de vida duró dos semanas bien cumplidas; y al fin de ese tiempo cayeron la hija y el padre en que si ellos no habían venido de Sevilla con otro fin que divertirse, don Claudio Fuertes y el hijo del boticario estaban en muy distinto caso. Si no el primero, el segundo, con toda seguridad, tendría obligaciones desatendidas; y no había que ser egoísta en los placeres. Bien que se contara siempre con

los amigos; pero no para todo y á todas horas hasta mortificarlos.

En virtud de estas reflexiones, se suspendieron por unos días los paseos campestres y los marítimos; cesaron también las sesiones de dibujo y de pintura que solían tener los dos jóvenes para desarrollar apuntes del natural, tomados por Nieves bajo la dirección de Leto en sus excursiones por mar y por tierra, y únicamente quedó como estaba la tertulia del anochecer, á la cual concurría también el viejo boticario.

A propósito de estas tertulias. En una de ellas, estando Leto de codos al balcón del saloncillo, mientras Nieves tocaba adentro una melodía de Schubert, se dejó llevar distraído de la impresión que le causaba siempre la buena música, y particularmente la que le era conocida, y acabó por seguir á media voz el canto de la melodía. Oyóle Nieves, empeñóse en que la voz era excelente; y de tal manera se empeñó y con tal arte se compuso y con tales esfuerzos la ayudaron en su deseo su padre y don Claudio Fuertes, que Leto cantó la melodía en el saloncillo acompañándole ella al piano.

Se apunta este dato como una de las más visibles pruebas de que no andaban muy acertados los señores de Peleches en el supuesto de que á Leto le mortificaba aquella vida en que le traían metido. Por el balcón abajo se hubiera tirado él dos semanas antes, primero que cantar delante de alma nacida lo que acababa de cantar en presencia de unas personas tan respetables como aquellas. ¡Si estaría domesticado y le parecería el yugo blando y llevadero!

Hasta los mismos señores de Peleches, mal acostumbrados á la compañía continua de los amigos, se hallaron desorientados sin ella. Sustituyeron las largas excursiones con paseos *racionales*; y aun para éstos, por quererlos dar su hija muy de mañana, se halló perezoso el padre. Endosó á Catana el cargo de acompañar á «la niña» á aquellas horas; pero la rondeña, tras de ser muy mala andadora, gruñía más que andaba al lado de Nieves; y prefiriendo ésta ir sola á tan mal acompañada, redujose á dar así, es decir, sola, unas vueltas alrededor de la casa y por la Glorieta... hasta que poco á poco, hoy por este herbacho, mañana por

aquella flor, otro día por el detalle de más allá, fué alargando el radio de sus paseos. Y como le dijo su padre entonces:

—O se está ó no se está en el campo; ó hay ó no hay libertad omnímoda en él; y por último, por aquí no andan perros ni



ganados ni cosa alguna que temer, porque no es camino para ninguna parte del mundo.

Y así aprendió Nieves á andar sola por aquellas alturas, y á alargar los paseos, tan descuidada y contenta, hasta cerca del pinar, por una parte, y hasta el Miradorio y aun hasta el muelle por otra, con la som-

brilla al hombro y el libro ó los avíos de dibujar en la mano, durante las primeras horas de la mañana.

No hay que decir lo que, por ley fisiológica, habían influido en el carácter de Leto las nuevas costumbres. No pasaba todavía el hijo del boticario de ser un tertuliano satisfecho y un amigo diligente y afectuoso de los señores de Bermúdez, para andar con ellos por los caminos trillados en que se le ponía *para que anduviera*; pero esto solo, que en absoluto parece tan poca cosa, en un hombre como él acusaba unas modificaciones internas de mucha hondura. Y no había más que verle para convencerse de ello: ya era otro hombre; vestía con más esmero que antes; miraba con más firmeza; andaba mejor; hablaba menos, pero más al caso... en fin, no era ya el muchachón aturdido y abandonado á sus rarezas, sino el mozo discreto y convencido de *algo*, con su poco de carácter y su sello de legítima personalidad. Todo esto le mejoraba y embellecía indudablemente, por lo que el viejo boticario no se cansaba de mirarle ni cesaba de sorprenderse.

— Verdaderamente, Leto, — le dijo en una ocasión, — que lo tenía yo pronosticado... porque, aunque no he visto mucho, los años ¡caray! son grandes maestros y enseñan de todo... eso es. Yo bien sabía que quien lo tiene es quien ha de darlo ¡caray! y no otro alguno, sí señor... Tú te empeñabas en que no había nada dentro de ti; yo en que sí lo había, eso es... como está la chispa en la piedra... justamente, eso es, como la chispa en la piedra: lo que faltaba era el eslabón de acero, el eslabón ¡caray! que diera el golpe... Pues ya pareció el eslabón... se dió el golpe... sí señor, sobre la piedra... eso es... y saltó la chispa... Porque la había, ¡caray! porque la piedra era de darlas... y yo me salí con mi empeño... La vida que aquí traías, no era mala verdaderamente, porque tú eres bueno por naturaleza; pero tampoco era envidiable, eso es, ni la más al caso para que un mozo de tus prendas las hiciera fructificar en lo que valen... Vinieron esos señores... nos honraron con su trato... eran, por suerte, el eslabón... la piedra chocó con él... y saltó la chispa, Leto... la que tú tenías

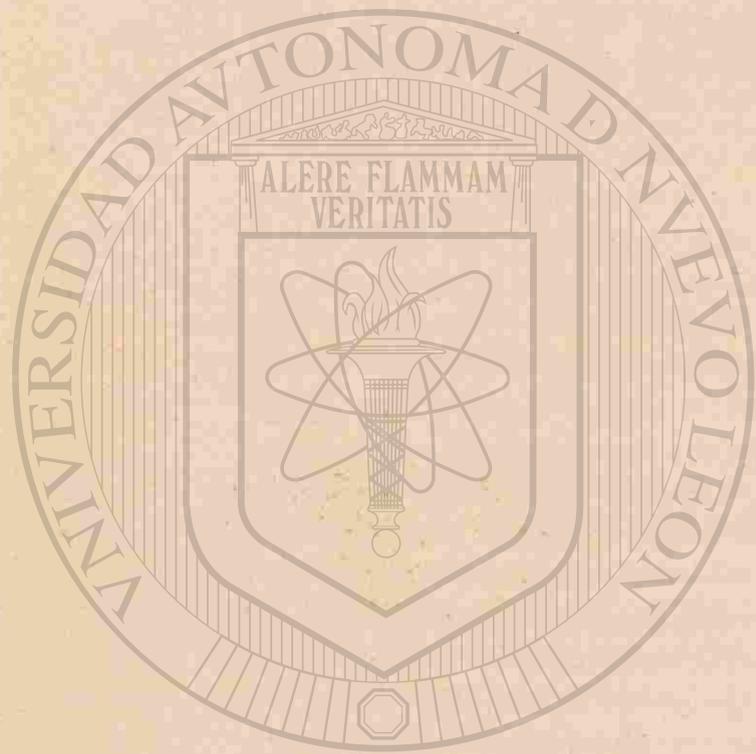
allá... eso es. Ya eres otro: ya estás donde yo quería y esperaba verte... no tan pronto, es verdad, y esto es lo que me sorprende y maravilla: pero, al fin, estás... estás, eso es; y puesto que estás, procura no perder lo adquirido; guárdalo ¡caray! como un tesoro que es tuyo legítimamente, descubierto en tu propio terreno... eso es... Mañana ó el otro, esos señores se irán por donde han venido, y sería una triste gracia, Leto, que en cuanto se quitara el puntal se nos viniera la casa abajo... No señor, ¡caray! no señor. Los buenos hábitos que has adquirido y vas adquiriendo, debes conservarlos siempre, eso es; porque esos hábitos, según vayas entrando en la vida, te irán conquistando estimación y respeto. Por eso mismo representan un capital grandísimo, ¡caray! ¡Quién sabe, hijo mío, quién sabe cómo andarán las cosas del mundo en adelante, al paso que hoy vamos, y de dónde soplarán los vientos? Y en estas dudas, bien fundadas, Leto, bien fundadas... eso es... tener un rumbo bien marcado, una voluntad bien firme y un juicio como Dios manda, es estar fondeado en el puerto en medio de un

temporal... Vive, vive agradecido á esos señores que tanto nos favorecen; cultiva su trato y sírvelos sin llegar á cansarlos ni á molestarlos en tanto así... ¡caray!... eso es; aprovecha sus lecciones, y vete, vete preparando debidamente la casa para cuando se vea sin puntal. Eso es...

No se sonrió Leto en aquella ocasión como en otras idénticas oyendo las especiales homilias de su padre, acaso porque estaba distraído en otras meditaciones, ó quizá porque abundaba en las mismas ideas del predicador... Lo mejor fué para todos que, rebosándole al hijo de don Adrián los deseos de que estaba henchido, y siendo bien notorios también los de don Claudio, depusieron sus escrúpulos los Bermúdez, y volvió á restablecerse en Peleches la vida aventurera y divertida de las primeras semanas.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV.
"ALFONSO REYES"
Apto. 1628 MONTERREY, MEXICO



II

CRÓNICA DE UN DÍA

ERA de los últimos de Julio, por más señas, y se había acordado comer en el pinar, en un sitio de mucha sombra, suelo alfombrado de oloroso y tupido césped, con fuente fresca y abundante, y á muy corta distancia de ella, unos detalles muy pintorescos de rocas, jaramagos y troncos viejos que Nieves no había visto nunca y le había

ponderado mucho Leto. Éste tenía varios apuntes de ello en su cartera, y se trataba de que Nieves tomara otros á su gusto. Con ese fin por pretexto, se dispuso la partida; y muy tempranito salieron de Peleches los cuatro expedicionarios: don Alejandro y su administrador, armados de sendas escopetas para tirar á las tórtolas que se les metieran por los cañones, y Nieves y Leto con los avíos de dibujar. Nieves, como casi siempre que iba de campo ó á la mar, llevaba el pelo recogido en una sola trenza caída sobre la espalda, con un gran lazo en el extremo inferior; un sombrero de paja de anchas alas y cinta del color del lazo del pelo; un vestido liso y muy claro, guantes de seda, botinas de recia suela, y sombrilla de largo palo. Leto, que no tenía mucho en qué escoger, vestía un terno de dril ceniciento, recién planchado; y con esto y unos borceguíes de becerro en blanco, un hongo claro y una corbatita de lunares bajo un cuello á la marinera, componía bastante bien al lado de la esbelta sevillanita. Llevaba en una mano la cartera de Nieves, y en la otra la tijerilla

desarmada, de Nieves también. Él no necesitaba esos utensilios para sus trabajos de campo. Se construía el asiento con lo que hallaba á sus alcances, lo mismo una piedra que un tronco... ó el santo suelo en último caso.

Caminando los dos muy delante de los otros y á la mitad del recuesto para subir al pinar, se detuvo Nieves de pronto, se volvió rápida hacia atrás, paseó la mirada serena y honda por todo lo que se descubría desde allí, incluso el palación de Peleches que descollaba en lo más alto, y preguntó en crudo á su acompañante, que también se había detenido y miraba cuanto ella miraba, y además y muy particularmente, el modo tan suyo que tenía de mirar:

— ¿Qué es lo primero que usted siente en cuanto sale al campo, en un día como el de hoy, espléndido de luz, sin calor que sofocase ni viento que moleste, ni ruido de gente que le distraiga, y en que todo lo que se ve, el suelo, el árbol, la mata, el arroyo, hasta la peña desnuda, trasciende á una misma cosa... como á tomillo y mejorana, ó algo así?

Muchas cosas sentía Leto en tales ocasiones; y por ser tantas y no atreverse á citar una sola y de repente, por miedo á que resultara una tontería, respondió á Nieves, después de pensarlo un poco:

— ¿Y usted que me hace esa pregunta, ¿qué es lo que siente, si se puede saber?

— ¡Yo lo creo que se puede saber! — respondió Nieves, volviéndose hacia el pinar y continuando la interrumpida ascensión.

— Mire usted: lo primero que yo siento es un poco de envidia á los pintores, á los poetas y á los músicos buenos; porque me entran unos deseos tan fortísimos de pintar, de describir y hasta de poner en música lo que voy viendo y oyendo! Para eso quisiera ser el mejor pintor y el mejor poeta y el mejor músico del mundo. ¿Le parece á usted mucho lo que envidio?

Leto se echó á reír; y como halló muy disculpables los deseos de Nieves, así se lo declaró, añadiéndola que á él le pasaba dos cuartos de lo mismo.

Un poco más adelante volvió á hablar la sevilanita, para decir á Leto, también en crudo, pero sin detenerse:

— Es una compasión que no sea usted tan aficionado á pintar al óleo como á la aguada.

— Ya le he dicho á usted en otra ocasión — respondió Leto — que eso consiste en mi falta de paciencia: todo tiempo, por corto que sea, desde que concibo algo hasta que lo ejecuto, me parece una eternidad. No me entretiene como á otros el proceso de la obra puramente mecánica: por eso prefiero el lápiz á la misma acuarela: aunque sin el realce del color, me da primero que ella la expresión del pensamiento ó la imagen del natural.

— Es raro eso.

— Sí, señora; y por lo mismo la ruego á usted que lo tome como confesión de un pecado feo, y no como alarde de un modo de ver digno de imitarse... Ahora — añadió cambiando de tono y de rumbo, — para llegar primero adonde vamos, echemos por este senderito de la derecha... También es un poco raro ¿no es verdad? que en la propia hacienda de ustedes tenga yo que servirlos de guía... porque el señor don Alejandro no hace más que seguirnos los

pasos... ¿ve usted?... y don Claudio Fuertes lo mismo... ¡Si lo tuvieran todo tan trillado con los pies como lo tengo yo!...

Otro ratito de andar en silencio, y otra pregunta en seco de Nieves:

— ¿Conoce usted á Rufita González?

— ¡Quién no la conoce en Villavieja? — contestó Leto.

— ¡Qué bachillera, eh?

De buena gana hubiera confirmado Leto esta opinión con un ejemplo que se le vino á la punta de la lengua; pero considerando que podría mortificar con él á Nieves, si no mentían ciertos rumores y otras determinadas señales, se limitó á decir, marcando mucho el acento admirativo:

— ¡Muy bachillera!...

— Siempre que habla conmigo — añadió Nieves — quiere darme á entender que nuestro primo Nacho desea casarse con ella.

— ¡Carape! — exclamó Leto para sus adentros: — pues ese era mi caso, y ahora resulta que le importa á ella menos que á mí. — Y en voz alta dijo: — Eso precisamente es lo que más la califica.

— Y ¿por qué no ha de ser cierto lo que

afirma? — preguntóle Nieves vuelta un poquito hacia él y enviándole las palabras bajo los fuegos de una mirada firme y serena.

— Porque no puede ser, — respondió Leto con su correspondiente serenidad; — porque no hay razón para que lo sea; y, en cambio, hay una de mucho peso para que resulte mentira.

Nieves no mostró el menor deseo de conocer aquella razón, y así quedó el asunto. Un poquito más allá, preguntó á Leto:

— Y á las Escribanas ¿las conoce usted?

Con esta pregunta se quedó Leto bastante atarugado y algo encendido de mejillas: ¡le había dado tantas bromas el fiscal con la Escribana mayor! Pero se rehizo en seguida, y contestó á Nieves:

— Otras bachilleras por el estilo.

No coló el disimulo; porque Nieves, aunque no le miraba de frente, le pescó el fognazo en la cara y la sacudida que le había precedido.

— No lo decía por tanto, — repuso á buena cuenta y por si había dado en blando la pregunta.

Un poco más adelante y bastante adentro ya del pinar, seguidos á corta distancia de los dos señores mayores que se despistojaban mirando acá y allá por si se rebullía alguna tórtola en las inmediaciones del sendero:

— ¿Llegaremos pronto al sitio ese?

— Antes de diez minutos, — respondió Leto. — Ya estamos casi en la explanadita en que hemos de comer; á poco más de veinte varas á la derecha está lo que buscamos.

— Por supuesto, que traerá usted los dibujos de ello que le encargué anoche.

— Como lo prometí, — respondió Leto señalando uno de los bolsillos de su americana.

— ¿Me los quiere usted enseñar? — le preguntó Nieves.

— ¿Ahora mismo?...

— Ahora mismo, — respondió la sevillana con un mirar que no admitía réplica.

Pasó Leto la tijerilla á la mano izquierda después de haber colocado debajo del mismo brazo la cartera, ó más bien, cartapacio de Nieves, y sacó del bolsillo derecho su

álbum de apuntes... Pero en el momento de entregársele á Nieves, se atarugó más



que la otra vez, y se puso, no rojo como entonces, sino pálido... ¡Carape! ¡buena la había hecho! ¡Pícaro memoria y pícaros

aceleramientos los suyos! No tuvo otra cosa en la cabeza toda la noche, y al fin se le olvidó hacerlo al echarse el álbum al bolsillo, de prisa y corriendo; porque ya se iba sin él... ¡Carape!... Y que ya no había enmienda posible.

Pensando así, entregó el álbum á Nieves, con la forzada abnegación con que se entrega un criminal á la Guardia civil.

—Hágame usted el obsequio de abrirle — la dijo — porque yo no tengo más que una mano desocupada... Esta es la tapa de arriba... Así... Yo le diré en qué hojas están esos dibujos.

— Es que pienso verlos todos, — le advirtió Nieves abriendo el álbum como Leto quería.

Y es claro, en cuanto quedaron sueltos los broches, el álbum se abrió solito por las páginas entre las cuales estaba el contrabando que pensaba Leto escamotear al ir pasando las hojas con la mano libre.

La palidez del pobre mozo se trocó en carmín subidísimo.

Nieves le miró entonces con una sonrisa muy picante.

— Perdone usted — le dijo al mismo tiempo — si esto tiene algún valor especial... Yo no lo sabía.

— ¡Qué ha de tener! — exclamó Leto, sin saber lo que se decía. — Eso es un clavel...

— Ya lo veo, — interrumpió Nieves, como si no se enterara de la turbación del otro; — y rojo... y doble.

— Sí, señora: doble y rojo, — repitió Leto. — Un clavel doble y rojo que yo tenía en la boca en cierta ocasión, mientras dibujaba... ¿Está usted? Pues bueno: estando así, se le partió el rabillo y se me cayó al suelo; y entonces yo... maquinalmente, le cogí... y, maquinalmente, le guardé donde usted le ve; y ahí se ha quedado hasta hoy...

— Muy bien hecho, Leto, — dijo Nieves volviendo á mirarle con la misma sonrisita maliciosa. — Eso es lo que debe hacerse siempre con los claveles que se caen de la boca... y no lo que se hizo con uno que yo recuerdo... Rojo era también y doble, si no me engaña la memoria... y en el suelo se quedó el infeliz... Verdad que no valía

la pena de ser guardado, porque la boca de que se había caído era la mía.

Leto, al sentir esta estocada, se estremeció de pies á cabeza y se puso de veinticinco colores; y Nieves, al verle así, soltó la risa con toda su alma.

— Suyo ó ajeno el clavel, — le dijo en seguida, — el encontráramele yo aquí ha sido causa de un mal rato para usted. ¡Cuánto lo siento! Volvamos la hoja, si le parece, y veamos los dibujos.

¡Qué dibujos ni qué carape! ¡Bueno estaba Leto ya para entender en cosa alguna sino en el asunto del clavel que se le había caído á ella de la boca! Por las señales, no solamente había notado Nieves el suceso que tanto le había preocupado á él, sino que le había parecido muy mal, claro: como tenía que parecerle; como que había sido la mayor gansada que podía cometer un hombre acompañando á una señorita. La casualidad le brindaba una ocasión de acreditar que la falta cometida se había reparado en lo posible... Pues ¡carape! aprovechar esa ocasión sin pérdida de momentos... Que este recelo, que el otro, que

si podría tomarse la aclaración así ó del otro modo, por este lado ó por el de más allá... Que se tomara, ¡carape! que se tomara, aunque fuera por el extremo más absurdo: cualquier cosa menos pasar plaza de rocín en el concepto de una mujer como aquella... ¡Cuidado si tenía picante la alusión que le había hecho!...

Enardecido con el fuego de todas estas reflexiones que le pasaron en un instante por el magín, respondió con gran energía á lo dicho por la sevillana:

— No hay dibujo que valga, Nieves, mientras no quede orillado el punto del clavel que se le cayó á usted de la boca... Hablemos de eso un instante.

Nieves se sorprendió un poco con el arranque de Leto, y le preguntó muy seria:

— ¿Pero usted sabe á qué clavel me refería yo... en chanza?

— Sí, señora, — respondió Leto impávido y resuelto á todo: — al que se le cayó á usted en el Miradorio, y recogí yo del suelo... para volver á arrojarle; en una palabra... á ese mismo clavel que está usted viendo.

10477

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
REYES
1625 MONTERREY, MEXICO

Entonces fué Nieves quien se inmutó, y no poco; pero se repuso al instante, y dijo á Leto en el mismo son de broma que antes y cerrando el álbum:

— Pero, hombre, ¿cómo puede ser eso, si el clavel quedó allí y nosotros continuamos andando?...

— Es cierto, — respondió Leto sin perder una chispa de su ardimiento; — pero volví yo por él en cuanto me despedí de ustedes en la botica, después del paseo.

Nieves no dijo una palabra, ni mostró señal alguna por donde pudiera notársele la impresión causada en ella por la noticia: con el álbum cerrado, pero sin abrochar, en la mano izquierda, continuaba andando y mirando serenamente hacia adelante. Leto, después de una breve pausa, prosiguió:

— Yo no soy hombre de perfiles galantes; pero á mi manera, sé distinguir de colores; y por saberlo, tan pronto como tiré el clavel conocí que no debía de haberle tirado de aquel modo... ni de otro, por si usted lo había notado... y aunque no lo notara: siempre era una cosa muy mal hecha... El

caso es que toda la tarde estuve preocupado con ello... porque, créalo usted, Nieves: un hombre, por despreocupado y modesto que sea, se resigna á pasar por bandolero antes que por ridículo delante de una mujer; y con esta preocupación, en cuanto pude, volví por el clavel; encontréle, y le guardé donde usted le ha hallado ahora, sin otro fin que reparar mi falta en lo posible y tener siempre conmigo la prueba de ello. Yo no soñé con que usted llegara á verla jamás; pero esta mañana al coger de prisa el álbum, me olvidé de sacar de él el contrabando, como lo tenía pensado desde anoche; y le juro á usted á fe de hombre honrado, que no eché de ver el olvido hasta que fui á entregarle á usted el álbum hace un momento. Me dolió un poco la alusión hecha á la inconveniencia mía, y sobre todo el averiguar que usted la había notado; y, entre quedar con el sambenito encima, y el riesgo de que volviera usted á reírse de mí declarándole la verdad, opté por esto, que resulta menos desairado que lo otro... á mi manera de ver.

— Y ¿por qué había de reírme? — observó

Nieves apartando con la contera de su sombrilla cerrada algunas pedrezuelas del suelo que no estorbaban á nadie.

— Por lo que pudiera hallar usted de... inocentada en el caso, es un suponer, — respondió Leto con entera sinceridad; y en seguida añadió: — De todas maneras, ahí está el clavel. Si á usted le pesa ó le parece mal que le haya recogido yo, con volver á tirarle en cuanto usted me lo ordene...

— Y ¿por qué ha de pesarme tal cosa, ni he de darle á usted una orden semejante? — exclamó la sevillanita abriendo otra vez el álbum por donde estaba el clavel. — ¡Pobrecillo! — añadió contemplándole. — ¡Volver á arrojarle al suelo después de haber vivido tantos días en este alcázar del Arte!... Además, usted se le ha ganado en buena ley... Conque déjele donde está, si no le estorba, y vamos á ver los dibujos...

Leto, felicitándose por salir tan fácilmente del atolladero en que se había visto, se arrimó más á Nieves; la cual le entregó el clavel aplastado y marchito, para que no se cayera del álbum mientras le hojeaban.

Hojeándole y andando, llegaron al sitio

apetecido; y por llegar á él, después de ponderarle mucho Nieves, dijo á Leto:

— Yo no quiero dibujar.

— ¿Que no? — exclamó Leto asombrado.

— ¿Y por qué?

— Porque después de ver lo que he visto en el álbum de usted, se me caería el lápiz de la mano. Dibuje usted solo algo nuevo de aquí, pero en mi *block*... digo, si no abuso...

No hubo modo de reducirla á que dibujara, aunque se unieron á las excitaciones de Leto, las de su padre que había llegado ya con su amigo, cansados de husmear tórtolas en balde.

— Y ¿en qué vas á entretenerte? — la preguntó al fin don Alejandro.

— Por de pronto, en coger florecillas y



helechos, que abundan entre estas peñas sombrías. ¡Verás qué guirnaldas y qué ramilletes tan lindos voy á hacer!...

—Vamos, tu manía. A veces vuelves á casa hecha una varita de san José. Corriente. Ya tienes tu ramo de helechos y manzanilla atravesado por el cuerpo, como la banda de una gran cruz, y tu manojito en el pelo, y tu ramillete en la mano. ¿Y después?

—Después, y también antes, de rato en rato, veré lo que va dibujando Leto, y cómo cazan ustedes... hasta que llegue la comida, que de seguro llegará mucho antes de que pueda yo empezar á aburrirme.

Y así sucedió al cabo, para que se cumplieran las profecías de Nieves, y una más, hecha la víspera por don Claudio Fuertes á propósito de las comidas en el campo, á usanza pastoril. Estas comidas en el santo suelo, con música de pajarillos y aromas silvestres, eran, en opinión del comandante, de lo más hermoso pintadas en un papel; pero gozadas al natural, resultaban un suplicio.

Todos convinieron con el preopinante,

mientras buscaban posturas insufribles para llevarse á la boca las viandas en salsa tibia, ó el pan con tábanos, ó el fiambre con correderas. Pero había que hacerse á todo para saber de todo. Por último: ó se estaba en el campo ó no se estaba.

Ello fué que antes de las dos de la tarde, los de Pelechés saboreaban con delicia la frescura de la sombra de los hidalgos paredones; y el comandante Fuertes y el hijo del boticario bajaban por la Costanilla en busca de las respectivas madrigueras.

Media hora después hallábase Nieves en el saloncillo del Nordeste, contemplando y admirando los dibujos hechos por Leto en el pinar, y confundiendo en sus mientes con esta admiración al talento de su amigo, el análisis minucioso del otro caso, del extraño caso del clavel, que ella había descubierto por una casualidad. Estando á vueltas con estos pensamientos, entró su padre muy diligente, con una carta en la mano y diciendo:

—Oye, oye, Nieves: una buena noticia.

Dejó Nieves lo que hacía y lo que pen-

saba, y se volvió hacia su padre preguntándole qué noticia era ella.

— Acabo de recibir con el correo de hoy esta carta que es de tu tía Lucrecia. Según me dice la pobre mujer, que continúa engordando sin consuelo, Nachito había salido la antevíspera. Deja para la vuelta la visita á los Estados Unidos, y viene por Inglaterra desde Veracruz. Contando con lo que piensa detenerse en Londres y en París, calcula que podrá estar en Villavieja, digo en Peleches, á últimos del mes que viene, de Agosto... Nada, canástoles: mañana, como quien dice... Toma la carta; puedes enterarte de ella si quieres...

— ¿Para qué? — dijo Nieves inalterable y serena.

— «¡Para qué!»... ¡Otra te pego!...

¿Para qué se entera uno de las cartas que lee?

— Pues si ya estoy enterada, papá.

— Ya, ya: pero me parecía á mí que, en tales casos, debiera picarnos la curiosidad un poquito más de lo que nos pica... Eso es... Yo no sé qué canástoles me sucede

contigo siempre que sale á danzar este punto... No acabo, vamos, de... En fin, que no veo á mi gusto las...

Nieves, que le miraba de hito en hito, viéndole tan apurado se echó á reir y le puso las manos sobre los hombros:

— ¿Quieres que me ponga á bailar por la noticia? — le preguntó. — Dime que sí, y ya estoy bailando.

— ¡Pataratas! — respondió Bermúdez fingiéndose más contrariado de lo que estaba. — Yo no quiero extremos, Nieves: no quiero otra cosa que lo regular. A mí se me figuró que la noticia había de alegrarte, y vine corriendo á dártela.

— Y me alegra, papá, y te la agradezco mucho; sólo que yo soy así, vamos, poco aparatosa para expresar lo que siento. No es culpa mía, qué quieres.

— ¡Si lo sé, hija, si lo sé!... Pero, se me figuraba á mí que, en vista de esta noticia, cuando menos confesarías la razón que tengo para apurarme muchas veces por un asunto que te hace reir: el asunto de *su* gabinete, que continúa á estas fechas á medio arreglar.

— Abajo tiene el que le destina Rufita, bien emperifollado.

— ¡Otra vez la broma! Pues mira, Nieves: me carga por ser broma, y por lo de Rufita: ya sabes que tengo atravesada aquí, detrás de la misma nuez, á esa tarasca de los demonios, grosera y sin pizca de educación.

— ¡Es posible que lo tomes en serio? ¡Bah! A mí me incomoda un poco cuando la oigo disparatar... y eso por lo que va conmigo; pero en cuanto la pierdo de vista, te juro que me hace reír... Ríete tú también... Pero ¡ay Dios mío!... Si Nacho ha salido de Méjico, ya no puede recibir allá la carta que yo pensaba escribirle.

— Naturalmente.

— Yo le debía esa carta desde Sevilla; pero como en Pelechés se va el tiempo por la posta... ¡Qué cabeza la mía!... En fin, ya no tiene remedio: le contestaré aquí de palabra; y... ¡quién sabe si así saldremos ganando los dos? ¿No es verdad, papá?

— ¡Ah, picaruela, picaruela! — dijo Bermúdez dándole unos golpecitos en la cara

con la carta de doña Lucrecia. — ¡Si tienes tú más trastienda cuando te conviene!...

Y se fué tan satisfecho. Nieves, con ojos cariñosos, pero que parecían algo compasivos, le vió salir; y en seguida se sentó al piano y comenzó á preluir una melodía de Schubert, que ella sabía de memoria... y Leto también.

En la tertulia de aquel mismo día, el hijo del boticario no estuvo tan en lo suyo como de costumbre: se distraía con frecuencia y parecía que le hormigueaba algo sobre el cuerpo y sobre el espíritu. Cuando entró con su padre, don Alejandro y su amigo el comandante discutían sobre unas noticias políticas que el primero acababa de leer en los periódicos, y Nieves, sentada en el balcón, se adormecía al arrullo de las lejanas rompientes de la mar... Leto, que cabalmente flaqueaba por el lado de la travesura para entretener á las mujeres, y aquella noche mucho más, iba y venía de la sala al balcón y del balcón á la sala, pescando aquí dos palabras y dirigiendo allá otras dos á Nieves que estaba muy poco habladora. En una de sus idas al balcón, después

de haber contemplado en la salita maquinalmente el retrato de Nachito, dijo á Nieves, por decirle algo:

— Y es guapo de verdad el primito ese.

Se lo tenía dicho á Nieves en más de diez ocasiones; y en otras tantas le había contestado ella lo mismo que le contestó entonces:

— No está mal así.

— Ya luego vendrá, — añadió Leto por primera vez.

— Pregúnteselo usted á Rufita González, — contestó Nieves muy seria, — que lo sabrá con exactitud...

¡Carape si la picaba Rufita González en aquel particular! Pero no se dió por tentado de la sospecha, y dijo sencillamente:

— Y ¿por qué lo ha de saber Rufita mejor que usted?

— Porque ya tiene el gabinete preparado... y hasta los dulces para la boda. Aquí sólo sabemos, por carta que se ha recibido hoy, que vendrá á fines de Agosto.

— ¡Qué pronto! — exclamó Leto dejándose llevar, sin duda alguna, de su natural bondadoso.

Y no se habló más de Nacho. Nuevas idas y venidas de Leto.

En una de ellas, es decir, de las idas al balcón, le preguntó Nieves, en crudo como solía:

— ¿Por qué se puso usted colorado en el pinar cuando le pregunté si conocía á las Escribanas?

Leto se alegró en el alma de que la noche fuera tan oscura como era, porque así no se desvirtuaría la sinceridad de la respuesta con la sofoquina que le había causado lo extraño de la pregunta.

— Me puse como usted dice, — contestó sencillamente, — porque, de un tiempo acá, le ha dado á ese culebrón de fiscal por embromarme con la mayor de las tres, sin maldito el fundamento; y ya sabe usted lo que soy en determinadas apreturas.

— Como coincidió lo de la sofoquina de usted — repuso Nieves abanicándose mucho — con el hallazgo del clavel en el álbum...

Leto soltó una risotada; y en seguida dijo á Nieves:

— Gracias por el favor que usted me hacía.

— Hombre, — replicó la sevillana, — sería un gusto como otro cualquiera: para mí todos son respetables. Pero, en fin, más vale que mintieran los síntomas; porque verdaderamente... no era de envidiar el gusto ese... Y á otra cosa: mañana no, porque estaré ocupada en casa, pero pasado mañana ¿podríamos dar otro paseito en el yacht?...

— Ya sabe usted que está enteramente á sus órdenes.

— ¡Cómo me gusta eso, Leto!... Cada día más... Pero, hombre, ¿cuándo haremos una escapadita afuera?

— Pues la haremos un día que esté la mar á propósito y no vaya don Alejandro, que tras de marearse, no tiene los ánimos de usted.

Se quedó en ello y se habló algo de la partida campestre de la mañana y de los dibujos de Leto; hasta que se dió por terminada la tertulia, yéndose á cenar los de casa y á la calle los de fuera.



III

CARTAS CANTAN

QUERIDÍSIMA Virtudes: ¡Cómo me habrás puesto, allá á tus solas! ¡Qué cosas habrás pensado de mí! Al despedirme de ti en Sevilla, muchas promesas; y después, si te he visto no me acuerdo. No te lo digo porque sea verdad, sino porque imagino que lo dirás tú cuando me tienes en la memoria. Ni es verdad eso, ni siquiera de su casta... Es

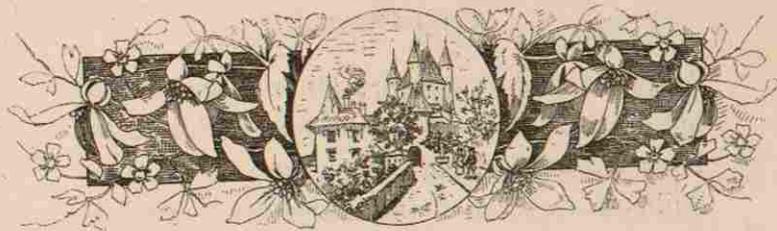
— Hombre, — replicó la sevillana, — sería un gusto como otro cualquiera: para mí todos son respetables. Pero, en fin, más vale que mintieran los síntomas; porque verdaderamente... no era de envidiar el gusto ese... Y á otra cosa: mañana no, porque estaré ocupada en casa, pero pasado mañana ¿podríamos dar otro paseito en el yacht?...

— Ya sabe usted que está enteramente á sus órdenes.

— ¡Cómo me gusta eso, Leto!... Cada día más... Pero, hombre, ¿cuándo haremos una escapadita afuera?

— Pues la haremos un día que esté la mar á propósito y no vaya don Alejandro, que tras de marearse, no tiene los ánimos de usted.

Se quedó en ello y se habló algo de la partida campestre de la mañana y de los dibujos de Leto; hasta que se dió por terminada la tertulia, yéndose á cenar los de casa y á la calle los de fuera.



III

CARTAS CANTAN

QUERIDÍSIMA Virtudes: ¡Cómo me habrás puesto, allá á tus solas! ¡Qué cosas habrás pensado de mí! Al despedirme de ti en Sevilla, muchas promesas; y después, si te he visto no me acuerdo. No te lo digo porque sea verdad, sino porque imagino que lo dirás tú cuando me tienes en la memoria. Ni es verdad eso, ni siquiera de su casta... Es

decir, verdad es que te prometí escribirte á menudo, y verdad que no lo he hecho hasta hoy; pero no es verdad que me haya olvidado de ti, ni podría serlo aunque yo hubiera querido y tú te hubieras empeñado en ello también. Yo me acuerdo de ti todos los días y á todas horas: lo que hay es que con los mejores propósitos de escribirte «mañana» cada vez que apago la luz para dormirme, viene el diablo con una trampa de las suyas en cuanto me despierto... y hasta la otra. Porque tú pensarás que en una soledad como la de Pelechés, hasta por recurso de distracción debiera ser yo muy diligente en escribirte; y que cuando no lo hago ni siquiera para entretener el fastidio que debe de estar consumiéndome, señal es de que no me acuerdo ni de la Virgen de tu nombre. Pues ahí está, Virtudes de mi alma, tu grandísima equivocación: en suponer que yo me aburro en esta soledad ni poco ni mucho, ni siquiera un solo instante. Lejos de aburrirme, son tantas las distracciones que tengo, que me falta tiempo para todo, hasta para escribirte; solamente me sobra para conocer mi pe-

cado y sentir sus mordeduras en la conciencia. ¡Esta sí que es la pura verdad!

»Hoy, no porque está el día lluvioso y no se puede salir, sino porque ya lo tenía decidido con toda resolución, te voy á consagrar la mañana entera, y aun la tarde, si fuere menester, para escribirte una carta que valga por todas las que te debo, y un poquito más á cuenta de las posibles faltas sucesivas; porque ya sabes que somos pecadoras y que caemos á cada paso, por mucho cuidado que pongamos al andar.

»Pues verás tú, Virtudes, lo que pasa: yo sabía lo que era Pelechés por lo que le había oído á papá: un lugar muy alto y despejado, y en lo más llano de él, nuestra casa, la única casa en todo Pelechés, con grandes vistas á la mar y hermosos campos por los otros lados: lo que á mí me gusta sobre todas las cosas del mundo, como tú sabes muy bien; pero, amiga de mi alma, ¡qué diferencia de lo pintado á lo vivo! Maravillada me quedé al ver con mis propios ojos el incomparable panorama que papá me fué enseñando desde los balcones de esta casa al día siguiente de llegar, de

noche y oscura como boca de lobo; de manera que todo cuanto iba viendo aquella madrugada, era nuevo para mí. ¡Qué mar! ¡qué montes! ¡qué vega! ¡qué puerto! No me cansaba de contemplarlo, ni me canso hoy, ni me cansaría jamás, aunque me pasara la vida contemplándolo.

»Por aquí, no me había engañado la ilusión: para pintar, para pasearme por mar y por tierra; para sentir, para soñar... para todo y mucho más, daba lo que tenía delante. Pero, amiga, quién te dice que, á lo mejor de mis entusiasmos, ahí viene la etiqueta de las gentes villavejanas... ¿Te he hablado algo de Villavieja?... Espérate que repase lo escrito... No... Pues Villavieja es el pueblo, la villa á que corresponde el sitio de Pelechés: Pelechés en lo más alto, y Villavieja en lo más bajo, pero casi unidos por una calle muy mala y un paseo regular. Villavieja es un poblachón negro y antiguo, sucio y desmantelado, con mucha gente desocupada, unos señores muy raros, unas señoritas muy cursis y otras muy estafalarias. También hay personas muy apreciables; pero pocas. Pues á

lo que iba: sin darnos tiempo para sacudirnos el polvo del camino ¡zas! una nube de



visitas; y en seguida otra... ¡Ay, Virtudes de mi corazón! ¡qué fatigas aquellas... y

qué tipos de señoritas, y de señoras... y aun de señores! De lo que hicieron y dijeron y las galas que traían, no te quiero hablar aquí, porque no puedo: es materia demasiado larga; y además, para que la pintura resulte fiel, hay que remedar voces y movimientos, gesticulaciones y otras cosas muy importantes. Quédese todo ello para pintado al natural cuando nos veamos, y contentate con saber ahora que cuando me vi enredada entre tanta visita y con la obligación de pagarlas una á una, y hasta con ciertas amenazas sordas de festivales solemnes y de reuniones particulares, me espanté como si toda la mar y toda la villa, hecha escombros, se me vinieran encima. Pero me tranquilizaron papá y unos señores muy buenos que andan aquí con nosotros, asegurándome que aquello pasaría en media semana, y que en otra media quedaría pagado en lo que valía.

»Y así sucedió afortunadamente. Hecha nuestra última visita, vivimos libres é independientes como el aire que respiramos en estas alturas; y tan ocupadas tenemos las horas, que, según te dije al principio,

hasta para escribirte me ha faltado tiempo; y verás como no hay exageración en lo que te digo. Sabes que tengo la pasión del campo, la pasión de la mar, la manía de andar mucho, y el vicio de embadurnar lienzos y papeles, por no decirte que tengo el vicio de pintar; pues para saborear y dar fomento á estos vicios y pasiones, hay aquí no solamente los medios abundantes que ofrece la Naturaleza, sino ciertos recursos accesorios, pero de grandísima importancia, que me ha proporcionado la casualidad. Hay, por ejemplo, quien conoce este paisaje senda á senda y palmo á palmo, y tiene, como yo, el vicio de andar por él; hay quien pinta y dibuja admirablemente; hay un barquito de paseo, un balandro... un yacht primoroso que está á mi disposición, y quien le gobierna con una destreza y una serenidad, que te pasmarían... hasta hay, por haber de todo, quien oiga con corazón de artista algo de lo que yo toco al piano, y aun cante, con hermosa voz, parte de ello, acompañado por mí. Con esto no podía contar yo, racionalmente, al venir á Villavieja; y mucho menos con que el incan-

sable guía, el andarín entusiasta de la Naturaleza, y el pintor y el diestro piloto, y el dueño del hermoso yacht, y el aficionado á la buena música, estuvieran reunidos en una sola persona, un mozo que no pasará de veintiocho años. Pásmate ahora más: este mozo es farmacéutico; y ¡pásmate más, todavía! se llama Leto de nombre y Pérez de apellido; es decir, Leto Pérez, boticario de Villavieja, como le pondrán en los sobres de las cartas. ¿No parece mentira?... También nos acompaña mucho, casi tanto como él, un señor de muy buena sombra, don Claudio Fuertes y León, comandante retirado y administrador y apoderado de papá aquí. Pero éste, aunque es muy bueno, y fino y cariñoso, y con caídas deliciosas, es ya un señor mayor, y además, con un miedo á los paseos marítimos, que nos hace morir de risa. Figúrate que él es de Astorga... A estos dos sujetos y á don Adrián el boticario, padre de Leto (un viejecillo todo negro de arriba abajo, menos la cabeza que es gris, y la carita trigueña, muy bueno, ¡buenísimo!) que nos acompaña un rato hasta la hora de

cenar, está reducida nuestra sociedad en Peleches. Pues con ella sola y lo que Dios ha esparcido con tanta abundancia y hermosura alrededor de este «solar de mis mayores», como dice papá, resultan maravillas de placer... Por supuesto que á ti que te espanta la soledad, y te entristece el ruido de las arboledas, y te hechiza el de la calle, y te embriaga el vaho de los salones, ha de parecerte inconcebible lo que te afirmo; pero te advierto que no trato de que me envidies, sino de que sepas lo que me pasa. Recuerda, para que te cueste menos trabajo creerme, en cuántas cosas he andado yo al revés de las demás. Por ejemplo (y te le cito porque me le has citado tú bien á menudo, como de lo más asombroso de mis rarezas): yo entré en el colegio, por gusto mío tanto ó más que de mi padre, á la edad en que algunas colegialas dejan ya de serlo; y todo el afán que tuviste tú, y de ordinario se tiene entre *vosotras*, por vestirse *de largo*, le tuve yo por continuar vestida de corto, y si no de corto precisamente (porque á ciertas alturas de la vida hubiera sido eso una ridiculez además de una grande inconve-

niencia), de *entre día y noche* siquiera, á modo de crepúsculo indeciso, que no te obliga á nada y en cambio te deja libre entre la muchedumbre anónima, con los sentidos muy espabilados: vamos, una ganga para verlo todo sin ser vista de nadie. Así fué que cuando por primera vez me vestí de señorita *disponible*, ya estabas tú de vuelta buen rato hacía. De las cosas del mundo *por dentro*, no conozco sino lo que vosotras me habéis contado, otro poquito más que he atisbado por las rendijas *al pasar*, principalmente con mis Mary, aquella institutriz inglesa que despidió papá de muy buena gana al entrar yo en el colegio, y había tomado un año antes; lo poco que he aprendido con el trato de las amistades de casa, y lo que se ve ó se trasluce en las páginas de algunos libros y entre renglones de otros. Con estos antecedentes á la vista y lo que sabes de mis gustos é inclinaciones, ¿podrá chocarte lo más mínimo que con los enumerados elementos de diversión que hay en Peleches, y á ti te matarían de pesadumbre, me pase yo las horas sin sentir las?

» Mis contrariedades correspondientes llegué á temer dentro de ello, no te creas, y aun empecé á sentir las un poco, porque los amigos no son de hierro, y papá no está ya, por falta de costumbre, para abusar de ciertas valentías; pero todo se fué veniendo con la mayor facilidad y hasta con ventajas para mí; pues me he avezado á andar sola cuando no tengo quién me acompañe por estos despejados alrededores, y sola voy también con Leto en su yacht, cuando papá no se encuentra de humor para venirse con nosotros. Esto de *sola* con Leto, no lo tomes al pie de la letra; porque Leto siempre va acompañado de su marinero, un tal *Cornias*, un tipo muy original y muy simpático, aunque es bizco de los dos ojos. Por de contado que esta tercera persona indispensable en el barco para ayudar en la maniobra á su piloto, maldita la falta haría allí para otra cosa, sino por el bien parecer; y si tú conocieras á Leto como le conozco yo, pensarías de la misma manera. Le creo capaz de las más heroicas abnegaciones. No te rías; porque te juro que es de lo más singular que se ha visto

este sujeto. Primeramente es un gran mozo, no por la talla, que no pasa de la regular, ni por lo aparatoso ni relumbrante, sino por lo varonil y lo que puede llamarse *bien hecho* de pies á cabeza; guapo, muy guapo, de hermosos ojos, preciosa barba, pelo abundante, cutis algo tomado por el sol y el aire, pero jugoso... de hombre sano... en fin, un hombre, lo que se llama un hombre en toda regla. Esto es lo primero que se echa de ver en Leto Pérez... si él no sabe que se le mira; porque si lo sabe, ya es otro. Y esta es una de las singularidades de este chico: se empeña (ó mejor dicho, se empeñaba, porque últimamente ya no se empeña tanto) en que es una persona enteramente insignificante en hechos, en dichos y en pensamientos; y esta idea le amilana, le acoquina... vamos, hasta le desgonza. No puede llevarse á mayor extremo la modestia, de todo corazón. Te he dicho que dibuja y pinta acuarelas admirablemente; pues ha sido preciso que se lo afirme yo con insistencia, para que llegue á creerlo un poco y se atreva á dibujar ó á pintar delante de nosotros. Algo parecido sucede con

lo poco que canta, con una hermosa voz de barítono; y otro tanto con su conversación: ya no se corta delante de mí... ¡y si vieras qué bien habla y con qué expresión tan interesante, cuando se deja ir confiado en sus propias fuerzas! Al principio era delicioso hablando conmigo: aunque en la mirada inteligente se le conocía que no ignoraba dónde estaba la salida de su apuro, siempre salía por lo peor y lo más desairado. Tan atolondrado se ponía. ¡Y qué manera tan deliciosa tenía á veces de enmendar lo que él llamaba sus gansadas! Te asombrarías de lo candoroso y noblote que es, si te contara el caso de cierto clavel que á mí se me cayó de la boca y recogió él del suelo; cómo le volvió á tirar, porque ya no me servía; cómo y cuándo y de qué manera tan original volvió á buscarle y le guardó como oro en paño, y cómo llegué yo á descubrirlo todo. Por supuesto que no me di por ofendida con la inocentada; ni había motivos para ello. Esto le alentó algo; y puede decirse que desde entonces data la relativa serenidad con que se conduce delante de nosotros.

»Pero donde hay que verle es en su balandro primoroso, regalo de un inglés espléndido que vivió en Villavieja dos años, y llegó á entusiasmarse con las raras prendas de este chico. ¡Allí sí que es otro hombre, Virtudes! Allí no conoce á nadie, ni se intimida por nada. Él es señor y rey de la escena y del escenario. Lo mismo que el jinete con su caballo brioso, parece que se identifica él en la mar con el esbelto barquichuelo que la domina. Allí es Leto, en cuerpo y alma, en pleno señorío de sí mismo y tal como Dios quiso que fuera. No se temen peligros á su lado; y viéndole sonreír, con la noble é inteligente mirada puesta en todo, me dejaría llevar en aquella cáscara de nuez hasta los confines del mundo sin el menor recelo...

»Y hagamos un alto aquí, porque me asalta de repente una sospecha reparando en el calor de lo que dejo escrito sobre el hijo del boticario de Villavieja, y recordando lo maliciosa que eres tú. Aunque no lo fueras, te reconocería cierto derecho ahora para dudar del desinterés de mis elogios; porque yo misma, con ser como

soy, cuando he visto en algún libro entretenerse á la heroína en semejantes ponderaciones de un galán circunvecino, al punto me he dicho: «cogidita te tengo, clavadita me estás». Ya ves si soy franca, Virtudes. Pues te equivocarías si tal pensaras de mí con relación á este mozo, por lo mucho que te le ensalzo. Ni barruntos hay siquiera de lo que pudieras presumir, ni trazas de que á él le haya pasado por las mientes la menor idea de esa especie, ni razón para que pase tampoco por las mías... Empiezo á vivir ahora, acabo de salir, como quien dice, del nido, con hambre de libertad y de espacio en que gozarla sin estorbos; ¡y había de...? ¡qué locura, Virtudes! Simpatía profunda; estimación grandísima; amistad sincera, eso sí, porque todo se lo merece... Lo positivo, lo cierto, es que si se me preguntara hoy por quien tuviera en su voluntad el don de arreglar las cosas al capricho de la mía, qué es lo que más ambiciono, respondería sin titubear y con el corazón en la lengua: «que no tenga fin esta vida que ahora traigo». Y nada más ni nada menos, Virtudes: créasme ó no me creas.

»Y vamos á otra cosa. Mi primo Nacho debe de estar aquí dentro de quince ó veinte días: nos ha escrito ya su llegada á Inglaterra. Con este motivo le hemos arreglado su gabinete del mejor modo que nos ha sido posible con los pocos recursos que hay á mano. Yo creo que ha quedado muy bien; pero á papá todo le parece poco para ese sobrino...

»Como él es tan menudito de formas y parece, por el estilo de sus cartas, la misma languidez en carne y hueso, me temo mucho que no sirva maldita la cosa para la vida que hacemos aquí. Si resulta esto verdad, y por miramientos de cortesía tenemos que acomodarnos nosotros á su modo de andar... ¡entonces sí que me voy á divertir! Hoy por hoy, me apuran un poco estas dudas. Esto no es decirte que sienta la venida de mi primo; pero si me dijera que por su gusto renunciaba á venir, ó que lo aplazaba hasta el otro verano, puede que me alegrara la noticia. ¿Me quieres más franca?

»Pienso comenzar muy pronto una larga tanda de baños de ola: no porque los nece-

site, sino por probar de todo lo bueno que hay aquí; y la playa esta es de las mejores del mundo, en opinión de los villavejanos que no la usan nunca para eso... ni para cosa alguna.

»Se espera dentro de unos días la llegada de *El Atlante*, un vaporcillo costero, el único barco que entra en este puerto y da que hacer á su aduana. Viene cada seis ú ocho meses á cargar el carbón de piedra que se ha ido acopiando en una mina de ello que tiene un sujeto de aquí. Dicen que la entrada de ese vapor es siempre un acontecimiento en Villavieja, y la única ocasión en que se ven villavejanos en el muelle y sus inmediaciones. Es curioso, ¿verdad? Por eso te lo cuento, y también porque no tengo cosa mejor que contarte, por ahora.

»Con motivo tan poderoso y la promesa formal de ser más diligente para escribirte en lo sucesivo, termino aquí esta carta ofreciéndote su extensión y las franquezas de que va henchida, como ejemplos que estás obligada á imitar cuando me contestes; sobre todo el de la franqueza. Con ella y el acopio que habrá *en casa*, ¿qué mejor

novela para mí que la carta que me escribas?

» En espera de ella, te abraza con toda su alma tu amiga

» NIEVES.

» Agosto 5, de 18... »

» G. P. SHAPCOAT ESQ. »

» 119, Grave Street — Liverpool.

» Tal es la historia fiel de los sucesos, limpia y descarnada de todo comentario. Con la idea que tiene usted formada, y bien formada, de mi carácter, ¿no le parece inverosímil el papel de galán que hago yo en ella, é imposible que haya logrado acomodarme á él? No en vano le he pronosticado á usted varias veces, hablando de la imperturbable quietud de Villavieja, que la primera novedad que ocurriera aquí había de ser muy extraña. Pues ya se han cumplido

mis pronósticos... El milagro se obró como se obran casi todos los de su especie: con un poco de casualidad y otro poco de... ¡qué carape! me voy convenciendo de que, la mayor parte de las veces, la culpa de las propias debilidades estriba en los resabios ajenos; en la falta de compensaciones mutuas; en el empeño tonto de tomarle á uno por su lado más inútil para el destino que se le quiere dar. Lo contrario de lo que ha sucedido aquí. Ya le he hecho á usted la pintura física y moral de Nieves: pues imagínese usted ahora á esta criatura tan linda, tan inteligente, de alma noble y esforzada, y de corazón limpio y sano como una bolita de oro, con los mismos gustos y las propias aficiones que yo; supóngala empeñada en que pinto mejor que Velázquez, que canto como un ruseñor, que soy el más diestro piloto del mundo, y que no tengo precio para dirigir y disponer expediciones campestres; añada usted que me hace su maestro, su guía inseparable, su confidente y su amigo más íntimo, y añada usted también que es persuasiva por la fuerza de su talento clarísimo, y otro tanto por la virtud de su

belleza; y ¡qué carape, hombre! ó ha de ser uno un adoquín, ó ha de creer y entregarse: entonces ó nunca. Y cuando se ha dado este paso, se concluye mirando hacia dentro, metiendo la sonda en el meollo, desnuzando lo que hay allá, viéndolo con ojos de aumento, estudiándolo con calma, estimándolo con cariño y dándose por muy satisfecho del hallazgo, por mezquino que sea; satisfacción que trae consigo cierta seguridad, cierta confianza que antes no había en las propias fuerzas morales... Todo esto creo yo que es muy disculpable y hasta natural en la mísera condición humana. Cada cosa pide su elemento propio para vivir y desenvolverse. Las ideas del hombre están en el mismo caso: se educan, se fortalecen y aun se iluminan con el concurso de ciertos agentes externos que parecen providenciales en determinados casos de la vida. — ¡Carape si se me ocurren cosas bonitas ahora! — El *quid* está en que esos agentes salgan de su escondite y la quieran tomar con uno, como la han tomado conmigo en esta ocasión... y Dios se lo pague, por el buen servicio que me han hecho. Bien

se está en el limbo de la insignificancia; pero se está mejor, porque se vale mucho más, donde yo me encuentro ahora; no en la región de los soles, porque no soy águila, pero sí donde se ve claro y no se anda á



tientas. Pero ¡qué más? ¿No ve usted mi lenguaje? ¿No ve usted mi estilo? ¡Leto filosofando! ¡Leto metafísico! ¡Leto sentimental! ¿Quiere usted novedad más extraña ni milagro más patente, para un lugarón

como Villavieja? ¿Se han cumplido ó no mis pronósticos?

»Pero supongamos que está usted de acuerdo conmigo en este punto, y que da por bueno el modo de obrarse el prodigio: «Corriente», piensa usted en seguida, «ya veo que *porque quiso* ella, Nieves Bermúdez, la bella, la inteligente, la rica, la discreta, la de alma noble y corazón de oro; porque lo quiso, en fin, una mujer como no se ha visto en Villavieja ni volverá á verse en los siglos de los siglos, tú, Leto mísero, te levantaste y andas; pero ¿adónde vas?» ¡Carape si es usted malicioso! ¿Qué sé yo adónde voy? Voy á todas partes y á ninguna, y ando porque me va bien así, porque me gusta andar. No vale confundir la luz con el astro que la produce: ¡bueno fuera que no pudiera amarse la una sin codiciar al otro! ¿Habría locura mayor? Pues tan grande como ella la cometería yo si mis devociones cayeran del lado de las sospechas de usted. Lo quiero advertir en tiempo: soy un admirador agradecido, no un enamorado: lo primero le es lícito á cualquiera; para lo segundo se necesita

un atrevimiento que no cabe en mí, ni cabrá jamás, porque no hay razones para que quepa. ¿Cómo he de desconocer yo que lo que por más entra en la inclinación de Nieves hacia mí, es la identidad de aficiones que existe entre los dos? Sin esa coincidencia, yo sería para la hija de don Alejandro Bermúdez un villavejano más; á lo sumo, el hijo del boticario don Adrián, antiguo y buen amigo de su padre. ¿Ni por qué había de ser otra cosa mejor? Tampoco pretendo llevar mis escrúpulos hasta el extremo de suponer que Nieves me agasaja solamente porque me necesita; pues si tan delgado lo hiláramos en el mundo, ¿adónde iríamos á parar, ni en qué pondríamos nuestros afectos que los creyéramos bien colocados? La estimación entre dos personas, por algo ha de empezar; y por cierto que no siempre este algo es de tan buena ley como el que ha engendrado la amistad con que me honra la hija de don Alejandro Bermúdez. Puestas las cosas en este punto, el único en que deben ponerse, el hecho final resulta (que es adonde yo me dirigía): la luz se hizo y el milagro se obró en mí.

¿Lo quiere usted más claro? Pues le juro que temo enturbiarlo si insisto en esclarecerlo.

» Por lo demás ¡qué carape!, en casos tan excepcionales como éste, las sospechas de cierto género son casi de necesidad. ¡Si á mí mismo me asaltan algunas veces! Ya se ve: en el ir y venir de las ideas, en el menguar y en el crecer de los entusiasmos, los límites y los terrenos se confunden, y se hace un amasijo allá, tan enmarañado y tan rebelde, que para deshacerle no basta en ocasiones toda la fuerza analítica del discurso. Pudiera citar á usted muchos ejemplos de ello. Vaya uno de muestra, por de pronto: Nieves tiene un primito mejicano, con quien se ha de casar según se dice; y el retrato de este primito, que está para llegar á Peleches de un día á otro, ocupa en el estudio de Nieves un lugar de preferencia. Por ese retrato sé yo que el primito es muy guapo; y por lo que me han contado, que es muy rico y muy bueno. De todo ello me alegraba yo en los primeros días de conocerle: nada más natural, ¡qué carape!... como lo es hoy,

porque sigo estimándole en todo lo que merece por las trazas, que son superiores, como he dicho; sólo que en algunas ocasiones, desde que sé que está para llegar, lo mismo es acordarme del retrato ó ponerme á contemplarle, que ya me tiene usted con cierto disgustillo de ver guapo al galancete, y de saber que es rico y bondadoso... vamos, que me nace en el corazón algo como deseo vago de que el primo no asome por acá en todos los días de su vida, y que, si asoma, resulte picado de viruelas, y tonto por añadidura y pobre por remate. ¿Ha visto usted barbaridad semejante? Tan enorme me parece á mí y tan fuera de toda disculpa, que por sentirla escarbándome las mientes, ya estoy abominando de ella. «¿Quién eres tú, gaznápiro», me digo, «para atreverte á esas cosas? Si es bello, si es rico, si es despierto y honrado, y Nieves le quiere, y en quererle y en hacerle su marido cifra su felicidad, ¿á ti qué te importa? ¿Así la pagas las distinciones con que te honra y la estimación que te da? ¿Te abrieron de par en par las puertas de Peleches para eso? ¿Está bien que entrando

por ellas como amigo honrado, pretendas quedarte adentro como amo y señor de los señores mismos? ¡Tú, oscuro villavejano, prosaico farmacéutico, gusanejo vil de la tierra, atreverte al sol mismo que con su calor te dió la vida! ¿Dónde se ha visto cosa semejante?... Paga, paga, tus deudas de esclavo, barriendo los suelos donde ella pise, y averguénzate de haber levantado los ojos tan arriba». ¡Carape qué cosas tan tremendas me digo en esas ocasiones; y cómo me zumban los oídos con el sonrojo, solamente con imaginarme que pudieran haberme leído tan malos pensamientos en la cara! Y todo por la arrastrada confusión de ideas; por el feo vicio que uno tiene de afinar con el análisis las que mejor le parecen. Una pregunta, un gesto, una mirada, que no son la mirada, el gesto y la pregunta de todos los días, ya nos da que cavilar, que pesar y que medir para un buen rato... hasta que viene el sentido común dando la medida exacta de las cosas y poniendo á cada una de ellas en su correspondiente punto de vista; y se acaba la alucinación.

»He dicho á usted que me parecen las regiones de la luz que ahora habito, mejores que el limbo de antes, y lo son real y efectivamente; pero esto no impide que si se dejara á mi arbitrio el volver ó no las cosas á lo que fueron sin quedar de las actuales el menor rastro de su paso en la memoria ni en el corazón, vacilara yo mucho antes de decidirme. Bueno, saludable, hermoso es lo presente; pero cada vez que considero que puede tener su fin á la hora menos pensada; que los moradores de Peleches desaparecen de aquí; que el palación se cierra y vuelve á dormitar silencioso en sus alturas, ¡ay, carape, qué triste de color lo veo todo! ¡qué negro me parece el solar de los Bermúdez; qué turbio el mar; qué largas las horas, y qué insulsa la vida! En estas lobregueces de la fantasía, acepto al mejicano rico, docto y sin viruelas, si con él, por amo y señor de la señora y ama de Peleches, quedan las costumbres de allí en el mismo ser y estado en que ahora se hallan; con lo que le doy á usted una prueba bien evidente de que mis entusiasmos no pasan de los límites racionales

que les corresponden; de que mis ambiciones se cifran en el goce de la luz, no en la absurda codicia del astro luminoso; en vivir como ahora vivo, en una palabra.

»Y vea usted lo que son las cosas: cifrando en este método de vida todos mis goces, esos buenos señores de Peleches creen prestarme un gran servicio aliviándome de vez en cuando de lo que ellos juzgan pesada carga para mí. ¡Pesada carga conversar con Nieves, recoger sus impresiones de artista y de mujer observadora, y sus confidencias siempre originales y espontáneas y tan pintorescas como todo lo que brota de su luminoso pensamiento! Con un pretexto cualquiera se hace un alto en el programa, y se nos licencia temporalmente á don Claudio Fuertes y á mí. Ahora estamos en uno de esos paréntesis fastidiosos, ó compases de espera, como los llama el comandante, que los deplora bastante menos que yo. Llevo tres días sin ver á los señores de Peleches más que un ratito al anochecer; y como las horas desocupadas se me hacen siglos y el tiempo está hermoso y los entretenimientos viejos

del Casino no me satisfacen, el yacht lo paga.

»Sobre esto del yacht, sólo le he dicho á usted que Nieves se perece por andar en él, y que su padre, menos aficionado que ella á esta diversión, cuando no quiere ó no puede acompañarla, tolera muy gustoso que vaya sola conmigo y con el famoso Cornias; pero nada le he hablado de lo intrépida que es allí; de cómo se le revela el placer de que va poseída en el ardor de la mirada y en la gallardía de sus posturas; ni de cómo me tienta y seduce con palabras ó con gestos más tentadores que ellas, á que fuerce y obligue al balandro á hacer lo que yo no quiero que haga, ni debe de hacer cuando lleva una carga tan preciosa... ¡Y el demonio del barquichuelo, como si lo conociera, hombre! Hasta al mismo Cornias se le antoja que parece otro cuando va Nieves dentro de él. ¡Carape, cómo se gallardea entonces, y con qué gracia escora y hace *hablar* al aparejo, y se desliza y gatea! En fin, una pura monada. Verdad que siempre fué una maravilla en estos particulares; pero así y todo, cabe mejorarse, y bien

sabe usted lo que influyen en el aspecto de las cosas la distancia, la clase y el punto de la luz que las ilumina. «Al fin», me digo yo en estos casos, «la largueza de mi incomparable amigo halló su merecido premio; ya tiene la joya un empleo digno de su gran valor». Y entonces, amigo mío, no me remuerde la conciencia por ser dueño de lo que no merezco, y hasta me felicito de no haber opuesto mayores resistencias que las que opuse á la rumbosa dádiva de usted. ¡Bien empleada está ahora! Así me la conserve Dios muchos años.

» Pero á todo esto ¿hago yo bien ó mal en entretenerle á usted con estas fantasías que me tienen como niño con zapatos nuevos? ¿Qué juicio formará usted de ellas y de mí? Por el amor de Dios, no se ría, y considere que estando obligado á referirle los sucesos, como se los he referido al principio de la carta, no podía dejarlos sin la salsa de lo que añadido al relato, so pena de quedar usted sumido en más hondas confusiones, ó de tomarme por un solemnísimo embustero; porque, verdaderamente, el caso de arriba resultaría increíble sin la explicación de

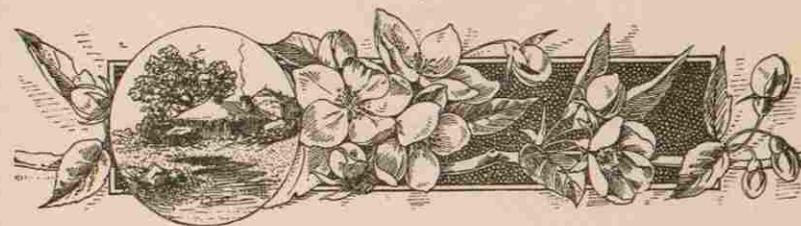
abajo, para todo el que me haya conocido como usted me conoció. Lo que á mí me ha faltado, y de aquí nacen mis temores, son uñas para arrancar de mis adentros la entraña del asunto, tan limpia de adherencias y piltrafas, que llegara usted á verle con la misma claridad que yo le veo. ¡Ay, carape! como yo tuviera esas uñas metafísicas, ¡qué colores le hubieran resultado al cuadro ese y qué tranquila estaría ahora mi conciencia de narrador! Pero es lo que sucede siempre: pasan las cosas; va usted sintiéndolas y estimándolas una á una, y confiándolas de igual modo al dictamen ó al afecto del amigo, y todas ellas van pareciendo naturales y corrientes, y ordenándose y acomodándose sin reparos, ni asombros ni aspavientos de ninguno; pero ¡carape! devórelas usted solo; almacénelas adentro, y á la hora menos pensada, suelte el acopio entero y verdadero para que se vea y se estime en su legítimo valor: ya parecen cosas diferentes, y hasta resulta montaña lo que quiso usted que resultara granito de salvadera, ó al revés... Por supuesto, voy hablando de lo que me pasa á

mí de ordinario, para venir á parar á que lo que ha de asombrarle á usted, sin llegar á entenderlo claro, viéndolo derramado en esta carta, le hubiera asombrado menos y lo habría apreciado mejor, siendo testigo presencial de los sucesos.

»De todas maneras, ríase ó no se ría de la confidencia, guárdela usted y téngala siempre como prenda segura del entrañable afecto que le profesa su mejor y más agradecido amigo

»LETO PÉREZ.

»Agosto 10, de 18...»



IV

GACETILLA

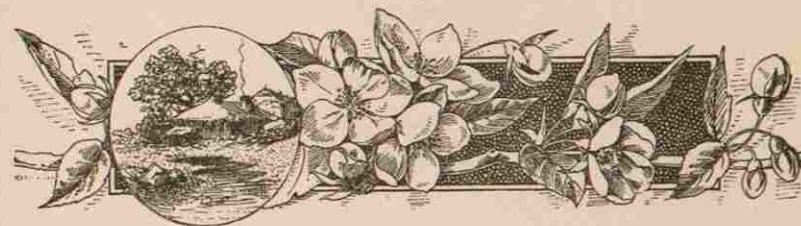
EN una ocasión, dando los de Pelechés unas vueltas, de pura cortesía, en la Glorieta á la salida de misa mayor, observó Nieves algo de extraño en el continente de las villavejanas; algo como forzado que las desfiguraba á todas de la misma manera y por un mismo patrón, si pudiera decirse así. Consultó la observación con Leto que iba á su lado, y Leto la dijo:

mí de ordinario, para venir á parar á que lo que ha de asombrarle á usted, sin llegar á entenderlo claro, viéndolo derramado en esta carta, le hubiera asombrado menos y lo habría apreciado mejor, siendo testigo presencial de los sucesos.

»De todas maneras, ríase ó no se ría de la confidencia, guárdela usted y téngala siempre como prenda segura del entrañable afecto que le profesa su mejor y más agradecido amigo

»LETO PÉREZ.

»Agosto 10, de 18...»



IV

GACETILLA

EN una ocasión, dando los de Pelechés unas vueltas, de pura cortesía, en la Glorieta á la salida de misa mayor, observó Nieves algo de extraño en el continente de las villavejanas; algo como forzado que las desfiguraba á todas de la misma manera y por un mismo patrón, si pudiera decirse así. Consultó la observación con Leto que iba á su lado, y Leto la dijo:

— Fíjese usted bien, particularmente en la Escribana mayor, que es la que más lo exagera... ¿No cae usted?

— No caigo.

— Pues consiste en que han dado todas en la gracia de imitarla á usted en el modo de andar y en el de vestir.

Nieves se hizo cruces.

Aquella misma tarde se encontró Leto con las Escribanas yendo él hacia la botica y ellas hacia la Glorieta. Nada tenía esto de particular; pero sí lo tuvo el que al pasar Leto codo con codo con la Escribana mayor, dijo ésta en voz airada volviendo la cara hacia él, que había saludado muy cortesmente:

— ¡Escandaloso!

El pobre chico se quedó viendo visiones. ¿Por qué tal improprio? ¿Dónde, cuándo ni cómo había escandalizado él?... ¡Carape con el dicho... y en mitad de la calle, y á quemarropa!... Y aunque hubiera escandalizado ¿qué le importaba á ella?... ¡Vaya con la grandísima!... Pero ¿no era creíble también que la palabrota que parecía un insulto á él, fuera simplemente una de las

dichas por la Escribana en el calor de la riña sorda en que iría empeñada con sus hermanas, como de costumbre?... En fin, no lo entendía; y después de todo, ¿qué más le daba?

Leto, con la vida que traía últimamente, andaba muy atrasado de noticias. Él sabía que á poco de llegar de Sevilla los de Pelechés y de darse Nieves á ver, los chicos de la crema villavejense trataron de dar á la sevillanita una «velada de honor» en el Casino; sabía que Mona Codillo y Celia Tejares (la Indiana mayor) se prestaban á tocar á cuatro manos las tres piezas que tocaban siempre allí y en el salón del ayuntamiento; y



sabía, por último, que había disponible una metralla de más de diez *Poemitas* y *Meditaciones* para acompañar al estruendo de la música; algunos *levisacs* ribeteándose de nuevo, y hasta media docena de fraques en remojo; pero ignoraba que desde que se había notado en los Bermúdez el propósito de aislarse en su castillón de Peleches, y, lo que era aún peor, desde que se les había visto excluir de sus «altivos desdenes» á «un soldadote incivil, á un boticario chocho y al gandulón de su hijo», es decir, «á lo más ínfimo y despreciable de Villavieja», las cosas habían mudado de aspecto: las chicas se negaban en redondo, las unas á tocar, las otras á concurrir; los chicos, que tal vez aspiraran á ser tertulianos de Peleches y caballeros rompe-lanzas de la hermosa castellana, comenzaron á cerdear; y aunque hubo algunos menos quisquillosos que querían entrar con todas á trueque del festival, Maravillas les apagó los fuegos, demostrándoles á su modo que «sólo al genio del hombre debían de tributarse festejos, no á una quimera teológica ni á la vanidad de un poderoso

que se complacía en humillarlos». Que los festejara el lacayo miserable (Leto, clavado) que les barría los suelos de rodillas por el mendrugo que le daban. Todo esto, solamente por lo de los primeros días; porque en cuanto se supo que Nieves andaba sola por las escabrosidades y umbrías de Peleches, y llegó á vérsela, sola también, por la bahía con el hijo del boticario, los aspavientos no tuvieron límites, y se indignaron las mujeres, que, al mismo tiempo, se afanaban por imitarla en el corte de los vestidos y en la manera de andar.

Bien ciego y bien sordo necesitó estar Leto entonces para no ver ni oír lo que se hizo y se dijo en Villavieja contra la «desvergonzada andaluza, el estúpido Macedonio», (había cundido el mote, por lo visto), y contra él, contra Leto, «el majagranzas enfatuado y corruptor escandaloso» de las buenas costumbres de allí. Porque las Escribanas y las de Codillo, y Rufita González, pero principalmente las Escribanas, eran las que lo cernían en tertulias y en paseos, y las que escupían de medio lado y se tapaban las narices en mitad de

la calle en cuanto oían nombrar á los Bermúdez ó cosa que les perteneciera; lo que no impedía que cuando los tenían delante se despepitaran buscándoles el saludo.

La Escribana mayor, que tenía, por lo visto, sus motivos particulares para ir á

la cabeza de aquella conjuración de mujeres y de mozuelos desocupados (porque de aquí



no pasó la riada), pescó un día á tiro á Maravillas y le dijo que no tendrían agallas ni pundonor él y cuantos con él andaban en el fregado de

un periódico en letras de molde, si no le echaban cuanto antes á la calle, pero lleno de metralla contra ciertos malos ejemplos que corrompían las honestas costumbres de ciertos pueblos honrados, y contra los traidores escandalosos que ayudaban á los de

fuera en la corrupción de los propios. Maravillas cantó sus ansias civilizadoras y sus «convicciones positivistas», en demostración de sus grandes deseos de complacer á la Escribana; pero á renglón seguido expuso las dificultades viles y mecánicas que había para realizarlos: una de ellas el desánimo de sus colaboradores para dar el dinero que se necesitaba.

— Por eso no quede, — dijo la otra en ademán trágico de aficionado casero: — nosotras somos ricas; y por el bien y por la honra de Villavieja, daremos hasta las enaguas.

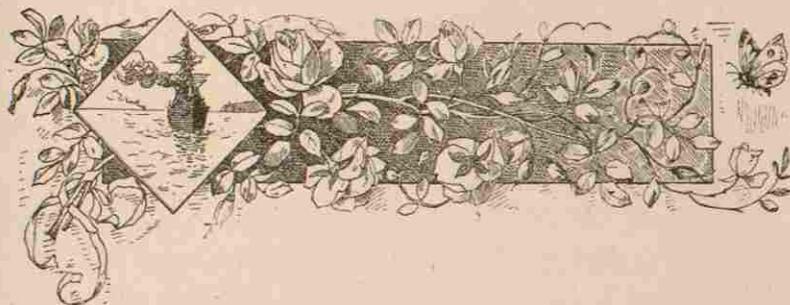
Maravillas la estrechó la mano en silencio, y se largó prometiendo que *El Fénix Villavejano* no se haría esperar mucho.

Nada de esto ni de otro tanto más sabía Leto aquella tarde; como no sabía que habiendo husmeado estas cosas los Vélez desde su palomar de la Costanilla, y manifestado por aquellos días el entristecido Manrique propósitos de intimar el trato de los Bermúdez para realizar un determinado plan que había ideado, y declaró á su hermana, ésta le dijo, irguién-

dose pálida y seca, como una tibia muy grande:

— Te juro que arderá este palacio por las cuatro esquinas, en cuanto tú me traigas á él una cuñada de esa traza.

Por lo cual había renunciado Manrique Vélez á casarse con Nieves Bermúdez.



V

MAR AFUERA

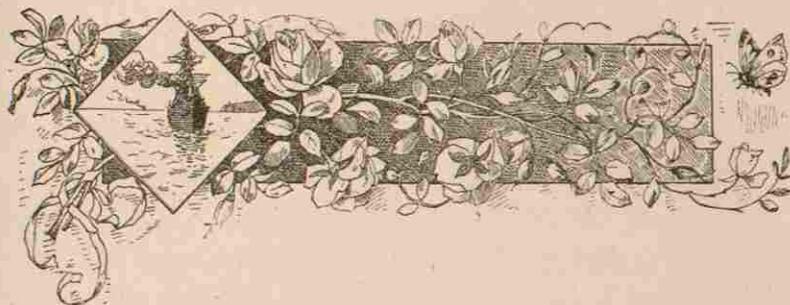
LE digo á usted ¡carape! que este es un problema que marea. Vengan aquí todos los sabijondos de la tierra, y pruébenme que cabe dentro del sentido común el que un hombre con barbas se pase media noche en claro, por el disgusto de no haber subido á Pelechés en cuarenta y ocho horas. ¡Qué han de probar? Y mucho menos si yo les

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dose pálida y seca, como una tibia muy grande:

— Te juro que arderá este palacio por las cuatro esquinas, en cuanto tú me traigas á él una cuñada de esa traza.

Por lo cual había renunciado Manrique Vélez á casarse con Nieves Bermúdez.



V

MAR AFUERA

LE digo á usted ¡carape! que este es un problema que marea. Vengan aquí todos los sabijondos de la tierra, y pruébenme que cabe dentro del sentido común el que un hombre con barbas se pase media noche en claro, por el disgusto de no haber subido á Pelechés en cuarenta y ocho horas. ¡Qué han de probar? Y mucho menos si yo les



digo: «reparen ustedes que el hombre de mi ejemplo no tiene obligaciones que cumplir allí, ni debe una peseta al padre, ni está enamorado de la hija, ni Cristo que lo fundó; que no es más que un tertuliano de la casa y un amigo que pasea á menudo con los señores de ella, no desde el principio de los tiempos, sino de dos meses acá; que si no ha concurrido á las dos últimas tertulias del anochecer, es porque á esas mismas horas ha tenido ocupaciones de importancia en la botica de su padre, que le da el pan de cada día; que ese hombre jamás ha conocido el mal humor, ni tomado en serio cosa alguna de tejas abajo y de puertas afuera; que rebosa de vida y de salud, y que nada teme, ni nada debe, ni nada envidia... Por último, ese hombre existe en carne y hueso; y soy yo, Leto Pérez, el hijo del boticario de Villavieja, y boticario también». Y entonces los sabios me contestarían, por poco sabios que fueran: «pues Leto Pérez, el hijo del boticario de Villavieja, no tiene sentido común». Y no le tengo, ¡carape! no le tengo, y á eso iba; pues si le tuviera, no me sucedería lo que

me sucede; porque á un hombre de sentido común no puede sucederle eso más que en un caso, y yo niego ese caso; y no solamente le niego, sino que la suposición de él me parece el más enorme de los absurdos, y además una irreverencia... ¡qué digo irreverencia? un sacrilegio. De donde se deduce claramente que me quedé corto cuando, escribiendo al inglés, le dije que entre ser lo que ahora soy y volverme á lo que fuí, vacilaría... ¡Vacilar, carape! A ciegas me agarro á lo de ayer. Ayer era yo el hombre más descuidado y venturoso de la tierra; y hoy me carga á lo mejor cada murria que me parte. ¡Qué más? ¡Hasta el mismo oficio de que vivo empieza á caérseme de las manos! Es una mala vergüenza confesarlo; pero es la pura verdad. Nada, ¡carape! que, según van poniéndose las cosas, como si yo hubiera nacido hace dos meses. De esa fecha para atrás, el limbo... Con decir que hasta el yacht me impone condiciones para hacerse querer de mí... ¿Se ha visto otra? Pues así es. Ó con *ella* á bordo, ó que nones. Y en estos remilgos, seis días de holgueta, el muy tunante... Pero por esto no paso,

porque sería ya de lo inaudito... Hoy se me han hinchado las narices, y te voy á dar tres tazas por lo mismo que no quieres caldo...»

Por este arte despotricaba en sus adentros Leto Pérez bajando una mañana hacia el muelle, sin corbata ni chaleco, con una ancha boina en la cabeza y, por todo ropaje exterior, una americanilla y unos pantalones de lienzo. Como arreglaba la marcha al compás de los pensamientos, andaba con relativa lentitud, algo cabizbajo y con las manos en los bolsillos.

Cornias aparejaba el yacht, atracado á la escalerilla.

— ¡Aviva! — le dijo en cuanto pisó el primer peldaño, — para ver si podemos *desabocar* con la vaciante y el terralillo que nos quedan.

En seguida bajó y se puso á ayudar á Cornias para acabar primero. Terminada la faena, le previno:

— A desatracar para franquearnos.

Cornias, con la agilidad y presteza de un mono, empezó á cumplir la orden desanudando la estacha de proa para largarla.

— ¡Espera! — le dijo de pronto Leto, con una inflexión de voz que revelaba algo de extraño para Cornias.

Suspendió éste la tarea y miró á Leto, que estaba á popa y sobre las puntas de los pies, como fascinado, con los ojos fijos en la blanca silueta de Nieves que acababa de aparecer en lo alto del Miradorio.

— ¡Ay, carape! — se dijo: — con esto no contaba yo ahora. ¿Habrá visto el yacht aparejado desde allá arriba? ¿Vendrá acá?... Por las trazas, sí... ¡Pues buenas están las mías para recibirla, carape!... Pero, bien mirado, no estoy sucio ni roto... ¿Y si no nos ha visto, ni viene á lo que yo presumo? ¿Espero?... ¿Me largo?... ¡Largarme! ¡Tendría que ver! ¿Podría, aunque quisiera? ¡Pues no están vibrándome las fibras todas como si de pronto me hubiera henchido de la salud que me faltaba?... ¡Carape, carape, hombre, qué cosas estas tan extrañas!... Ya no la veo... ¿Por qué no serán transparentes los breñales que me la tapan ahora? ¿Por dónde echará? ¿Por dónde, por dónde! ¿Tienes más que ir á verlo, simplón, cuanto más que estás deseándolo?... Eso sí; pero

¿cómo lo tomará? ¿A bien? ¿A mal? ¡Ay, qué arrastradas desconfianzas estas mías, que no acaban de curárseme! A la una... á



las dos... ¡Cornias! — dijo en voz alta, — atraca otra vez... y aguádate así, que vuelvo en seguida.

Saltó á la escalera, la subió en dos zancadas, atravesó el muelle y el andén en muy pocas más, tomó el camino del Miradorio; y al dominar el primer recuesto se halló cara á cara con Nieves que venía por el entrellano á todo andar también, algo sofocadita y un poco anhelante; pero muy mona, ¡muy mona!

La pobrecilla temía llegar tarde: había visto desde allá arriba el grimpolón azul, y por él había presumido que estaba el *Flash* atracado al muelle; y estando atracado al muelle, sería para salir á navegar por alguna parte... «Pues buena ocasión», se había dicho entonces. «Puede que Leto quiera llevarme»; y hala, hala, hala... ¡qué ira le daba aquel pedazo de camino tan escondido del muelle, donde era inútil hacer una seña ó dar una voz! ¡Y si entre tanto se largaba el yacht? ¡Y ella que tenía tantas ganas de darse otro paseo en él! Desde el último, once días lo menos... y dos sin subir Leto á Pelechés, ni dejarse ver por ninguna parte. ¿Había estado enfermo? ¿estaba enfadado, resentido de alguna cosa? ¡Qué injusto sería en ello! En Pelechés

todos, todos le estimaban mucho y le estaban muy agradecidos.

Bien poco le quedaba que hacer á Leto en aquella escena que tanto le imponía desde lejos. Todo se lo daba hecho Nieves; todos los caminos le abría ella; y ¡con qué dulzura de mirar, con qué timbre de voz tan melodioso, con qué volubilidad tan espontánea y hechicera! Había que ser un leño para no atreverse, con aquel estímulo que le parecía sobrehumano, á ser un poco sincero y expresivo también; y se atrevió á serlo. Dijo el por qué de no haber subido á Pelechés en dos días. ¡El enfadado, él ofendido! ¡Eso sí que era no conocerle!... ¡cuando precisamente las horas de esos días se le habían hecho siglos! Para entretener el tiempo mejor hasta la noche, en que pensaba volver á la tertulia de Pelechés, había resuelto pasar la mañana en la mar; y estando ya desatracando el yacht para franquearse, la había visto á ella bajar por el Miradorio, y había salido á su encuentro para ponerse á sus órdenes, por si no había visto el balandro aparejado, ó no venía con ánimos de embarcarse en él. ¡Carape, si

recalcó lo de las horas largas, y estuvo valeroso y ocurrente en otras finezas semejantes el hijo del boticario! Y Nieves, tan ufana con ellas y tan agradecida. ¡Que le preguntaran entonces si la cruz de su nueva vida le pesaba, y si, para descargarse de ella, quería volver al limbo por que suspiraba antes!

Pero ¿por qué andaba Nieves por allí á aquellas horas? También se atrevió Leto á preguntárselo, caminando ya los dos hacia el muelle; y resultó que Nieves y su padre, después de dar un largo paseo en dirección á la mina, se habían sentado á leer en la Glorieta: don Alejandro un periódico y ella aquel libro que traía debajo del brazo; don Alejandro se cansó muy pronto de leer, y se volvió á casa con propósito de destinar toda la mañana á despachar su correspondencia atrasada; ella se quedó leyendo, y advirtió á su padre que pensaba darse después una vuelta por el Miradorio, como hacía muchas veces. Desde el Miradorio había columbrado el palo del balandro con su grimpolón azul, y las pícaras tentaciones habían hecho lo demás.

— De manera, Leto, — dijo en conclusión y deteniéndose para decirlo, — que ese paseo va á ser de contrabando, porque papá no sabe nada de él. Téngalo usted muy en cuenta y dígame qué tiempo se necesita para darle por la mar... porque ha de ser por la mar el paseo de hoy, ó no me embarco.

— Pues por la mar será si usted quiere, — respondió Leto, hechizado ante el aire resuelto de la animosa sevillana, — y podemos estar de vuelta antes del mediodía.

— Corriente, — repuso Nieves después de meditar unos instantes, con el entrecejo fruncido. — Y dígame usted ahora, en conciencia de buen amigo y hombre honrado: ¿hago yo bien ó mal en estas cosas?

— ¿En qué cosas? — la preguntó Leto algo sorprendido.

— En venirme sola á correr aventuras de esta especie... Es pregunta que me he hecho á mí misma muchas veces, y una no más á papá.

— Y ¿qué le ha respondido á usted su papá? — volvió á preguntarla Leto, entrando en más hondas aprensiones.

— Ya ha visto usted cuantos paseos he

dado sin él en el balandro, con muchísimo gusto suyo... Algo le inquietan los peligros del barco, por su poco juicio; pero como yo no los temo, y usted es buen piloto, con tal de que yo me divierta... En lo demás, él es de opinión de que no se viene aquí á guardar etiquetas, ni á hacerse esclavo de miramientos vanos.

— Muy bien pensado.

— Eso creo yo también; pero ¿y ciertas gentes? ¿pensarán lo mismo?

— ¿Se fía usted de mí, Nieves?

— Como de mi padre: se lo juro á usted.

— Pues entonces ¿qué le importa á usted el juicio de esas ciertas gentes? Haga usted su gusto, y ríase de ellas.

— ¿Lo cree usted, Leto?

— De todo corazón.

— Pues no se hable más de esto... Y dígame usted: ¿está el día á propósito para salir á la mar?

— ¿Lo intentaría yo si no lo estuviera, Nieves? Y dígame usted á mí: ¿no se incomodará don Alejandro conmigo cuando sepa que sin su permiso he consentido en hacer eso que tan poco le gusta á él?

— No, señor, con tal de que estemos de vuelta antes de que él pueda alarmarse con mi tardanza.

— Eso corre de mi cuenta; son las nueve menos cuarto... á poco más de las once puede usted estar en Peleches... porque no hemos de llegar á la Isla de Cuba... digo, cuento con que no se le antojará á usted.

— ¡Me hace gracia la ocurrencia!... ¿Y si se me antojara, Leto?

— ¡Si se le antojara á usted?... También eso me hace gracia á mí. Pues tenga usted la bondad de que no se le antoje, por de pronto... ¿Se cansa usted con el paso que llevamos?

— ¡Bah!

— Es que no hay tiempo que perder si hemos de salir con la vaciante y antes de que salte la brisa. Por eso me he permitido...

— ¿Quiere usted que corra más todavía?

— No hay necesidad: ya estamos á dos pasos del muelle.

— ¿Quién es ese tipejo que se pasea en él?

— Un tal Maravillas; algunas veces anda por aquí, para que crean las gentes que

estudia en el gran libro de la Naturaleza: es filósofo y ateo.

— ¡Jesús!

— Sí, señora: un chico atroz. Ahora le trae al retortero la idea de publicar un periódico, y no acaba de publicarle.

— ¡Con qué sonrisilla nos mira!...

— De puro ateo y compasivo que es: sólo que el mejor día le va á borrar alguno la sonrisilla esa de un bofetón... digo, me parece á mí... ¡Ajá!... ya estamos... Hoy no basta la mano, porque son muchos los escalones descubiertos y están algo resbaladizos: tenga usted la bondad de tomar mi brazo... ¡Atraca bien, Cornias, y ten firme!... Poco á poco, Nieves... Déjeme usted pasar primero al balandro... Déme usted su mano ahora... Muy bien... Ya estás botando, Cornias; y en el aire... ¡Listo el foque para hacer cabeza!... Pase usted á su sitio de costumbre, Nieves, que es el más seguro... Eso es... Avante vamos... ¡Listo el aparejo!

Se izó todo el trapo en un momento; y con el terralillo que aun duraba, aunque en la agonía, y la vaciante, comenzó el *Flash*

á navegar hacia fuera. Como el impulso del aire era tan leve y el agua no oponía resistencia, la quilla se deslizaba sin el cortejo de espumas y rumores que Nieves echaba muy en falta.

— Ya vendrá á su tiempo, y en abundancia, — la dijo Leto; — porque el día está que ni de encargo para esas cosas... si usted no se arrepiente.

— ¿Me cree usted capaz de arrepentirme — le preguntó ella mirándole fijamente y con expresión de asombro — después de desearlo tanto?

— Como nunca se ha visto usted en ello... — replicó Leto, pesaroso de haber apuntado la sospecha.

— Aquí no; pero ya le he dicho á usted que en otras partes, sí; y aunque ésta fuera la primera vez, ¿tan poca confianza tiene usted en la fuerza de mis resoluciones?

— En cuanto dependan de la voluntad de usted, no, — dijo Leto; — pero como en cosas de la mar hasta los más avezados á ella no cortan siempre por donde señalan...

— Pues luego va á verse, señor marino, si hay aquí ó no hay valor para cortar por

donde se ha señalado. Mientras tanto, le prohibo á usted aventurar juicios sobre ese particular.

Leto casi se ruborizó por falta de una sutileza galante con que responder á la reprimenda sabrosísima de Nieves.

— ¡Qué bonito acopio ha hecho usted hoy! — la dijo por que no se acabara la conversación, y aludiendo á la media guirnalda de hierbas y flores que llevaba Nieves sobre el pecho.

— ¿Usted ha visto — respondió ella bajando la cabecita para mirarlas y acariciándolas al mismo tiempo con la mano — qué helechos más primorosos? De tres clases, y á cual más fina... Pues ¿y estos penachitos de farolillos carmesí?... ¿Cómo me dijo usted el otro día que se llamaban?

— Brezos.

— Es verdad, brezos: ¡qué preciosos! Pues ¿y estas otras florccitas azules que estaban á su lado? ¡Cosa más fina y delicada!... Vea usted qué bien componen con todo ello estas margaritas silvestres tan blancas, con el centro dorado... ¡Qué primor de campaña!

á navegar hacia fuera. Como el impulso del aire era tan leve y el agua no oponía resistencia, la quilla se deslizaba sin el cortejo de espumas y rumores que Nieves echaba muy en falta.

— Ya vendrá á su tiempo, y en abundancia, — la dijo Leto; — porque el día está que ni de encargo para esas cosas... si usted no se arrepiente.

— ¿Me cree usted capaz de arrepentirme — le preguntó ella mirándole fijamente y con expresión de asombro — después de desearlo tanto?

— Como nunca se ha visto usted en ello... — replicó Leto, pesaroso de haber apuntado la sospecha.

— Aquí no; pero ya le he dicho á usted que en otras partes, sí; y aunque ésta fuera la primera vez, ¿tan poca confianza tiene usted en la fuerza de mis resoluciones?

— En cuanto dependan de la voluntad de usted, no, — dijo Leto; — pero como en cosas de la mar hasta los más avezados á ella no cortan siempre por donde señalan...

— Pues luego va á verse, señor marino, si hay aquí ó no hay valor para cortar por

donde se ha señalado. Mientras tanto, le prohibo á usted aventurar juicios sobre ese particular.

Leto casi se ruborizó por falta de una sutileza galante con que responder á la reprimenda sabrosísima de Nieves.

— ¡Qué bonito acopio ha hecho usted hoy! — la dijo por que no se acabara la conversación, y aludiendo á la media guirnalda de hierbas y flores que llevaba Nieves sobre el pecho.

— ¿Usted ha visto — respondió ella bajando la cabecita para mirarlas y acariciándolas al mismo tiempo con la mano — qué helechos más primorosos? De tres clases, y á cual más fina... Pues ¿y estos penachitos de farolillos carmesí?... ¿Cómo me dijo usted el otro día que se llamaban?

— Brezos.

— Es verdad, brezos: ¡qué preciosos! Pues ¿y estas otras florccitas azules que estaban á su lado? ¡Cosa más fina y delicada!... Vea usted qué bien componen con todo ello estas margaritas silvestres tan blancas, con el centro dorado... ¡Qué primor de campaña!

Hablando Leto con Nieves de estas y otras cosas parecidas, con entero descuido, porque la marcha igual y monótona del barco no le exigía gran atención, muy á menudo la llevaba puesta más que en las palabras que dirigía á su linda interlocutora, en el batallar de los pensamientos que le infundía la presencia de aquella criatura, confiada á su pericia y á su lealtad en aquel chinarrito del mundo, entre el cielo y la mar, en medio de la augusta quietud de la Naturaleza. Cuanto de honda y humana poesía palpitaba bajo la costra del humilde boticario, se conmovía y agigantaba entonces, llenándole la mente de luz y el pecho de desconocidas sensaciones; y hubiera sido cosa digna de verse estampada en un papel, la imagen interior del vehemente y desapercibido Leto, perdido entre las evoluciones de su pensamiento, y por el ansia de analizarlos todos, volar de los más rastreros á los más altos, de los más grandes á los más pequeños; trastocar las especies muy á menudo, y apurarse por lo nimio y vulgar después de haberse mecido sereno en las alturas de lo sublime. Así, por ejemplo,

tras de parecerle una herejía haber creído posible trocar por el limbo insulso de su pasado, el dulce presente con todas las contrariedades y amargores que necesariamente había de traerle aparejado, le sonrojaba de pronto la idea mezquina de verse allí, tan cerca de Nieves, vestido como un ganapán... quizá en el mismo instante en que Nieves, mirándole á hurtadillas, le veía mucho más hombre y más apuesto que nunca, con aquellos limpios, holgados y simples atavíos.

Duraron estas cosas tan entretenidas para Leto, y también para la sevillanita probablemente, poco más de un cuarto de hora; hasta que el balandro *desabocó*, y comenzó á sentir Nieves esas inexplicables impresiones, mezcla extraña de pavor y de alegría, que se apoderan de los novicios entusiastas como ella, al verse de pronto mecidos por las ondas salobres de aquel abismo sin medida.

— Ya estamos fuera, — la dijo Leto que leía esas impresiones en su cara. — Los síntomas no pueden ser mejores: *calma cernida*. Observe usted esa especie de muro de niebla

que hay en el horizonte: es lo que llaman *ceja* los marinos: la mejor señal, en verano, de que va á *echar tieso*, es decir, á soplar luego una brisa fresca y bien entablada, como lo demuestra también este poco de trapisonda que hace balancear al barco y restallar las velas abandonadas á su propio peso... ¡Cornias! atesa acolladores y quinales, que trabaja demasiado el palo... De manera que nos hallamos en las mejores condiciones para poner á prueba las del yacht... ó para volvernos al puesto dentro de diez minutos, en popa, si usted se halla arrepentida de haber llegado hasta aquí... Con toda franqueza, Nieves.

Con toda franqueza y hasta con entusiasmo, se ratificó la animosa sevillana en sus deseos de llevar adelante su acariciado proyecto. Ciertó que las embarcaciones en que ella había salido á la mar dos veces en Andalucía, eran mayores, bastante mayores que el *Flash*; pero ¿y qué? Lo que se perdía en holgura se ganaba en gozar más de cerca los lances del paseo. Conque adelante.

— Pues adelante, — repitió Leto muy re-

gocijado, — y no se hable más del asunto... ¡Listo, Cornias! que ya viene la brisa picando. Ha tardado menos de lo que yo esperaba, y me alegro; así empezaremos primero para acabar más pronto... porque usted está algo de prisa, Nieves, ¿no es verdad?

— Esté ó no esté, — respondió Nieves con donosa formalidad, — el paseo ha de ser en toda regla. Conque aténgase usted á eso, y á nada más que eso... ¿Estamos?

¡Carape, cómo electrizaban á Leto aquellas monaditas de la sevillana! De pronto la dijo:

— ¿Ve usted aquel rizado gris que tiene la mar allá lejos y viene avanzando hacia nosotros? Pues es el polvo que levanta la brisa en el camino que trae... ¡A qué paso viene!

En seguida, dirigiéndose á Cornias, gritó:

— Ya está ahí... Caza escotas, que vamos en vuelta de fuera, y á ceñir... Y usted, Nieves, — dijo volviéndose hacia ella, — agárrese bien á la brazola, y no se descuide un instante, porque esto no es la bahía... Y perdóneme si desde ahora no la hago los

honoros de la casa como yo quisiera, porque este caballerito es algo ligero de cascos y voy á necesitar muy á menudo poner los cinco sentidos en él.

En esto, sintiendo el *Flash* en su aparejo las primeras rachas de la brisa, se inclinó sobre el costado de babor; y Leto dijo entonces:

— ¡A la buena bordada!

Y comenzó el balandro á navegar ciñendo y escorando; pero no como en la bahía, en plano perfectamente horizontal, sino entre balances y cabezadas, que iban acentuándose á medida que refrescaba la brisa y la mar se rizaba, cubriéndose de *carneros* y *garranchos*.

Nieves se sobrecogió algo con las primeras *arfadas*, que llegaron á meter el carel debajo del agua revoltosa y espumante; pero la inalterable serenidad de Leto y aquella su honda y tenaz atención al aparejo, á la caña, á todo el organismo del barco y á su rumbo, y algunas miradas á ella de vivo y cariñoso interés, la tranquilizaron bien pronto, y hasta llegó á encontrar muy divertido aquel incesante

cuneo, que la hacía el efecto de un columpio.

Tenía razón Leto al decir á Nieves que no le pidiera cortesías en cuanto empezara el barco á navegar: diez minutos después de decirlo, ya *no estaba en casa*; ya estaba fuera de sí mismo, de su naturaleza carnal y propia; ya era como el espíritu, el alma del barco que regía; el ser activo é inteligente se había infundido en la armazón y las lonas del yacht; no pensaba ni observaba ni sentía Leto Pérez como hombre, sino como barco; venía á ser á modo de yacht inteligente, ó un ser racional con formas de balandro: lo que se quiera.

Bien claro le leía Nieves esta metamorfosis en los ojos y en las actitudes, y se embebecía contemplándole así, segura de no ser observada por él, que llevaba toda la mar, toda la brisa y el barco entero y verdadero metidos en la cabeza.

De vez en cuando, pero siempre muy á tiempo, hacía una salidita á lo suyo, mirando ó hablando breves palabras á Nieves, como Leto mortal, vivo y efectivo; cosa que la complacía mucho, porque no la gustaba

verse allí tan *sola* como en ocasiones creía verse.

— ¿Va usted bien? — la preguntaba.

Y volvía á ser barco en seguida...

— Buen andar llevamos, — pensaba para sus maderas; — pero no todo lo que debemos. Hay que arribar un poco... un poquito más... Ya metimos el carel... Lo menos echamos seis millas... Orza ahora un poco para que adricemos y vayamos con más desahogo, aunque con menos velocidad...

¡Bien, bien!... Ahí están esos condenados, en regata conmigo... (Alto.) Mire usted los delfines, Nieves, en rebaños, dándola á usted escolta de honor, y haciendo volatines fuera del agua para que usted los admire. ¡Cómo quieren lucir su ligereza pasándonos por la proa á lo mejor!

Nieves los admiraba, y hasta los temía al verlos surgir del abismo junto al carel, volteando como pedazos de rueda negra con aguzadas cuchillas de acero enclavadas en la llanta.

— No hay cuidado — la dijo, — que son unos animalejos enteramente inofensivos, y además bobos.

Y con esto volvió á infundir su espíritu en el organismo de su barco y á pensar por él:

— Este andar no es para sangre marinera, con esta mar y esta brisa; hay que arribar otra vez, aunque los garranchos abundan... Cuestión de achicar, si es necesario. Dos garranchos á bordo. (Alto.) Cuidadito los pies, Nieves... y agarrarse... ¿Puede usted volver un poquito más la cabeza á la izquierda?

— ¡Yo lo creo! ¿Para qué?

— Para que vea usted á Pelechés desde aquí.

Volvióse Nieves como Leto quería; y exclamó al punto:

— ¡Ay, qué bien se ve! Pero ¡qué en alto y qué lejos está y qué iluminada la casa por el sol! Parece que nos está mirando con las ventanas... ¿Nos verá alguien desde allí, Leto?

— Al balandro, como un papel de cigarro, puede; pero á nosotros, difícilillo es á la simple vista... Agárrese usted, Nieves, que hay mucha trapisonda y son muy fuertes los balances. Aquí no se puede decir, como

en bahía, que el barco paladea el agua; sino que la escupe y la abofetea y la embiste, ¿no es verdad?... y hasta riñe con ella, que, como usted puede observar, no se muerde la lengua tampoco... Vea usted allá lejos unas lanchas corriendo un largo... Son *boniteras* de fijo... Así se pesca el bonito, á la *cacca*.

Poco después preguntó á Nieves, en cuya cara, más pálida que de costumbre, no se leía otra expresión que la de una curiosidad intensísima, si se daba por satisfecha con la prueba, ó quería apurarla más.

— Hasta ahora — respondió Nieves intrépida — no ha metido el yacht más que una tabla; y usted me tiene dicho que puede con tres.

— Dos, Nieves...

— Tres, Leto: lo recuerdo bien.

— Conmigo sí; pero llevándola á usted, no me atrevo.

— ¿Teme usted dar la voltereta?

— Eso nunca; pero hay otros peligros...

— Pues las tres tablas quiero. Ya estoy acostumbrada á los balances, y esto me va pareciendo delicioso.

Leto, á reserva de engañarla con un artificio bien disimulado, la prometió complacerla, porque no tenía fuerza de voluntad para contrariarla.

— Pues á ello — dijo, — y agárrese usted bien, que voy á preparar la arribada.

Apartó su atención de Nieves, y la puso toda en el yacht.

— La verdad es — pensaba — que la ocasión es de oro para hacer eso y aun otro tanto más; pero ¡carape!... no señor, no señor; tiento, tiento, que no llevas á bordo sacos de paja... Y lo está deseando el maldito. ¡Qué luego sintió la caña! ¡Allá vas! Ya está sorbido el carel... ¡Hola, hola! garranchitos á mí por la proa ¿eh? Toma ese hachazo por el medio... y ese par de rociones para duchas... ¡Carape con la recalcada!... Una tabla... Esto ya es andar... y embarcar agua también... Pues otro poquito más de caña ahora... para probar... ¡nada más que para probar!... Ya está la segunda. (Alto.) Vaya usted contando, Nieves: dos tablas...

— Una y media, — respondió Nieves al punto. — Hasta tres...

— ¡No sea usted tentadora! Dejémoslo en las dos, y crea usted que es bastante.

— ¿Hay miedo, Leto?

— ¡Tendría que ver!

— Pues lo parece.

— Vea usted los delfines otra vez... Los puede usted alcanzar con la mano. ¿Serán capaces de pretenderlo, los muy sin vergüenza? Pues al ver lo que se arriman y se presumen... Las gaviotas... Mire usted esa nube de ellas escarbando con las alas en el mar: allí hay un banco de sardinas...

— Lo que usted quiere — dijo Nieves pasando su mirada firme de los delfines y de las gaviotas á Leto — es distraerme á mí del punto que estábamos tratando; pero no le vale... ¡Las tres tablas, Leto!

Leto empezó á creer que no había modo de resistirla ni de engañarla...

— Pues las tres tablas, — dijo; — pero ¡muchísimo cuidado, Nieves!

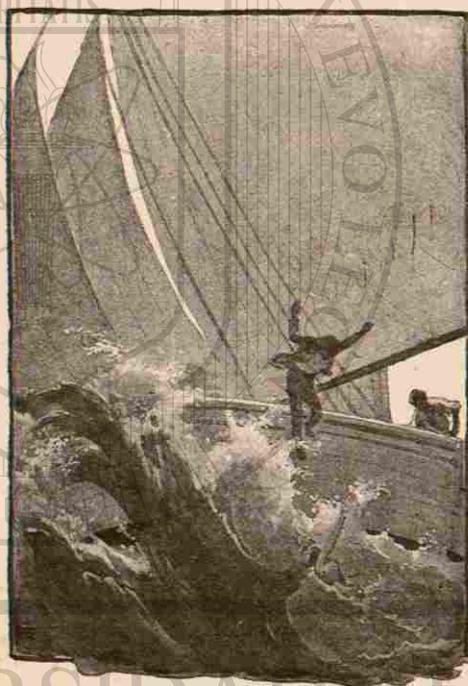
Y se dispuso á complacerla, comenzando por olvidarla para no ser más que barco inteligente.

— Hay que volver á empezar, — se decía;

— y para esto, mejor era haberlo hecho del

primer tirón, porque la brisa arrecia y la trapisonda crece... El carel... ¡por vida de la arfada!... De ésta, va á ser el pozo un baño de pies... Más caña... ¡Uf!... ¡qué sensible y qué retozón está hoy el conde-nado! En cuanto se le tocan las cosquillas, ya no le cabe en la mar... Una tabla... y un garrancho. Después hablaremos de estas rociadas, amigo Cornias... ¡Buena cabezada! Gracias que dimos en blando... La arribada ahora... Dos tablas, y sin carnero á bordo... ¡y qué andar, carape! Que nos alcancen galgos ni las toninas siquiera... Pues toma más, ya que te gusta... ¡así! que no has de desarbolar por ello ni por otro tanto encima... Y eso que parece que te duele el aparejo, por lo que gime y se cim-brea y se tumba... ¡Ay, carape! que esto tiene su borrachera como el vino... ¡Si me dejara llevar de ella!... Pero, en fin, hasta las tres tablas, siquiera, que debemos... falta una... ¡Toma más, bebe más, que más puedes! ¡Vaya si puedes!... Hay que re-petir la arribada con mayor energía... ¡Allá va!... ¡Ah, carape, que se me fué la mano!...

Salió el barco como una exhalación levantando lumbres del agua; saltaron á bordo grandes chorros de ella; oyóse un grito



horripilante, y desapareció Nieves entre las espumas que revolvía el yacht por la banda sumergida.

— ¡Divino Dios! — clamó entonces Leto en un alarido que no parecía de voz humana. — ¡Vira, Cornias!

Y se lanzó al mar detrás de Nieves.

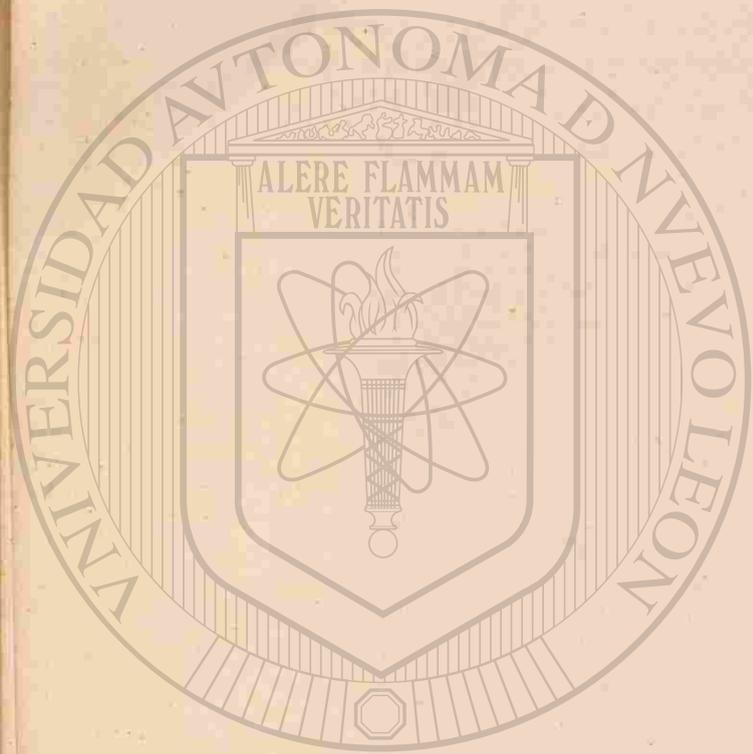
U A N I L



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS





VI

BAJO EL TAMBUCHO

CREO que se nos desmaya, Cornias... Era de esperar... El horror, el frío... ¡Desgraciada de ella... desgraciado de mí... desgraciados de todos, si esto ocurre antes de llegar tú a recogerlos! Ya no podía más... me faltaban palabras para alentarla; fuerzas para sostenerla... y para sostenerme yo mismo. ¡Qué situación, Cor-

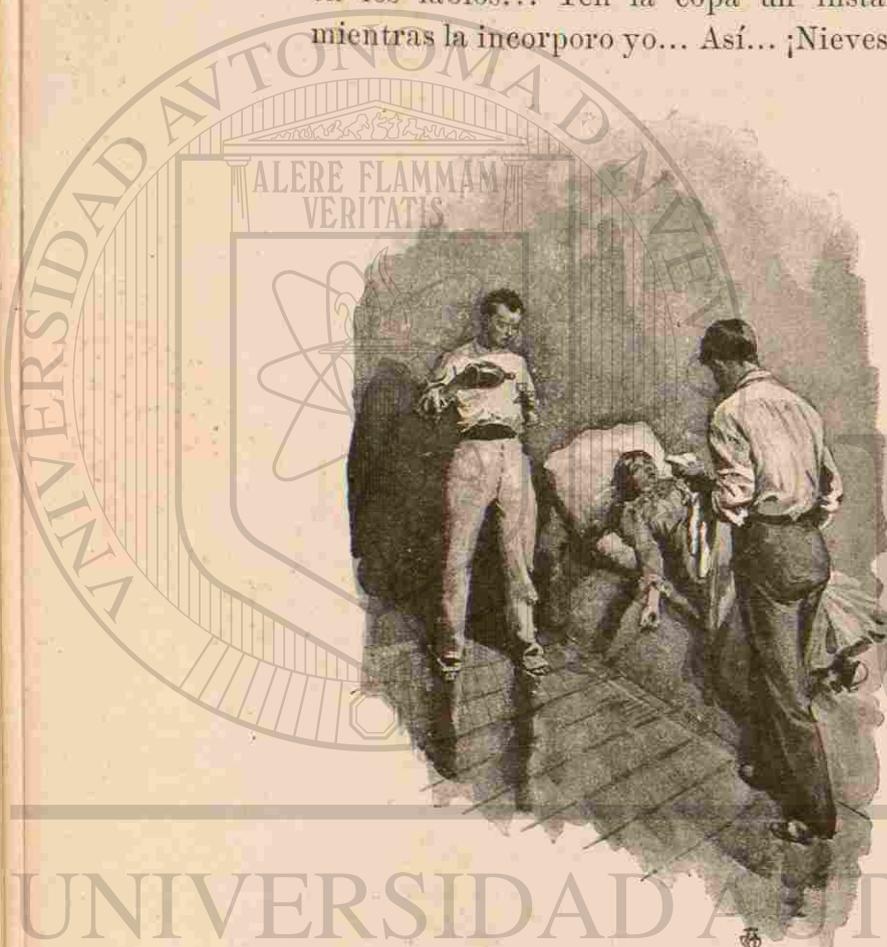
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nias! ¡Qué cuarto de hora tan espantoso! Anda más de prisa... Ten firme... Aquí, sobre este banco... ¡Santo Dios! ¡si me parece que sueño!... Arrolla la colchoneta por esa punta para que sirva de almohada... Así... Ahora convendría reaccionarla; pero ¡cómo?... Con qué tenemos; pero ¡cómo? vuelvo á decir... Destapa ese otro banco y saca cuantas ropas haya dentro del cajón... ¡En el aire!... Yo, al armario de las bebidas alcohólicas... ¡Inspiración de Dios fué el conservarlas aquí!... ¡Y se resiste la condenada vidriera!... Pues por lo más breve... ¿para qué sirven los puños?... Hágase polvo este cristal, y el armario entero si es preciso... Este ron de Jamaica es lo más apropiado... Una copa también... Ampara tú esto de los balances, sobre la mesa... pero dame primero una toalla de ésas para secarme las manos, que chorrean agua... ¡Qué ha de suceder con esta chaqueta que es una esponja?... ¡Fuera con ella!... Vete echando ron en la copa... Venga ahora... Pero aguárdate que la enjuge antes la cara... ¡Dios de Dios! ¡que yo no pueda hacer aquí lo que es más

necesario... casi indispensable! aflojarla estas ropas empapadas... quitárselas de encima. ¡Si me fuera dado ver y no ver; maniobrar con los ojos cerrados!... La copa en seguida... Ron en las sienes... en las ventanillas de la nariz... entre los labios... ¡Pero si con ese talle tan oprimido no pueden funcionar los pulmones!... Yo bien veo dónde está la abertura de la coraza... pero ¡no sería una profanación poner las manos ahí?... ¡No se me caerían de las muñecas?... Y hay que hacer algo por el estilo, y sin tardanza... Por la espalda si acaso... Justo: la misma cuenta sale... Tu cuchillo, Cornias... Ayúdame á ponerla boca abajo... ¡Dios me dé tino suficiente!... Por si acaso, el filo hacia arriba... Ya está cortada la tela del vestido... Ahora las trencillas del corsé... y estos cinturones... Esta es obra más fácil... Trae aquel impermeable y tiéndele encima de ella y de mis manos, que no tienen ojos... Así... Ya queda el tronco libre de ligaduras... A volverla ahora de costado... ¿Ves cómo respira con menos dificultad?... Más ron en seguida... ¡en el aire, Cornias! Le siente

en los labios... Ten la copa un instante
mientras la incorporo yo... Así... ¡Nieves!...



¡Nieves!... Dame la copa tú. ¡Nieves! un
sorbito de esta bebida para entrar en

calor... A ver, poquito á poco... Allá va...
¡Lo paladea, Cornias, lo paladea... y en-
treabre los ojos! ¡Sea Dios bendito!... Otro
sorbo más, Nieves, hasta apurar la copa,
aunque le repugne á usted: es esencia de
vida... ¡Ajá!... Prepara otra, Cornias, por
si acaso... Mira, hombre, ¡todavía con-
serva en el pecho parte de las flores que se
había prendido esta mañana!... Sobre que
se están cayendo... Toma. No las tires:
guárdalas en ese armario abierto... por
si pregunta por ellas... ¿Se siente usted
mejor, Nieves? ¿Quiere usted otro poco de
la misma bebida para acabar de reaccio-
narse?... ¡Mira, Cornias, qué fortuna en
medio de todo! Ya vuelve en sí... ya está
en sus cabales... ¡Bendito sea Dios!

El pudor, que es el sentimiento más
afinado en la naturaleza de la mujer, fué
lo primero que vibró en la de Nieves al
recobrar ésta el dominio de su razón. Notó
la flojedad del cuerpo de su vestido, miróse,
le vió desentallado, reparó en el imper-
meable que la cubría los hombros; y con
una mirada angustiosa preguntó á Leto la
causa de ello.

— Lo he rasgado yo — respondiéndola el mozo, tan ruborizado como la interpelante, — porque era de necesidad abrir por algún lado para que usted respirara con desahogo... y elegí ese lado de atrás por parecerme menos... vaya, menos... y aun eso se hizo, al llegar al corsé, bajo el impermeable que no se le ha vuelto á quitar á usted. ¿Es cierto, Cornias?

Cornias dijo que sí; y Nieves bajó la cabeza, estremeciéndose, y se arropó con el impermeable. Estaba pálida como un lirio, casi amoratada; chorreábale el agua por cabellos y vestido, y había una verdadera laguna en el suelo de la cámara; porque Leto, por su parte, era una esponja inagotable, de pies á cabeza.

— Ahora, Nieves, — la dijo éste casi imperativamente, pero traduciéndosele en la voz y en la mirada la compasión y el interés de que estaba poseído, — va usted á hacer, sin un momento de tardanza, lo que debió de haberse hecho en lugar de lo poco que yo hice... porque no me era lícito hacer más: está usted empapada en agua, está usted fría; y eso no es sano:

hay que quitarse esa ropa... ¡toda la ropa! enjugarse bien, friccionarse si es preciso, y volverse á arropar: yo no tengo vestidos que ofrecerla á usted, ni en estas soledades han de hallarse á ningún precio; pero tengo algo seco, limpio y muy á propósito para que pueda usted envolverse en ello y abrigarse... Vea usted una... dos... tres grandes sábanas de felpa... dos toallas... unas pantuflas sin estrenar, algo cumplidas de tamaño; pero donde cabe lo más, cabe lo menos... Otro impermeable... ¿Se acuerda usted de la tarde en que les enseñé estas prendas visitando ustedes esta cámara? ¡Mal podía imaginarme yo entonces el destino que les estaba reservado para hoy! En medio de todo, bendito sea Dios; que menos es nada... Conque á ello, Nieves... y tome usted antes otros dos sorbos de ron para rehacerse un poquito más... No insistiría, porque sé que le repugna este licor, si tuviera usted quién la ayudara en la tarea en que va á meterse; pero, desgraciadamente, tiene usted que arreglarse sola, y hay que cobrar fuerzas... Vamos, otro sorbito... y tú, Cornias, ¡listo á pasar un

lampazo por estos suelos!... Vea usted bien, Nieves: sobre la mesa pongo, para que las tenga usted más á la mano, las sábanas, las toallas y las babuchas... Allí queda el capuchón impermeable; y la botella del ron para el uso que la indiqué antes y la recomiendo mucho, en este armario... Después se pasa usted á aquel otro banco que está seco, y se acuesta un ratito... Para su mayor tranquilidad, voy á correr las cortinillas de los tragaluces... No hay ojos humanos en el yacht, capaces de un atrevimiento semejante; pero usted no tiene obligación de creerlo... ¿Ve usted? Después de corridas las cortinillas, queda sobrada claridad para lo que tiene usted que hacer... ¡Ah! por si se le ocurre llamar mientras esté sola aquí adentro: esta puerta de entrada tiene un cuarterón de corredera: observe usted cómo se abre y se cierra... Por aquí puede usted pedir lo que necesite... ¡Listo, Cornias, que apura el tiempo!... Conque ¿estamos conformes, Nieves? ¿Hay fuerzas? ¿Sí? Pues á ello sin tardar un instante. Y ¡ánimo! que Dios aprieta, pero no ahoga.

Nieves, que había estado con la mirada fija en Leto, sin perder una palabra, ni un movimiento, ni un ademán del complaciente muchacho en su afanoso ir y venir, cuando le tuvo delante, á pie firme y en silencio pidiéndola una respuesta, se la dió en una sonrisa muy triste; pero muy dulce.

En seguida se llevó ambas manos á la frente y se estremeció de nuevo, exclamando:

— ¡Dios mío, qué ideas me acometen de pronto, tan negras, tan raras!... ¡qué sobresaltos, qué visiones!... Estoy como en una pesadilla horrorosa... Mi pobre padre, tan tranquilo y descuidado en Pelechés; yo, sin saberlo él, aquí ahora, de esta traza, en este mechinal... y un momento hace... ¡Dios eterno!... Leto... yo estoy viva de milagro... yo he debido de ahogarme hoy.

— No, señora, — respondió Leto — muy formal.

— ¡Que no? Pues si no es por usted, primero, y por la destreza de Cornias en seguida... confesada por usted mismo cuando le veía acercarse...

— Cornias ha cumplido con su deber, como yo he cumplido con el mío; pero usted no podía ahogarse de ningún modo...

— ¿Por qué?

— Porque... porque no: porque para ahogarse usted era preciso que antes me hubiera ahogado yo, y después el yacht con Cornias adentro, y después los peces de la mar, y la mar misma en sus propias entrañas, ¡y hasta el universo entero!... porque hay cosas que no pueden suceder ni concebirse, y por eso no suceden... Y ¡por el amor de Dios! esparza usted ahora esos tristes pensamientos, como yo esparzo los míos... que son bien tristes también, y muy mortificantes y muy negros, y conságrese sin perder minuto á hacer lo que la tengo recomendado; porque no da espera. Tiempo sobrado nos quedará después para hablar de eso... y entregarme yo á la Guardia civil para que, atado codo con codo, me lleve á la cárcel, y después me den garrote vil en la plaza de Villavieja.

— ¡A usted, Leto?

— A mí, sí; porque, en buena justicia,

debió de haberme tragado la mar en cuanto la puse á usted en brazos de Cornias.

— Pero ¿habla usted en broma ó en serio?—le preguntó Nieves, contristada con el tono y el ademán casi feroces de Leto.

— Pues ¿no ha conocido usted que es broma para distraerla de sus visiones?—respondió éste fingiendo una risotada de mala manera, abochornado por su imprudente sinceridad. — Lo que la repito en serio es que urge quitarse todas esas ropas mojadas.

— ¿Y las de usted? — le dijo á él Nieves viendo como le chorreaba el agua por las perneras abajo, — ¿no son ropas mojadas?

— Las mías — respondió Leto — no hacen daño donde están ahora; somos antiguos y buenos amigos el agua salada y yo... Además, ya están casi secas y acabarán de secarse al aire libre adonde voy á ponerlas en seguida con el permiso de usted. Vamos á ir empapados, y cuento con llegar al puerto en tres cuartos de hora; echemos otro hasta el muelle: la hora justa desde aquí... Téngalo usted presente para hacer su *toilette*... y hasta luego.

Con esto salió de la cámara, cerró la puerta y voceó á Cornias, que ya estaba esperándole con la maniobra aclarada y la sangre helada aún en sus venas con el recuerdo del espantoso lance que no se le borraría de la memoria en todos los días de su vida.

Se izaron las velas, se puso el *Flash* en rumbo al puerto, y cayó su piloto, no en su embriagadora obsesión de costumbre en casos tales, sino en las garras crueles de sus amargos pensamientos. Volaba el yacht cargado de lonas, arrollando garranchos y carneros, saltando como un corzo de cresta en cresta y de seno en seno, circuido de espumas hervorosas, juguetón, ufano... ¿Y para qué tanta ufanía y tanta presteza? Para tortura del pobre mozo, que veía en la llegada al puerto la caída en un abismo sin salida para él... Mirárase el caso por donde se mirara, siempre resultaba el mismo delincuente, el mismo responsable: él, y nadie más que él. Fué débil complaciendo á Nieves, sin consentimiento de su padre, en un antojo tan serio, tan grave, como el de salir á la mar á hurtadillas y con el

tiempo medido: fué un mentecato, un majadero, haciendo valentías en ella, sin considerar bastante los riesgos que corría el tesoro que llevaba á su lado; fué un irracional, un bárbaro, rematando sus majaderías con la bestialidad que produjo el espantoso accidente... No lo había dicho en broma, no; merecía ser entregado por la Guardia civil á los tribunales de justicia, y agarrotado después en la plaza pública, y execrado hasta la consumación de los siglos en la memoria de don Alejandro Bermúdez y todos sus descendientes. Y si don Alejandro Bermúdez y la justicia humana no lo consideraban así, ni el uno ni la otra tenían sentido común ni idea de lo justo y de lo injusto... ¿Que Nieves vivía! ¿Y qué, si vivía de milagro, como había dicho muy bien la infeliz? Su caída había sido de muerte, con el andar que llevaba el barco; y en esta cuenta se había arrojado él al mar... Si se obraba el milagro después, bien; y si no se obraba... ¿qué derecho tenía él á vivir pereciendo ella, ni para qué quería la vida aunque se la dejaran de misericordia? Esto no era rebelarse contra

las leyes de Dios; era sacrificarse á un deber de caridad, de conciencia, de honor y de justicia. El la había puesto en aquel trance; pues quien la hizo que la pagara. Esta era jurisprudencia de todos los códigos y de todos los tiempos, y de todos los hombres honrados... ¿Comprometes la vida ajena? Pues responde con la propia. ¿Qué menos? Esto entre vidas de igual valor. Pero ¿qué comparación cabía entre la vida de Nieves y la vida de Leto? ¡La vida de Nieves! Todavía concebía él, á duras penas, que por obra de una enfermedad de las que Dios envía, poco á poco y sin dolores ni sufrimientos, esa vida hubiera llegado á extinguirse en el reposo del lecho, en el abrigo del hogar y entre los consuelos de cuantos la amaban; pero de aquel otro modo, inesperado, súbito, en los abismos del mar, entre horrores y espantos... ¡y por culpa de él, de una imprudencia, de una salvajada de Leto!... Lo dicho: aun después de salvar á Nieves, quedaba su deuda sin pagar: y su deuda era la vida; y esta deuda debió habérsela cobrado el mar en cuanto dejó de hacer falta para poner en

salvo á la de su pobre víctima... Todo esto era duro, amargo, terrible de pensar; pero ¿y lo otro, lo que estaba ya para suceder, lo que casi tocaba con las manos y á veces se las inducía á dar contrario rumbo á su yacht? ¡Cuando éste llegara al puerto, y hubiera que pronunciar la primera palabra, dar la primera noticia, las primeras explicaciones, aunque por de pronto se disfrazara algo la verdad que al cabo llegaría á conocerse?... Don Alejandro, sus servidores y amigos... la villa entera, la misma Nieves, después de meditar serenamente sobre lo ocurrido... cada cual á su manera, ¡todos y todo sobre él!... Merecido, eso sí, ¡muy merecido! Pero ¿dónde estaban el valor y las fuerzas necesarias para resistirlo? Hasta con el mar se luchaba y en ocasiones se vencía; pero contra la justa indignación de un caballero, contra el enojo de sus amigos, contra la mordacidad de los malvados, y contra el aborrecimiento de ella... ¡Oh, contra esto sobre todo!... Aquí no cabía ni hipótesis siquiera. Antes que tal caso llegara, aniquilárale Dios mil veces, ó castigárale con la sed y la ceguera y todas

las desdichas de Job: á todo se allanaba menos á ser objeto de los odios de aquella criatura que le parecía sobrehumana.

Después de subir Leto tan arriba en la escala de lo negro, sucedióle lo que á todos los espíritus exaltados movidos de las mismas aprensiones: que no pudiendo pasar de lo peor ni teniendo paciencia para quedarse quietecito donde estaba, comenzó á descender muy poco á poco, para cambiar de postura; y de este modo, quitando una tajadita á este supuesto, y un pellizquito al otro, y dando media vuelta al caso de más allá, fué encontrando la carga más llevadera y el cuadro general á una luz menos desconsoladora.

Para mayor alivio de su pesadumbre, al abocar al puerto se halló de pronto con la carita de Nieves asomada al cuarterón de la puerta de la cámara, mirándole muy risueña, con una rosetita arrebolada en cada mejilla y cierta veladura de fatiga en los ojos... El alma toda se le esponjó en el cuerpo al aprensivo mozo. Aquellos celajes tan diáfanos, tan puros, no eran signos de la tempestad que él temía...

— Ya está usted obedecido — le dijo — en todo y por todo. ¡Si viera usted qué bien me encuentro ahora! Siento hasta calor, y he cobrado fuerzas... Pero huelo á ron que apes-to... Lo peor es que no puedo manejarme á mi gusto, porque estoy lo mismo que un bebé: en envolturas. Además, el capuchón por encima.

Leto bajó un poco la cabeza y apretó los párpados y las mandíbulas, como si tratara de arrojar de su cerebro alguna imagen demasiado tentadora que, contra su voluntad, se empeñara en grabarse allí.



®

— Bien sabía yo — dijo por su parte y sólo por decir algo — que el remedio era infalible; sobre todo, aplicado á tiempo... Y aunque yo me privara del gusto de verla ahí tan repuesta, ¿no estaría usted mejor descansando sobre el almohadón que no se ha mojado?

— Ya lo he hecho durante un ratito, — contestó Nieves; — pero me he levantado para preguntarle á usted una cosa que ha empezado á inquietarme bastante... Como yo hasta ahora no he tenido el juicio para nada... En primer lugar, ¿por dónde vamos ya?

— Entrando en el puerto.

— Y cuando lleguemos al muelle, ¿cómo salgo yo de aquí, Leto? Porque no he de salir en mantillas. ¿Ha pensado usted en esto también?

— También he pensado en eso, — respondió Leto devorando el amargor que le producía el recuerdo de aquel caso, que era la primera estación del Calvario que él había venido imaginándose. — En cuanto lleguemos al muelle, irá Cornias volando á Pelechés en busca de la ropa que usted nece-

site... Se dirá, para no alarmar, que se ha mojado usted, no lo que ha sucedido...

— Me parece muy bien, y en algo como ello había pensado yo para salir del primer apuro. Después Dios dirá... ¿no es así, Leto?

— Así mismo, — respondió éste algo mustio otra vez.

— Pues yo creo — dijo Nieves notándolo — que hacemos mal en apurarnos por lo menos, después de haber salido triunfantes de lo más... Dios que me oyó entonces, no ha de ser sordo ahora conmigo... para una pequeñez; porque después de lo pasado, todo me parece pequeño ya, Leto... ¡muy pequeño!... hasta el enojo y las reprensiones de papá... ¡Virgen María! Me veo aquí sana y salva y hablando con usted, vivo y sano también, y me parece mentira... ¡Qué horrible fué, Leto, qué espantoso! ¡En aquella inmensa soledad!... ¡qué abismo tan verde, tan hondo... tan amargo!...

Amargos y muy amargos le parecieron también á Leto aquellos recuerdos que él quería borrar de su memoria, y por ello

pidió á Nieves, hasta por caridad, que hablara de cosas más risueñas.

— ¡Si no puedo! — le respondió Nieves con una ingenuidad y un brío tan suyos, que no admitían réplica. — Estoy llena, henchida de esos recuerdos, como es natural que esté, Leto... porque no ocurren esas cosas todos los días, ¡ni quiera Dios que vuelvan á ocurrirle á nadie! Me mortifican mucho calladitos allá dentro, y me alivio comunicándolos con usted... ¡Y usted quiere que me calle!... Pues caridad por caridad, Leto: también yo soy hija de Dios... ¿Le parezco egoísta? ¿Le importuno? ¿Le canso? ¿Va usted á enfadarse conmigo?

¿Habría zalamera semejante? ¿Enfadarse Leto por tan poca cosa, cuando sería capaz...! Pidiérale ella que bebiera hieles para quitarla una pesadumbre, y hieles bebería él tan contento, y rescoldo desleído.

No se atrevió á decírselo tan claro; pero como lo sentía, algo la dijo que sonaba á ello y le valió el regalo de una mirada que valía otra zambullida. En seguida dijo Nieves, volviendo á pintársele en los ojos la expresión del espanto:

— Todo lo recuerdo, Leto, como si me estuviera pasando ahora: qué tontamente desprendí las manos del respaldo para llevármelas á la cara, cuando sentí el chorro de agua en ella; la rapidez con que caí en seguida, y la impresión horrorosa que sentí al conocer que había caído en la mar; lo que pensé entonces y lo que recé; el desconsuelo espantoso de no tener á qué asirme ni dónde pisar... ¡Ay, Leto! si tarda usted dos segundos más, ya no me encuentra... Me hundía, me hundía retorciéndome desesperada... ¡qué horror! Cuando me vi agarrada y suspendida por usted, me pareció que resucitaba... Después empezaron los peligros de ahogarnos los dos por mi falta de serenidad para seguir los consejos que me daba usted... Empeñada en asirme á usted, como si estuviera usted á pie firme sobre una roca... Pero ¿quién puede estar serena entre aquellos horrores, Virgen María! Después ya fué otra cosa; á fuerza de suplicarme usted y hasta de reñirme, ya logré colocarme mejor y dejarle más libre y desembarazado... A todo esto, alejándose el yacht, y usted explicándome por qué lo

hacía... después todas sus palabras para darme alientos, hasta que el barco volviera por nosotros... ¿si volvía, Leto, si volvía á tiempo!; porque á pesar de sus palabras, demasiado conocía yo lo que pasaba por usted: las fuerzas humanas no son de hierro; y aquella espantosa situación no daba larga espera... Recuerdo la alegría de usted cuando vió el yacht encarado á nosotros; sus temores de que á Cornias no se le ocurrieran ciertas precauciones, y el barco, por demasiada velocidad, pasara á nuestro lado sin poder recogerlos; y su entusiasmo cuando vimos caer las velas una á una, quedarse el barco desnudo, y al valiente Cornias de pie, con la caña en la mano y conduciéndole hacia nosotros hasta ponerle á nuestro lado dócil y manso, y creo que hasta risueño... No parecía barco, sino un perro fiel que iba en busca de su señor. ¿No he de recordarlo, Leto? ¿Pues es para olvidado en toda mi vida por larga que ella sea?... Como lo que usted dijo en cuanto llegó á nosotros el yacht, y el pobre Cornias, pálido como la muerte, se arrojó sobre el carel con los

brazos extendidos... ¿Se acuerda usted, Leto?

Leto, con la frente apoyada en su mano izquierda y el codo sobre la rodilla, no respondió á Nieves una palabra. Estaba aturcido, fascinado, quizá por los recuerdos que evocaba el relato; quizá por el acento conmovedor y la expresión irresistible de los ojos de la relatora.

La cual, después de contemplarle con cariñosa avidez unos momentos, añadió:

—Pues yo sí: «¡A ella, Cornias; á ella sola!» Mal andaba yo de fuerzas entonces; ¡muy mal!, no podía andar peor; pero me hubiera atrevido á jurar que estaba usted gastando las últimas en ponerme en manos de Cornias... ¡Ay, Leto! Yo creía que en determinadas ocasiones de la vida, estaban excusados los hombres de ser galantes con las damas; pero, por lo visto, la regla tiene excepciones; y una de ellas me ha tocado á mí hoy, por dicha mía... ¡Y quiere usted que eche de la memoria todos estos recuerdos, ó que los conserve y me calle!... Y á todo esto,—añadió, observando la emoción hondísima del original muchacho, (que

tenía que ver entonces, desgredado, en cuerpo y mangas de camisa, aun no bien seca, y los pantalones más que húmedos todavía), — ¿dónde está Cornias?... Yo quisiera verle.

Como el yacht continuaba navegando en popa y no había que tocar la maniobra, Cornias iba á proa sentado al borde del tejadillo del tambucho, con los brazos cruzados sobre el pecho, la cabeza algo caída, pálido el color, y los ojos completamente en blanco; porque todo su mirar era entonces hacia adentro, donde le hervían las imágenes terribles de los recientes sucesos en que le había alcanzado tan importante papel.

Acudió á la llamada enérgica de Leto, el cual le dijo:

— La señorita desea hablarte: baja.

Y bajó al fondo del pozo. Allí levantó la cabeza, y enderezó lo más que pudo la mirada al ventanillo de la puerta; y tal efecto le produjo la expresión dulce y melancólica de la carita de Nieves, incrustada en el hueco, y el cariñoso interés con que le miraba á él, al ínfimo Cornias, que comenzó á

inflar los carrillos y amagar sollozos; con lo cual Nieves se enterneció también algo, y ninguno de los dos articuló palabra.

Observado por Leto y queriendo dar fin á la escena que tan dificultosamente empezaba, con el pretexto de que andaba el yacht en las proximidades del muelle, pidió permiso á Nieves para enviar á Cornias á su sitio; y la dijo en conclusión:

— De *eso* ya hablarán ustedes otra vez.

Fuése Cornias y preguntó Nieves á Leto:

— ¿Tan cerca estamos ya?

— En cinco minutos llegamos...

— ¡Ay, Dios mío! — exclamó Nieves, palideciendo algo, — ¡qué hormiguillo me entra ahora!... ¿Será miedo?

— Hay para tenerle, — contestó el otro tiritando en su interior.

— Pues ánimo, — repuso ella con la voz algo insegura, — y pensemos en lo más para no temer lo menos. Antes se lo dije también. Y ahora me vuelvo á mi escondrijo, hasta que pueda salir de él vestida de persona mayor... ¡Ah!... se me olvidaba, — añadió después de haber retirado un poco la carita del ventanillo: — he visto

en el armario unas flores iguales á las que yo llevaba en el pecho esta mañana, si no son las mismas...

— Lo son, — respondió Leto hecho una grana, como si le hubieran achacado el robo de un panecillo.

— Pues ¿cómo están allí? — preguntó Nieves gozándose en el bochorno de Leto.

— Porque se le estaban cayendo á usted del pecho cuando la tendimos desmayada sobre el banco... y le dije yo á Cornias, después de recogerlas con mucho cuidado, que las guardara... por si usted preguntaba por ellas.

— Muchas gracias, Leto, aunque ya no me sirven. Puede usted tirarlas, si le parece.

— ¡Eso no! — contestó Leto sin pararse en barras, acordándose del lance del Miradorio. — Bien están donde están, puesto que usted no las quiere.

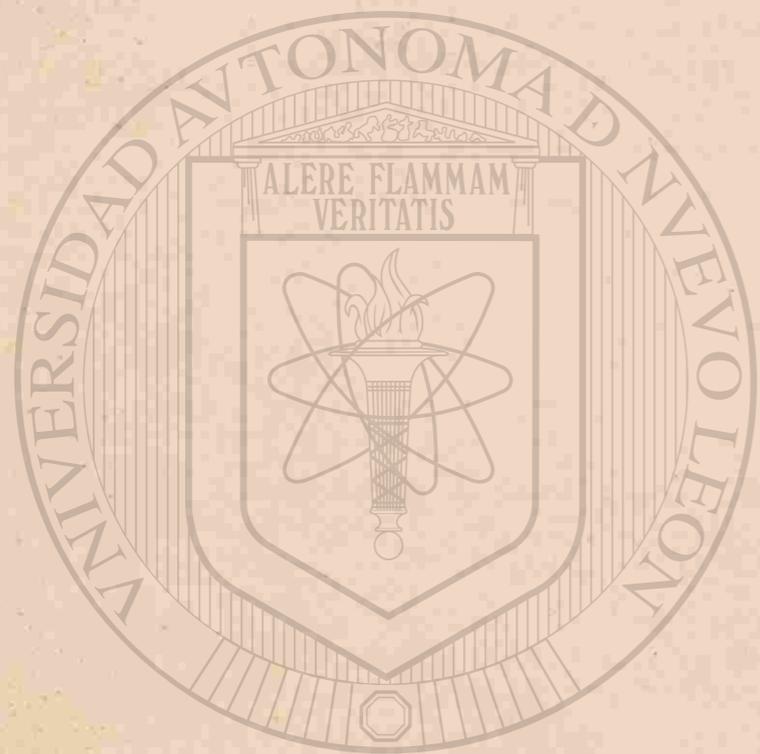
— Y ¿no estarían mejor — preguntóle Nieves, con una sonrisilla que hablaba sola, — en otra parte... por ejemplo, con cierto clavel rojo, en el mismo libro, como apunte de dos fechas importantes?... En fin, al gusto de usted... y hasta luego.

Y corrió la tablilla de cuarterón.

— ¡Lo propio que yo estaba pensando! — exclamó Leto para sí. — Dos fechas: el principio y el fin; porque esto es ya el acabóse... ¡Cornias! — gritó de pronto. — ¡Arría!

Arrió Cornias el aparejo que le sobraba al balandro; y así continuó éste deslizándose hasta atracarse á los maderos del muelle, con la misma precisión que si llevara medidas á compás las fuerzas y la distancia.





UANI

VII

EN LA VILLA

Dos pescadores que estaban trajinando en un bote cercano al muelle, vieron la llegada del *Flash* y el estado en que venía Leto; cómo salió Cornias en seguida escapado hacia Pelechés; cómo el hijo de don Adrián, descompuesto y airado de semblante, no sabía lo que se hacía, y, en ocasiones, hablaba palabras sueltas con

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

alguien que estaba encerrado en la cámara; cómo volvió Cornias después á todo andar, con un gran envoltorio entre brazos y acompañado de «la Gitana de Pelechés» (así llamaban á Catana las gentes de Villavieja); cómo entregó Cornias á la andaluza el envoltorio, estando los dos en el yacht; cómo la andaluza y el envoltorio pasaron á la cámara; cómo Cornias tornó á subir al muelle y tomó á escape el camino de la villa; cómo no tardó un cuarto de hora en volver, con otro lío que puso en manos de Leto; cómo, al cabo de otro cuarto de hora, salieron de la cámara la señorita de Pelechés, muy elegante, y Catana con otro envoltorio que goteaba; cómo, después de darse la mano la señorita y Leto, muy afectuosamente, y de cambiar algunas palabras, Cornias cogió el lío que goteaba, y echándosele al hombro, salió del yacht con las dos mujeres; cómo Leto desde abajo y la señorita desde el muelle, volvieron á despedirse con la mano, de palabra y con los ojos; cómo los tres desembarcados se fueron por el camino del Miradorio, y Leto se encerró en la cámara con su correspon-

diente lío para salir, un buen rato después, mudado de pies á cabeza y vestido «de cristiano»; cómo anduvo trajinando en el yacht... y cómo, en fin, reapareció Cornias en el muelle, sudando el quilo, sin pizca ya de negro en los ojos, y bajó al yacht, y se quedó en él, y se marchó Leto hacia su casa... con un manojito de herbachos y de flores ruines en la mano, pero que debían de tener algún mérito, por el cuidado con que las guardó en un bolsillo. Todas estas cosas y la cara de susto que notaron en la señorita, en la gitana y en Cornias, y de veneno en el hijo de don Adrián, tan alegrote de suyo, pusieron la curiosidad de los pescadores en una tirantez insoportable. Por lo cual, en cuanto se perdió Leto de vista, ya estaban ellos al costado del balandro acosando á Cornias con preguntas.

Cornias era sobrio de palabras naturalmente, y en aquella ocasión fué hasta mezuino; pero como aún tenía el susto bien patente y lo visto por los pescadores no se veía á todas horas en un yacht como aquél, de vuelta de un paseo por la mar,

la mezquindad de las respuestas agravaba el aspecto del asunto. Pronto cayó Cornias



en esta cuenta; y para salir del paso honradamente, despilfarróse un poco más, barajando de mala gana, á media voz y de

medio lado, sin desatender su faena, «una virada en redondo», «mucho trapisonda», «garranchos como arena» y «los rociones hasta la cara». Replicáronle que cómo pudieron empaparse los demás y quedar él tan enjuto como estaba. A lo cual, y viéndose cogido por el medio, respondió que no había más, y que bastante era para lo poco que les había costado y lo menos que les importaba.

Idéntica explicación había hecho á don Adrián, por encargo de Leto, al pedirle ropa con que mudarse éste; pero don Adrián lo creyó á puño cerrado desde luego, y no pasó más allá de lamentar el caso, dar á Cornias el equipo que le pedía, y rogar á Dios en sus adentros que no ocurrieran cosas semejantes cuando fuera en el balandro la señorita de Peleches, de la cual nada había dicho el mensajero de Leto al boticario; mientras que los pescadores, con más datos á la vista y mayor experiencia que don Adrián en achaques de aquel género, y maliciosos de suyo, se forjaron el lance á su capricho; y dándole por cierto, le narraban diez minutos después, con mi-

nuciosos detalles, en la taberna de *Chispas*, delante de varias personas, entre ellas la criada de don Eusebio Codillo que iba en busca de la media azumbre diaria de clarete que se bebía en la casa entre los seis de familia.

Esto ocurría á las doce y media, minutos arriba ó abajo: á la una menos cuarto se sabía en casa de las Escribanas (que ya tenían, por Maravillas, conocimiento de la salida de Nieves á la mar, *sola* con el hijo del boticario) que el uno y la otra, por andar de remosco en el balandro, habían caído *juntos* al agua, de donde salieron con muchas dificultades; que ella había venido desnuda en la cámara, y él á medio vestir un poquito más afuera... Eso, al llegar al muelle; porque antes, sabe Dios dónde vendría.

Rufita González supo más que esto á la una en punto. Supo que, habiendo salido Nieves de la mar sin conocimiento, hubo necesidad de desnudarla y darla friegas *en todo el cuerpo*, para que volviera en sí, y dárselas con un esparto sucio, por no haber allí otro recurso de que echar mano. Y lo

que decía Rufita á las tres Indianas babeando de indignación:

— No lo siento por ella, la verdad, ni por el parentesco que nos une, ni tampoco me extraña; porque, con el modo de vivir que traía la muy pindonga, en eso había de venir á parar... ó en cosa peor que también puede haber sucedido... ¡vaya usted á saberlo!... ¡Ay, si tenía yo buena nariz cuando despreciaba sus arrumacos! «Que no te dejas ver, Rufita... que vengas á menudo por aquí... que te echo mucho de menos... que entre personas de familia debe haber mucha unión y mucho cariño... que á comer... que á refrescar... que no seas ingrata ni orgullosa...» ¡Pícara lagarta sin vergüenza del demonio! ¡Como si fueran de juego los motivos que yo tenía para despreciarla!... Pero por quien siento el escándalo es por mi pobre primo carnal, Nachito: tan joven, tan guapo, tan caballero y tan poderoso; porque le pone en *re-dículo*, después de las voces que han echado á volar ella y su padre, sobre casamiento arreglado de los dos primos. ¡Para ella estaba, la muy escandalosa! ¡En eso piensa

el hijo de mi tío Cesáreo! Por otros caminos más decentes y honrados han de ir, si Dios quiere, las miras de mi pobre primo... Y si no, al tiempo... Pero ellos están haciendo creer otra cosa para ver si cuaja... ¡Como no cuaje! Que cargue, que cargue con el zagalón de la botica... y gracias que no lo tenga el gandulón á menos, porque para ella sobra. ¡Ja, ja, ja, jaaá!

En la Campada se recibió la misma historia, con nuevas ilustraciones, á las dos; y todos los Carreños cayeron sobre ella como una piara de cerdos sobre un costal de patatas: á dentellada limpia entre gruñidos de placer.

Los Vélez, que lo supieron á las dos y media, lo tomaron en tono muy diferente. Don Gonzalo miró á Juanita con cara de compasivo menosprecio; Juanita, en ademán de profetisa triunfante, miró á su hermano Manrique; y Manrique, que estaba mirando al suelo, según costumbre, y columpiando una pierna cruzada sobre la otra, bajó un poquito más la cabeza y corrió la mirada dos rendijas hacia el sillón... En seguida leyó Juanita en alta voz una revista de

Asmodeo, como para desinfectar la casa y endulzar los paladares; y no volvió á mencionarse allí el nombre de los Bermúdez, cuanto más el inaudito suceso que en aquellos instantes corría de boca en boca por toda Villavieja.

Don Claudio Fuertes le pescó en el Casino, muy atenuado y confuso, porque delante de él nadie osaba decir todo lo que sabía. Pero como era evidente que algo había sucedido, alarmóse y corrió á la botica para averiguar lo cierto. Don Adrián sabía ya para entonces algo más de lo que le había contado Cornias: sabía que Nieves iba también en el yacht, y que también se había *mojado*; y esto lo sabía porque Leto había creído de necesidad contárselo en justificación de su invencible disgusto, y por temor de que su padre supiera por otro conducto toda la verdad y la creyera. El pobre boticario estaba transido de pesadumbre. «Nada tenía de particular el caso en sí, aislada, concreta y separadamente, eso es»; pero considerando que Nieves había salido aquel día á la mar por primera vez y sin permiso ni conocimiento

de su padre, ¿qué no estaría pensando y sintiendo á aquellas horas su bondadoso y respetable amigo el señor don Alejandro Bermúdez Peleches, si era sabedor de todo? Por aquí, por aquí le dolía al apacible don Adrián entonces; y como Leto se quejaba también del mismo lado, y ninguno de los dos tenía serenidad bastante para presentarse en Peleches con aquellos temores sobre el alma, Fuertes les reprendió la cobardía, y les dió razones que les obligaban á lo contrario: si lo sabía don Alejandro, para disculpar á Nieves Leto y disculparse él mismo honradamente; si lo sabía y no le daba importancia, para que viera que tampoco se la daban ellos; y si nada sabía, tanto mejor para todos. Él subiría aquella misma tarde á Peleches á la hora de costumbre, como si nada hubiera pasado, y esperaba que hicieran ellos lo mismo: que no faltaran á la tertulia de la noche. Le pareció de necesidad también informar y prevenir á los amigos de don Alejandro, para que no se dieran por entendidos del suceso con él por si aún le ignoraba, y que se hiciera lo propio con las personas que fue-

ran llegando á la botica, como ya habían llegado algunas, en demanda de datos ciertos acerca de lo que se propalaba por la villa.

De acuerdo los tres sobre este punto y los demás allí tratados, don Claudio salió de la botica para volver al Casino. Cerca ya de él, le alcanzó Leto y le dijo:

— Lo que acaba usted de saber en la botica no es ni sombra de la verdad; y como quiero que usted la conozca, porque me parece que debe de conocerla, y aquí no podemos hablar en reserva, lléveme usted á su casa, si tiene un cuarto de hora disponible.

Estando la casa de don Claudio á dos pasos de allí, y habiéndole metido las palabras de Leto en mucho cuidado, en un instante llegaron á ella y se encerraron en el gabinete que servía al comandante retirado de despacho y de dormitorio.

— Como lo que usted ha oído en el Casino — comenzó diciendo Leto á media voz y espeluznado — y lo que se estará propalando á estas horas por toda la villa, no son más que conjeturas sobre lo que vieron

dos boteros en el yacht atracado al muelle, y algunas palabras que tuvo que decirles Cornias para engañarles el hambre, necesito yo, para alivio y desahogo de mi conciencia, declarar toda la verdad á un amigo tan honrado y tan discreto como usted. Mi padre no sabe más que lo que yo he querido que sepa, y el público ¿quién podrá adivinar hasta dónde llevará las invenciones?

Y le refirió el suceso con los más minuciosos detalles.

Don Claudio le escuchó sobrecogido; y no pudo menos de alabar, con su corazón de soldado viejo, el generoso rasgo de Leto.

—No haga usted caso — replicó éste notoriamente mortificado con el elogio — de ese detalle del cuadro; porque le juro, á fe de hombre de bien, que no hubiera salido á relucir si hubiera podido explicar sin él el salvamento de Nieves...

— Pero, alma de Dios, — le dijo Fuertes para sacarle del negro desaliento en que le veía sumido, — ¿cómo se ha de prescindir de ese detalle si en la situación en que usted se halla y para el caso que usted teme, es él toda la cuestión?

— ¡Toda la cuestión?

— Toda la cuestión, Leto, ó yo no sé lo que traigo entre manos. Si por excesiva condescendencia, primero, y después por una distracción de usted, estuvo Nieves á punto de perecer, y usted la salvó con riesgo de la propia vida, ¿qué mil demonios le ha quedado á deber al señor don Alejandro ni al lucero del alba tampoco? Ahora, que la lección le sirva de escarmiento y que haya su sermoncito con espantos para arreglar á él la conducta venidera, ya es distinto, y hasta me parecería muy al caso; pero esto ¿qué le quita á usted ni qué le pone?

Leto, con la cabeza baja, se atusaba las barbas, miraba al suelo sin ver lo que tenía delante de los ojos, y no daba señales de convencerse. Volvió Fuertes á machacar sobre el mismo yunque, y nada: Leto sin resollar. Al cabo se enderezó y dijo:

— Eso que á usted se le ocurre es algo; pero no todo ni la mitad siquiera; y apurándolo un poco, nada.

— ¡Nada?

— Mire usted, señor don Claudio: yo

quiero dar por hecho que don Alejandro Bermúdez, al enterarse de todo, no solamente me disculpa y me perdona, sino que me sienta á su mesa; que Nieves se queda tan satisfecha y tranquila como si nada la hubiera ocurrido, y que á mí no me duelen pizca los comentarios irrespetuosos y las fábulas y las zumbas de las gentes... ¿quiere usted más? Pues con todo ello quedaba la cuestión, para mí, en el mismo punto en que ahora se halla.

— ¿Qué es lo que pretende usted entonces? ¿Qué es lo que quiere?

— Lo que quiero yo, — respondió Leto con los ojos espantados y la melena erizada, — es que considere usted que la hija de don Alejandro Bermúdez, yendo confiada á mi cuidado en un barquichuelo gobernado por mí, por una imprudencia mía ha estado á punto de perecer... ha debido de ahogarse... ¿Puede usted considerar esto? Pues imagínese usted ahora que esa criatura se hubiera ahogado esta mañana, como debió de ahogarse, don Claudio, como debió de ahogarse, se lo vuelvo á repetir... y póngase usted en mi lugar por un instante...

— Hombre, — dijo aquí don Claudio frunciendo el ceño y atusándose nervioso los bigotes grises, — tomadas por ahí las cosas, cierto que no era envidiable la situación de usted al volver á Villavieja.

— ¡Que volver! — exclamó Leto con la más candorosa naturalidad. — No habría tal vuelta; porque Nieves no habría perecido sin perecer antes yo que la sostenía... Pero ella, ella, don Claudio, ¿por qué había de perecer así? Este es el caso tremendo; lo demás son accesorios que no tienen otra importancia que la que reflejan de él. ¡Y quiere usted que no piense en ello... y que no me horrorice al pensarlo? Pues suponga usted, por último, que se entera del suceso don Alejandro. ¿No es natural que este buen señor se meta en las mismas suposiciones en que yo acabo de meterme? ¿No es natural que, metido en ellas, se horrorice también? Y ¿no es natural igualmente que me tiemblen á mí las carnes, por miedo á esos justificadísimos horrores del señor de Bermúdez? Llámeme nervioso, chiquillón y visionario, como me lo llamó usted en la botica por muchísimo

menos de lo que ahora sabe... Este clavo podrá arrancarse mañana ú otro día, ó me iré acostumbrando á él; pero, hoy por hoy, se le regalo al hombre más duro de entrañas; y á ver cómo se las arregla con la herida.

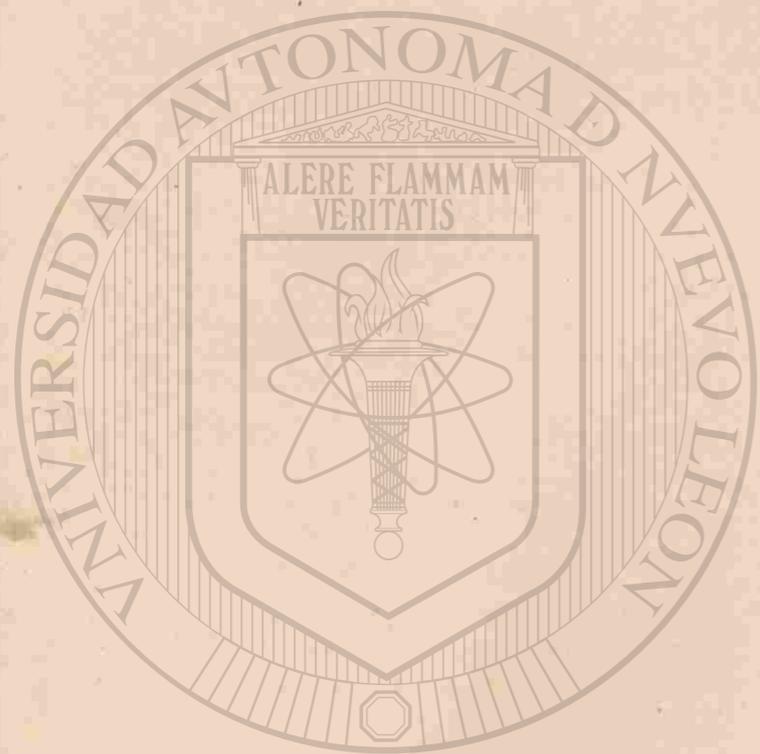
Don Claudio Fuertes, que había continuado atusándose los bigotes, con la cabeza algo gacha y los ojos muy parados, en cuanto acabó de hablar Leto metió las manos en los bolsillos del pantalón y dió media docena de paseos maquinales, sin rumbo determinado y mirándose las puntas de los pies. De pronto se detuvo, se encaró con Leto, y rascándose suavemente la cabeza con dos dedos, le habló así:

— Ó yo no soy perro viejo, ó me he olido hasta la calidad de ese clavo, cuanto más la hondura de la brecha que ha abierto en usted. Natural es que le duela, natural es que usted se queje; pero como le duele á usted en varias partes, porque el clavo es largo y atraviesa muchas cosas sensibles, confunde usted los dolores; y á veces, creyendo estar quejándose del bazo, resulta, para el que oye, que lo que á usted le duele

es el hígado... A mí me dejan sin cuidado esas equivocaciones, que ni siquiera me sorprenden, porque, como le he dicho, soy perro viejo y hace dos meses que andamos juntos; pero no á todos les sucederá lo mismo; y por lo que pueda tronar, le aconsejo que haga de tripas corazón cuanto antes... y sobre todo en Peleches.

Se le cambió el color oyendo esto al hijo del boticario, de resultas de un aleteo y dos volteretas de *algo* que sintió en las honduras del pecho; protestó con energía de la sencillez de su pesadumbre, y rogó á don Claudio que se explicara con mayor claridad, para acabar de entenderle y de desengañarle; pero el comandante se hizo el sueco, y con dos golpecitos en la espalda y otra cordial alabanza de su valeroso arranque, dió por terminada la entrevista, despidiéndose de Leto «hasta la noche» y recomendándole mucho que no faltara.





U A N L

VIII

EN PELECHES

RAYANA la hora de comer, don Alejandro Bermúdez hizo un montón con las cartas que había escrito en toda la mañana sin levantar cabeza; se restregó las manos muy satisfecho, como aquel que alivia la conciencia de un gran peso; dió unas pataditas para desentumecerse mientras guardaba las gafas de oro en el estuche, y salió

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

del gabinete á la sala; precisamente en el mismo instante en que entraba Nieves en ella para ir al suyo, en traje de campo, algo agitada de respiración, y hubiera jurado don Alejandro que un tantico desencajada de semblante y despeinada, á lo que podía verse por debajo del ala del sombrero, muy caída sobre los ojos...

— ¡Toma! — dijo Bermúdez, parándose delante de ella: — ¿habías vuelto á salir?

— ¿Vuelto? — repitió Nieves muy azorada. — Si... no... Vengo ahora, papá.

— ¿De dónde, hija?

— Pues de pasear...

— ¿Desde que yo te dejé?...

— Desde que tú me dejaste. Cabal.

— ¡Canástoles con el paseo! Pues ¿hasta dónde has llegado?

— Hasta... hasta donde siempre... sólo que, verás, me estuve en el banco en que tú me dejaste en la Glorieta, lee que te lee hecha una tonta, y me bajé después muy despacio hasta el Miradorio... Viéndome allí ya, como estaba la mañana tan hermosa, alargué el paseo hasta cerca del muelle; pero cuando más descuidada

estaba, oigo el reló de la Colegiata, me pongo á contar ¡Dios mío! y cuento las doce. Entonces tomé la cuesta arriba muy corriendo; y por eso me ves algo agitada. ¿Te he hecho esperar, papá?...

— No, hija; esperar, precisamente esperar... no.

Mientras Bermúdez respondía así, con aspecto y ademanes de extrañeza, Nieves, inquieta y nerviosa, le miraba... le miraba... como codiciando algo que no se atreviera á pedirle.

— ¿Me dejas darte un beso? — le preguntó al fin.

Y sin aguardar la respuesta, con los ojos empañados y casi llorando, se colgó del cuello de su padre.

— Pero, hija mía, — le dijo éste, costándole trabajo desprenderse de ella: — ¿á qué vienen esos extremos ahora? ¿qué te pasa?

— Nada, papá, — respondió Nieves dominando su emoción; — sino que como nunca me ha ocurrido... venir sola tan tarde, y te habré tenido con cuidado... Me lo perdonas ¿verdad?

— Si no he salido de mi gabinete en

toda la mañana, alma de Dios, ni contaba con que estuvieras tú fuera de casa!... ¡qué cuidado ni qué?... Ahora lo sé porque tú me lo dices...

— Pues tanto mejor entonces, — dijo Nieves esforzándose por echar el punto á broma. — De todas maneras, me perdonas el pecadillo, ¿no es cierto?

— Naturalmente, — respondió Bermúdez sin acabar de salir de su extrañeza ni cesar de mirarla de arriba abajo. — Pero mujer, — añadió tras una breve pausa: — dices que no has vuelto á casa desde que nos separamos en la Glorieta?

— Sí.

— Pues si yo juraría que te había dejado allí vestida de color de barquillo, y ahora lo estás de blanco con rayas azules.

Aquí tuvo Nieves que emplear toda la fuerza de su buen ingenio y de su voluntad, para fingir una carcajada con que salir del apuro en que la puso la observación de su padre.

— ¡Estás en tu juicio? — exclamó después de reirse bastante bien.

— ¡Yo lo creo que lo estoy! — respondió

su padre empezando á dudar. — Y ¿por qué no he de estarlo?

— Porque lo del vestido que dices, fué ayer.

— ¡Ayer?

— Ayer, sí... ¡Cuando yo te lo aseguro!...

Don Alejandro concluyó por encogerse de hombros.

— En fin... ¡si tú lo aseguras!...

Y no se atrevió á decir más.

En la mesa tampoco fué Nieves, en opinión de su padre, la de todos los días. Comió muy poco y se distraía á cada paso. Don Alejandro no la quitaba ojo.

— ¡Canástoles! — pensaba sin cesar. —

En esa cara hay algo de extraordinario: ese mirar no es suyo, ni ese color, ni esa expresión de sobresalto, ni... ni ese vestido es el que llevaba puesto esta mañana paseando conmigo, ¡ea! aunque lo diga quien lo diga... Hasta en el pelo ¡canástoles! si me apuran un poco, encuentro ya algo que me extraña: parece más apelmazado y oscuro...

También le llamaba mucho la atención Catana. Juraría que se cruzaban entre las

dos ciertas ojeadas recelosas de tarde en cuando... Además, la rondeña paraba en el comedor lo menos que podía, huyendo siempre de encontrarse con la mirada de su amo. Acosó á Nieves á preguntas sobre una multitud de cosas traídas por los ca-



bellos, y las respuestas fueron siempre al caso; pero... pero aquel tonillo de voz, aquel reír á veces sin venir á pelo, ó aquella seriedad marmórea cuando estaba indicada la risa... Nada resultaba natural; todo, todo era sobrepuesto y contrahecho allí... Nieves no había sido nunca aquello.

La sobremesa fué más breve que de costumbre. Se le antojó al padre que la hija estaba deseando levantarse, y se levantó él para darla gusto.

— Voy á anticipar un poco la siesta hoy — la dijo por disculpa — porque con el madrugón y la tarea de esta mañana, me estoy cayendo de sueño.

En cuanto Nieves se fué del comedor, llamó él á Catana con una seña; y llevándosela al rincón más escondido, la preguntó por lo bajo:

— ¿Qué tiene la niña hoy?

La rondeña recibió la pregunta como el diablo una rociada de agua bendita, y contestó bajando mucho la cabeza:

— Na, zeñó...

— ¡Yo digo que tiene algo! — afirmó con energía desusada el manso Bermúdez.

— Po zi zu mercé lo zabe, zabe má que yo.

Y no dió más lumbres la rondeña, ni tampoco la cara una sola vez, por más que se la buscaba don Alejandro con gran empeño en cada pregunta que la hacía.

Con todos estos misterios, se le aguzaron las aprensiones. Se encerró en su cuarto y se dió á cavilar sobre ellas. Peor. Hasta los granitos de arena se le antojaron montañas. La intranquilidad le consumía. Era indispensable poner á Nieves en la precisión de aclarar aquel misterio; pero ¿cómo? ¿por buenas? ¿por malas? ¿mandándola venir? ¿yendo él á buscarla? Y si resultaba al

postre que todo era una pura alucinación suya y que Nieves tenía razón ¿qué pensaría de él? ¿Qué disgusto para la pobre niña!... Pero ¿y si había algo?

En estas dudas mortificantes, salió de su cuarto y se dirigió poco á poco y refrenando mal sus impacencias, al saloncillo donde suponía que estaría ya Nieves, y estaba, en efecto, haciendo labor, en su sitio de costumbre, junto á la puerta del balcón. Hora y media permaneció allí Bermúdez sin adelantar un paso en sus proyectos. Midiendo y pesando gestos, palabras y actitudes de Nieves, á ratos se afirmaba en que sí, y á ratos le parecía que *no*. No sabiendo á qué atenerse, abstúvose de indagar por derecho cosa alguna, y salió del saloncillo tan á oscuras como había entrado en él, pero menos intranquilo; porque viendo y oyendo á su hija, le parecía imposible que en ella cupiera misterio por el cual debiera él alarmarse.

—Supongamos — pensaba andando hacia su gabinete — que hay algo que no quiere declararme ahora: ¿qué será todo ello? Al-

guna niñería de las suyas que me hará reír cuando se descubra... Por de pronto, ese dolor de cabeza de que se me ha quedado y dice que siente desde esta mañana, ya justifica su inapetencia y ciertas salidas de tono que parecen distracciones: si á esto se añade el sobresalto y la agitación con que la pobre vino al mediodía desde el muelle, y que lo de Catana puede ser una aprensión mía, nada más que una aprensión, y lo del vestido... ¡Canástoles!... esto del vestido es de lo más raro que puede darse; ¡pero lo afirma de un modo!...

A las seis llegó don Claudio, como todos los días... Y también en don Claudio vió Bermúdez algo de sospechoso y de alarmante: también miraba y hablaba con recelo, como si anduviera á media luz en el terreno que pisaba. No parecía sino que iba á una visita de duelo, y que esperaba á conocer el estado de los ánimos para acomodar al de ellos el temple del suyo propio. ¿Cuándo se había visto cosa igual en el despreocupado comandante?

— Hoy nos quedamos sin paseo, don

Claudio, — habló Bermúdez sin quitarle ojo para no perder el más mínimo gesto de su amigo; — digo, me quedo yo.

¡Ni la menor señal de extrañeza en don Claudio Fuertes! ¡Como si le pareciera excusada la noticia!

— Pues lo siento, — respondió algo retrazado, pero maquinal y fríamente.

— Nieves anda algo malucha hoy... y no saliendo ella...

Tampoco le sorprendió esta otra noticia al señor don Claudio Fuertes. Como si contara ya con ella, dijo muy sosegadamente á su amigo:

— Cosa de nada, por supuesto, sin consecuencias...

— Un dolor de cabeza — repuso don Alejandro, mirando de hito en hito al otro — que cogió esta mañana...

— ¿En dónde? — preguntó don Claudio después de carraspear.

— En el paseo, — respondió Bermúdez, sin dejar de mirar á su amigo. — Le alargó algo más que de costumbre, y volvió un poquito sofocada.

— ¿De dónde?

— ¡De donde!... Pues ¡canástoles! del paseo; ¿no se lo estoy diciendo á usted?

— Quería yo decir, que por dónde había paseado.

— Pues por donde acostumbra cuando yo no voy con ella: por estas alturas... hasta el Miradorio... Primero habíamos paseado juntos por la costa hacia la mina... Yo la dejé leyendo en la Glorieta y me vine á casa á despachar mi correspondencia atrasada... Cuando acabé, al mediodía, la vi entrar en su gabinete, de vuelta del paseo y muy apurada, porque no sabía que era tan tarde... Por lo visto se embobalicó en la lectura; y con la agitación y el sobresalto... y el sol... ¡Si yo la contaba en casa dos horas hacía!

— Aquí ya se reanimó don Claudio y volvió á su tono y maneras habituales:

— En resumen, — dijo á su amigo, — que por efecto del paseo, ó del sol, ó de su apuro por creer que estaba usted con cuidado, ó por un poco de cada cosa, Nieves llegó con dolor de cabeza y sigue con él.

— Justamente, — respondió don Alejan-

dro, muy sorprendido por lo súbito del cambio en el humor del comandante.

— Y por supuesto, — añadió éste, — estará levantada y tan campante?

— Tan campante y levantada, — repitió Bermúdez, — y haciendo labor en el saloncillo.

— Pues ¿qué pito tocamos aquí nosotros entonces? — exclamó Fuertes hecho un cascabel. — Vamos á acompañarla y á darla conversación... Digo, si no la molesta, ó yo no estorbo.

— ¡Qué estorbar, hombre, ni qué canástoles! — respondió Bermúdez que no deseaba otra cosa desde que había pescado *algo* también en don Claudio. A ver si á fuerza de acumular factores allí, salía siquiera una chispa de luz. — Ya estamos andando.

Y se fueron los dos al saloncillo.

En el cual no ocurrió nada, absolutamente nada de que pudiera tirar el avisado Bermúdez para descubrir lo que andaba buscando.

Hasta que, ya de noche, llegaron á la tertulia el boticario y su hijo... y le hun-

dieron un codo más en el piélago de sus aprensiones. ¡Qué cara la de don Adrián, y qué voz, casi llorosas, y qué aspecto tan cobardón y azorado el de Leto! Ni el uno ni el otro articularon palabra clara al saludar á don Alejandro; y Dios sabe qué término hubiera tenido aquella escena á no desenlazarla don Claudio Fuertes de este modo:

— Aquí, caballeros, no hay otra novedad que un levísimo dolor de cabeza que ha cogido Nieves esta mañana en un largo paseo, á pie y al sol: una verdadera temeridad... cosas de chicas jóvenes, muy fiadas de su resistencia. Pero ya está casi bien, y, desde hace un instante, de codos á ese balcón, tan entretenida que ni siquiera les ha oído llegar á ustedes.

Los dos farmacéuticos parecían haber revivido con las officiosas advertencias de don Claudio Fuertes; pero, en cambio, el receloso Bermúdez entró en nuevas confusiones, porque si sospechoso le había parecido el aire de las palabras del comandante, más sospechosos le resultaban los efectos causados por ellas en el ánimo de los dos Pérez.

No podía negarse que existían cuatro fenómenos, cuatro cosas raras, cuatro síntomas extraños, que, aunque independientes entre sí, convergían en un punto común á todos ellos: el caso misterioso de Nieves. Si á Nieves le había ocurrido *algo*, Catana, Fuertes y los dos farmacéuticos lo sabían. Esto ya era un hallazgo: el de un camino nuevo y más llano para ir en busca de la verdad. Pero ¿qué pena le daba el haberle descubierto! ¿De qué buena gana hubiera lanzado en medio de la tertulia el enigma de sus mortificaciones para que se le devolvieran aquellos amigos resuelto y aclarado en el acto, por caridad si á las buenas se prestaban, ó por deber, si le obligaban á usar de su derecho por la mala. Pero ¿y si no tenían bastante fundamento sus sospechas? ¿Qué campanada tan imperdonable! Optó por dejar las cosas como estaban, pero sin perderlas de vista.

En cuanto Nieves oyó pasos y barruntó que podían ser los de Leto, se salió al balcón y se puso de codos sobre la barandilla. Nada tenía el suceso de particular, porque la noche estaba muy calurosa. Hízose la

desentendida á la llegada de los dos Pérez; y sólo cuando la saludaron desde la puerta, se volvió hacia ellos para contestarlos, pero sin separarse de la balaustrada.

— Dispénsenme — les dijo — que les reciba con tanta confianza, porque en lo oscuro y al fresco, como estoy aquí, se me alivia mucho el dolor de cabeza.

Don Adrián se atrevió á indicarla dos remedios infalibles para curarse de él, y Leto, para explicárselos mejor, se llegó hasta ella... Hablando, hablando, se fueron volviendo los dos de espaldas á la tertulia; y puestos ya de codos sobre la barandilla, dijo Nieves á Leto, bajo, muy bajo:

— Papá no sabe nada.

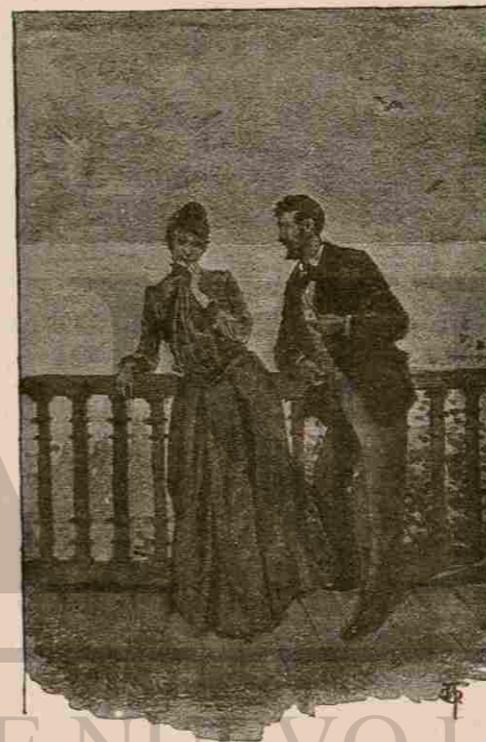
— Ya lo he conocido, — respondió Leto entre palpitaciones de su corazón y estremecimientos de sus fibras. — ¿Qué miedo traía de que lo supiera, Nieves!

— No sé — replicó la otra, tampoco muy firme de voz — si hubiera sido mejor que lo supiera, porque está muy receloso; y ni encuentra sosiego el pobre, ni puedo tenerle yo viéndole así.

— ¿De qué recela?

— Verá usted: sucedió lo que dijo Catana que podía suceder: que llegáramos á casa sin que él hubiera salido de su cuarto, donde estaba encerrado toda la mañana escribiendo. Ya se sabe, cuando coge una tarea de esas, que la coge de tarde en tarde, siempre hay que entrar á llamarle para comer. Pues bueno: llegamos sin que nos viera nadie, guardó Catana el contrabando de la ropa mojada, y yo me fuí corriendito á mi gabinete; pero al entrar en la sala ¡zas! salía él del suyo, y me pescó. Aunque muy sobrecogida, me disculpé bastante bien; y ya se había tragado el embuste que urdí en el aire, de un paseo muy largo después de haber estado leyendo muchísimo tiempo en la Glorieta, donde él me dejó, cuando, hijo, mirándome y remirándome, se empeña en que el vestido que yo tenía puesto era distinto ¡ya lo creo! del que llevaba por la mañana... Tan cogida me vi entonces, que estuve si canto ó no canto; pero dominándome un poco, probé á negar, y negué, con la mayor desvergüenza, que hubiera cambiado de vestido en toda la mañana. Por de pronto le dejé en dudas y

no aguardé á más. Pero ¡ay, Leto! cuando salí á la mesa... figúrese usted con qué



ánimos saldría y con qué ganas de comer y con qué trazas; pues, por mucho que quise componerme y arreglarme de manera

que se borraran las marcas de lo pasado ¡eran tan hondas! Con todo esto y lo receloso que él había quedado, y, para ayuda de males, con el poco disimulo de Catana al servirnos, el pobre hombre se puso en ascuas; y pregunta va y zancadilla viene, y ojeada á Catana y ojeada á mí. Se acabó aquello, yo no sé cómo, y empezó otra indagatoria en el saloncillo... hasta que se cansó, poco antes de llegar don Claudio. Y yo á todo esto, niega y ríe sin cuenta ni razón y muerta de pesadumbre por la violencia en que vivo y los malos ratos que estoy dando al pobre papá... Y, otra cosa, Leto, ¡qué sé yo lo que le pasará por la cabeza? Porque lo que menos sospecha él es la verdad; y como el caso es que yo he faltado de casa toda la mañana, y no quiero declarar lo que me ha sucedido, ni puedo convencerle de que no me ha sucedido nada... ¿No le parece á usted que lo más llano sería descubrirle...?

— ¡No lo descubra usted, por todos los santos del cielo, Nieves! — la suplicó Leto, con el alma entre los labios.

— Pero ¿por qué, hombre de Dios? ¿No

le parecen á usted de peso las razones que le he dado?

— Sí que me lo parecen; pero yo también tengo otras que no dejan de pesar en contrario sentido.

— A verlas.

— ¡A verlas! Temo que le parezcan á usted razones de egoísmo, Nieves; porque lo cierto es que se dan un aire, así de pronto... En primer lugar, el señor don Alejandro es incapaz de pensar de usted cosa que la desfavorezca; y al ver que usted sigue negando y ha vuelto á ser en todo y por todo lo que antes era, como volverá á serlo desde mañana, en cuanto esta noche duerma con sosiego algunas horas, que sí las dormirá aunque al principio la desvelen algo las pesadillas, se le disiparán todas las aprensiones y acabará por reirse de ellas. Le juro á usted que si yo no lo creyera así, la aconsejaría que esta misma noche le descubriera usted la verdad.

— Pero puede descubrirla alguien que la sepa, como ha de saberse, y venga por ahí con la mejor intención; ó en la calle cuando él salga...

— Ya está previsto el caso y conjurado el riesgo en lo posible; y si no alcanza el conjuro... entonces será ocasión de explicárselo todo como se pueda, y de calmarle.

— ¿Esa es una de las razones? — le preguntó Nieves.

— ¿No le parece á usted de algún peso? — preguntó á su vez el otro.

— Lo que no me parece es egoísta...

— La egoísta va ahora, — dijo Leto arrojándose de resolución: — óigala usted: el día en que el señor don Alejandro sepa lo ocurrido, se quedó el espacio sin aire y el cielo sin sol para mí.

— ¡Qué exageraciones, hombre! Y ¿por qué?

— Porque ese día, en justo castigo, se me cerrarán á mí las puertas de esta casa.

Temió Leto que esta aclaración de las otras dos hipérboles sonaran demasiado recio en los oídos de Nieves, y se apresuró á decirle:

— La ruego á usted que no dé á estas palabras otro alcance que el muy modesto que llevan: las mayores bondades de usted conmigo no harán jamás que yo confunda

los puestos ni las distancias: desde el suyo humildísimo goza el más pobre de la tierra los beneficios del sol y del aire que le dan la vida... No sé si habrá acabado usted de comprender lo que he querido decirle.

No le sacó Nieves de la duda con palabras, por de pronto, ni con un gesto, porque, si le hizo, no pudo pescarle Leto en medio de la oscuridad que los envolvía; pero tras un ratito de silencio, oyó que le decía la hija de don Alejandro Bermúdez, siempre muy bajito:

— Tenemos fama de exageradores los andaluces; pero ¡cuidado que usted!... Y además de exagerador, es visionario: ¡pensar que han de dejarle sin aire y sin luz por un hecho que otros publicarían á voces para darse importancia!... ¿Por quién toma usted á mi padre, Leto? ¿Tantos harían por su hija lo que hizo usted esta mañana?

— ¡Si eso — replicó Leto con mucha vehemencia — no fué hacer, Nieves, sino deshacer; enmendar en parte una brutalidad mía anterior! ¡Si lo saliente del caso ese no está en haberme arrojado yo al mar detrás de usted, sino en haber consentido

en llevarla á escondidas en mi barco y sido causa luego de que usted cayera! ¿Qué importaba ya mi vida, ni cien vidas que hubiera tenido disponibles, después de poner en peligro la de usted? Y por aquí, por este lado, es por donde habría de ver el caso don Alejandro, y le verá cualquiera que discurra con serenidad.

— De manera — observó Nieves con una ironía que se transparentaba perfectamente en el acento de la voz y hasta en el modo de volver la cabecita hacia Leto — que si como fuí á escondidas en su yacht y caí por culpa de usted, voy por encargo expreso de mi padre y caigo por culpa mía, en la mar me quedo sin auxilio de nadie?

— ¡Eso no! — replicó Leto al instante y con una viveza que ardía. — Yo me hubiera tirado lo mismo detrás de usted; sólo que en ese caso el hecho hubiera tenido la poca importancia que no puede ni debe tener hoy.

— ¡Si Leto hubiera podido ver entonces la cara de Nieves!... En cambio oyó que ésta le decía:

— Es usted muy mal juez en causa pro-

pia, está visto. ¿Quiere usted dejar ese caso de mi cuenta? ¿Quiere usted que quede á mi arbitrio el descubrir ó no descubrir á papá el misterio que con tantos afanes anda buscando el pobre?

— Yo no quiero más — respondió Leto — que lo que usted quiera... Al fin y al cabo, entre usted y yo, la razón no puede vacilar...

— Será porque me pertenezca, — replicó Nieves. — De todos modos, muchas gracias por los poderes que me da, y óigame dos palabritas en respuesta á aquello de los puestos para tomar el aire y el sol. En casos como el que citaba usted y temía que me ofendiera, no admito arribas ni abajos; porque, si á medirnos fuéramos, ¿quién sabe, Leto, á quien le correspondería en justicia el puesto más elevado? Es posible que volvamos á hablar despacio de esto mismo... A mí no me pesaría. Por ahora, quédese como está el asunto; es decir, en que le he comprendido á usted, y en que no es el que usted merece el puesto con que se conforma para tomar el sol y el aire... Otra cosa: ¿oye usted la mar?... ¿No parece que está relatando la historia por

lo bajo, para que se entere papá, y murmurando contra usted porque la dejó sin la presa que ya estaba devorando? Toda la tarde me ha estado sonando la misma ilusión en los oídos... ¡Pícara memoria, qué malos ratos me está dando!... Si yo pudiera arreglarla á mi gusto, borraría lo amargo en ella; y entonces ya sería otra cosa bien distinta... Temí que no viniera usted esta noche, Leto. ¡Como le dejé tan preocupado y es usted tan... especial!... Por otra parte, casi sentía que viniera, pensando en que al verle entrar de pronto... ¡qué sé yo? ¡Depende de tan poco el que papá, con lo receloso que anda, me haga declararle la verdad! Por ese temor, en cuanto sentí los pasos de ustedes, me vine aquí con un pretexto... Lo peligroso para mí era la primera impresión. Además, tenía deseos de que habláramos algo. Ya ve usted, después de lo sucedido, ¿qué cosa más natural? Y ese poco que habláramos, no había de ser á gritos delante de la gente, ¿verdad, Leto?... Pues cuénteme usted ahora todo lo que le ha pasado desde que nos despedimos en el yacht.

¿Por qué extraña combinación de sensaciones y de ideas, llegó Leto á imaginarse entonces que, contemplados los enojos de Bermúdez contra él á través de la parrada de Nieves, adquirirían proporciones colosales? En esta alucinación metido y disponiéndose á responder á Nieves, le sorprendió la voz del propio don Alejandro, diciendo desde la puerta del balcón:

—Niña, que te va á hacer daño el relente.

Los dos de la barandilla se volvieron cara adentro. Nieves, más serena que Leto, respondió al punto:

—Al contrario, papá: me va sentando muy bien.

—Se te figurará á ti, — insistió secamente Bermúdez; — pero yo sé que te hace daño...

— Tiene razón don Alejandro, — se permitió decir Leto como si tratara de congraciarse con él. — Dentro estará usted mejor.

Y pasaron los dos al saloncillo donde se aburrían soberanamente los tres señores mayores.

La tertulia se acabó poco después...

Al bajar á la villa convinieron don Adrián y el comandante en que el pobre don Alejandro andaba en vilo. No había habido modo de interesarle en ninguna conversación. Leto no se había enterado bien de ello porque se había pasado la mayor parte del tiempo en el balcón, «demasiado tiempo» en opinión, muy recalcada, de Fuertes; porque en la tirantez de espíritu en que se hallaba el buen señor, hasta los dedos se le antojaban «huéspedes». También esto de los huéspedes se lo recalcó mucho don Claudio á Leto. El cual disculpó su conducta con el deseo que le manifestó Nieves de permanecer allí, por temor á las pesquisas incesantes de su padre, y de hablar sobre lo más conveniente para todos, entre decirlo ó callarlo.

— Y ¿en qué han quedado ustedes? — preguntóle Fuertes con la mayor sencillez del mundo.

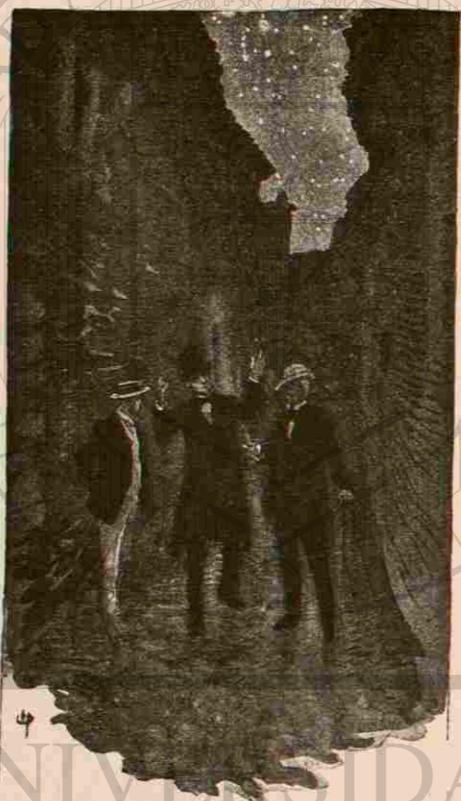
Tan escamado estaba Leto con la nariz del comandante, que se sobresaltó con la pregunta, pensando que iba enderezada á otra cosa de las que se habían tratado en el balcón y llevaba él guardadita en la me-

moria y paladeaba á ratos con avidez para endulzar los amargores de sus recuerdos de la mañana. Pero se repuso al instante, y contestó:

— En que ella haga lo que le parezca más prudente.

— Muy bien acordado ¡caray! — observó entonces don Adrián Pérez deteniéndose para dirigirse á sus dos interlocutores, que también se detuvieron. — Verdaderamente la situación moral del excelente amigo, no es para prolongada mucho tiempo... eso es... ni tampoco la nuestra. ¡Caray! no señor: ni tampoco la nuestra... eso es... Puede vencer las aprensiones que le inquietan; pero pudiera no... y las aprensiones comprimidas son pólvora, que al fin revienta, ¡caray! y entonces, lo que pudo curarse con dos cuartos de unguento, es una carnicería... Y hay que huir de estos extremos... eso es... mayormente cuando el asunto, bien mirado, bien mirado, eso es, no vale la pena, como en el caso presente; sí señor, como en el caso presente. ¿De qué se trata en fin y remate?... Eso es, ¿de qué se trata? Pues, ¡caray! á todo echar,

de una futesa... de una muchachada, eso es... Que el señor don Alejandro se entera



de ella... se entera de ella, corriente... que se incomoda un poquito... eso es, y te echa á ti, Leto, un rifirrafe, y otro rifirrafe á su hija... Pues pongámoslo en lo más... y que haya rifirrafe para mí igualmente, ¡caray!... y hasta para usted también, don Claudio... eso es, sí señor, un rifirrafe para cada uno... ¿Y qué?... Por más vueltas que le demos, siempre saldrá en limpio, en lim-

pio, eso es, lo que antes dije: una muchachada... que servirá de gobierno para en adelante, y que se acabarán esos recreos peligrosos para ella... ¡muy bien acabados, caray! ¡Ojalá tuviera yo influjo bastante para obligarte á ti á lo mismo! Eso es... Pues ya está el señor don Alejandro desfogado y satisfecho; ya estamos nosotros tranquilos, tranquilos y satisfechos igualmente, eso es, y las cosas en su centro, y la paz restablecida en Peleches. Pues pongámonos ¡caray! en el otro extremo, y que el señor don Alejandro comienza á ver torres y montañas ¡caray! y á sospechar de todos, ¡caray... caray! Ese caballero no merece, no merece, eso es, una mortificación tan grande por motivos tan pequeños; tan pequeños, sí señor, si somos buenos amigos suyos, buenos amigos, ¡caray! ¿No le parece á usted, señor don Claudio?

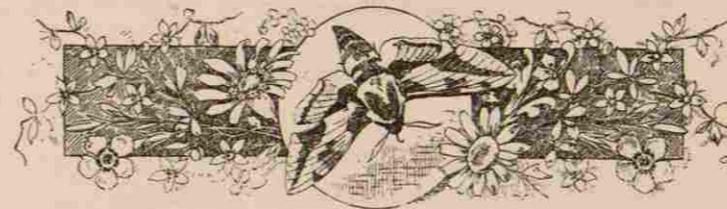
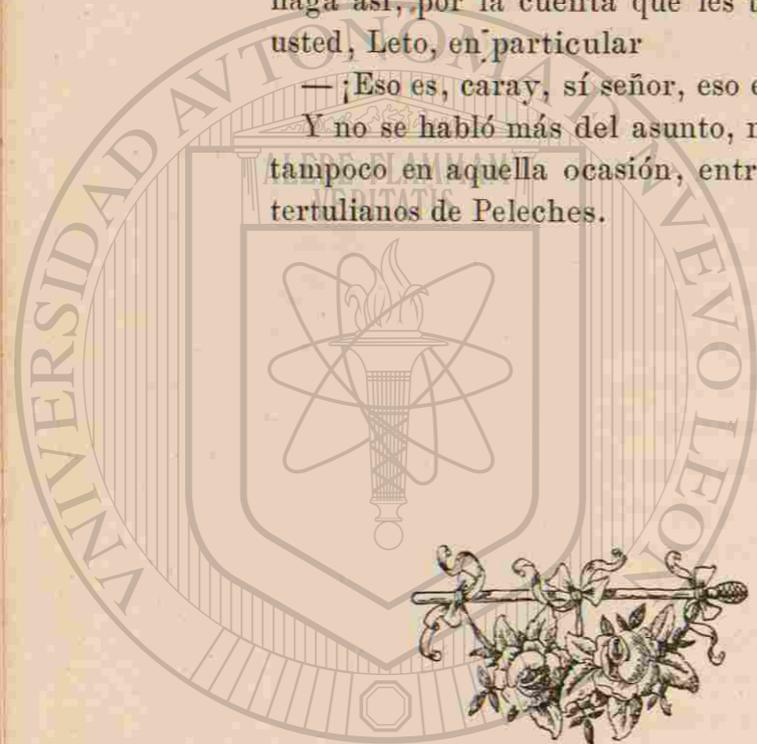
— Al pie de la letra, señor don Adrián, — respondió el comandante rompiendo la interrumpida marcha, — y me permito aconsejar á Leto que si la interesada no resuelve sus dudas en este mismo sentido, influya con ella con todo su prestigio, para que lo

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

haga así, por la cuenta que les tiene; y á usted, Leto, en particular

— ¡Eso es, caray, sí señor, eso es!

Y no se habló más del asunto, ni de otro tampoco en aquella ocasión, entre los tres tertulianos de Pelechés.



IX

AL DÍA SIGUIENTE

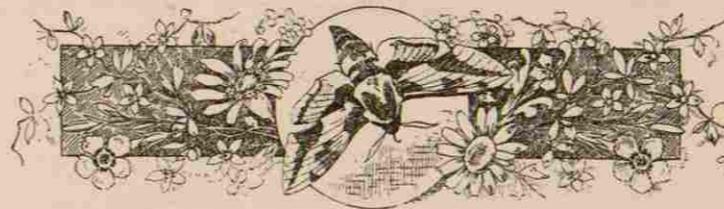
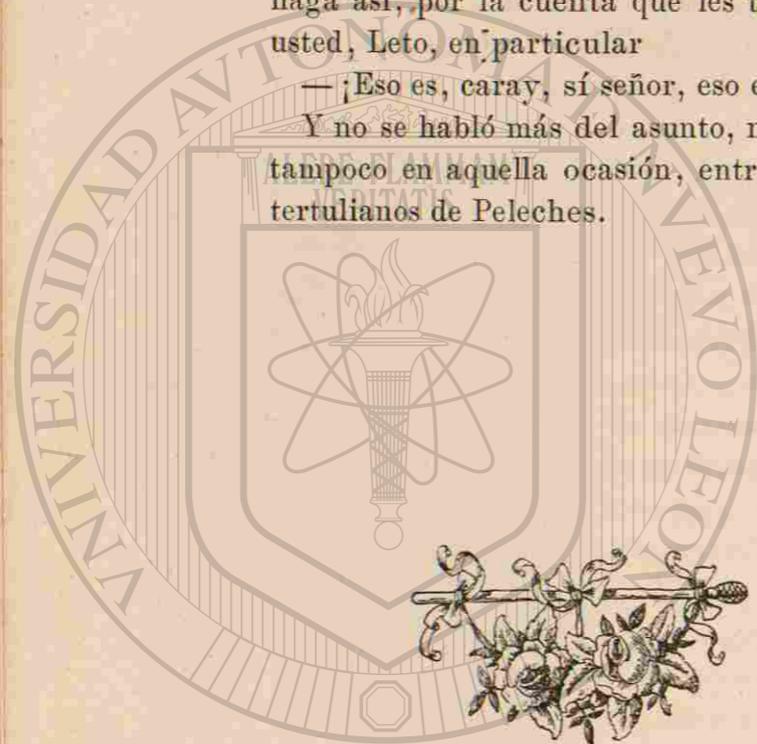
DURANTE las primeras horas de la alta noche, Nieves se despertó muchas veces: aun dormida oía aquel borboteo de la mar relatando el suceso á todo el mundo y reclamando la presa que la habían arrebatado de las fauces; pero estaba en la flor de la vida, á la edad en que las heridas no ahondan tanto como duelen; su quebranto físico

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

haga así, por la cuenta que les tiene; y á usted, Leto, en particular

— ¡Eso es, caray, sí señor, eso es!

Y no se habló más del asunto, ni de otro tampoco en aquella ocasión, entre los tres tertulianos de Pelechés.



IX

AL DÍA SIGUIENTE

DURANTE las primeras horas de la alta noche, Nieves se despertó muchas veces: aun dormida oía aquel borboteo de la mar relatando el suceso á todo el mundo y reclamando la presa que la habían arrebatado de las fauces; pero estaba en la flor de la vida, á la edad en que las heridas no ahondan tanto como duelen; su quebranto físico

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

era grande, porque el batallar del día había sido de prueba; y al cabo, la rindió un sueño reparador y tranquilo del que no despertó hasta bien entrada la mañana.

¡Pero el bendito de su padre no pegó el ojo en toda la santa noche. ¡Lo que él se revolvió en aquella cama buscando posturas para ahuyentar las quimeras que le desvelaban! ¡Los espacios que él recorrió con la imaginación en tantas, tan largas y tan calladas horas! En ocasiones hasta se dolía de haber permitido tomar tan altos vuelos á «la loca de su casa».

— No tanto, ¡canástoles! no tanto, — se decía, — que tan malo es pasarse como no llegar. Que hay algo, no tiene duda; pero ¿por qué hemos de échar las corrientes hacia ese lado y no hacia otro? ¡La condenada malicia humana que jamás se arrepiente ni se enmienda!... No estoy conforme, no señor, ni puedo estarlo. Hay que buscar por otra parte, y con juicio, y con equidad... y con lógica...

Y se daba de nuevo á cavilar; pero por donde quiera que echara sus cavilaciones, siempre tenían el mismo paradero. Había

tomado ya un *vicio* su máquina de discurrir, y en cuanto se ponía en movimiento, un poco más acá ó un poco más allá, caía hacia el lado de siempre. Y este vicio era una idea que se le había metido entre los cascotes en fuerza de indagar precedentes, amontonar supuestos y analizar indicios. No creía haber descubierto el caso limpio y morondo; pero sí su progenie, su parentesco. Comprobado este hallazgo, no era imposible encontrar lo que buscaba y cuyo valor positivo no era otro, estaba bien seguro de ello, que el misterio en que se lo envolvían. De todas suertes, existiera ó no, halláralo ó no lo hallara, de los desbroces hechos ya en aquel terreno había resultado una enseñanza para él, que no debía ser olvidada: había pecado, estaba pecando de optimista en determinadas cosas muy delicadas de por sí; y por grande que fuera su confianza en la virtud de ciertos principios fisiológicos, eran mayores los riesgos que se corrían en el caso actual, á la menor equivocación. Y en la duda, abstenerse. Lo primero que había que hacer, era un cambio de costumbres en su casa: más dis-

ciplina, más hogar, menos égloga. Bueno era el aire puro y libre; pero no en tanta cantidad ni á todas horas; bueno el ejercicio de las fuerzas físicas, buenas la holgura y la despreocupación campestres; pero con discreción y sin menoscabo de otras leyes y de otros respetos muy atendibles y muy racionales. Por suerte de don Alejandro, aquel cambio de costumbres podía hacerse, se haría forzosamente sin necesidad de que se traslucieran sus sospechas ni sus arre-
 pentimientos, ni se ofendieran pundonores ni delicadezas de nadie: con la venida de su sobrino Nacho. Desde el momento en que Nacho se alojara en Pelechés, hasta por cortesía estaban obligados él (don Alejandro Bermúdez) y su hija á acomodar sus costumbres á los gustos del forastero, que de fijo los tendría muy diferentes de los que venían privando allí. Por su cuenta, Nacho no tardaría una semana en llegar á Pelechés; de un momento á otro esperaba carta suya que se lo confirmara, desde Madrid.

— Y en viniendo él, — concluyó Bermúdez, volviéndose hacia el otro lado, — todo cambiará de aspecto y marchará como una

seda por donde debe marchar... Sí señor, ¡canástoles! aunque el demonio se empeñe en otra cosa, que no se empeñará, porque no hay razón de fuste para que se empeñe.

Llegó el día, movióse la gente del solariego caserón, púsose á su faena cada cual, apareció Nieves en escena á media mañana; y tan en su centro acostumbrado, en tan completa serenidad, tan semejante á sí misma la halló su padre, que sintió como remordimientos de haber caído en las aprensiones que le tenían sin sosiego veinticuatro horas hacía. — ¡Ah, pícaras suspicacias! — se decía viéndola trajinar y revolverse tranquila, descuidada y risueña. — ¡Condenadas flaquezas del meollo, que así arrastráis por los suelos los más hidalgos propósitos y las esperanzas mejor puestas!... Sin embargo, — añadió por final de su *confiteor*, — no se ha perdido todo en esta batalla innoble y deshonrosa para mí, puesto que he sacado de ella una enseñanza que no se paga con dinero, ni con la mala noche que me ha costado... Porque la enseñanza queda, ¡vaya si queda, canástoles!... Porque lo que no ha sido, pudo, puede y podrá ser.

Como esta evolución del ánimo de Bermúdez se le reflejó en la cara, y se la tornó risueña y apacible, y fueron también risueñas y apacibles sus palabras, Nieves renunció al propósito con que se había levantado de revelar el secreto, en la mejor forma que pudiera, si continuaba el pobre hombre en las torturas de la víspera.

Todo iba, pues, á pedir del deseo en aquel día; y para que nada le faltase á don Alejandro, hasta recibió carta de Nachito; de Nachito que anunciaba su salida de Madrid al día siguiente. Se detendría cuatro en la capital; y en seguida, de un tirón, á Peleches. Sacó Bermúdez la cuenta por los dedos, temblones de gusto... Era jueves... Al anochecer del martes le tendría allí... ¡Canástoles, qué fortuna!... A Nieves con la noticia...

Estaba en el saloncillo muy descuidada; se la espetó de golpe su padre, y como un golpe en la espinilla la recibió.

A don Alejandro se le alargó la cara medio palmo.

— Mujer, — la dijo plantado delante de ella, con la carta en una de las manos,

caídas al desgaire, — va ya picando en historia este delicado particular. Si no son cuatro, no bajan de tres con ésta las veces que has recibido las noticias de tu primo como el diablo la presencia de la Cruz; y ¡qué quieres que te diga?... me disgusta, me... vamos, que no me parece bien, porque no es justo;... en fin, ¡qué canástoles! que hasta me desazona un poco...

También se desazonó un poquito Nieves con esta reprimenda de su padre, á juzgar por el ceño que puso y otras señales que se le notaron; pero se dominó pronto, y respondió con entereza, aunque en calma:

— Es que das tú tanta importancia á eso que llamas delicado particular, que todo te parece poco para él. A ti te entusiasma; pues á mí no: ya te lo he dicho en otras ocasiones. Esto no es un pecado, papá. ¿Quieres que reciba esas noticias dando brinquitos y batiendo las palmas? Pues te engañaría si hiciera eso. ¿Me quieres hipocritilla y mentirosa, ó me quieres llana y á la buena de Dios? ¿Me has visto alguna vez más entusiasmada que ahora con tu sobrino? Pues si me quieres sincera y llana

y nada hago ahora que, en rigor de verdad, pueda saberte á nuevo, ¿por qué te enfadas conmigo cuando no recibo esas noticias con la alegría que tú?

— ¡Si no me enfado, hija mía! — replicó don Alejandro dulcificando el tono de sus palabras y la expresión de su semblante, — lo que se llama propiamente enfadarme... ni siquiera te pido que te alborotes de alegría; me conformo con mucho menos: con que no te causen disgusto estas noticias. Pues ni eso poco me concedes: ya ves que no puedes concederme menos... y es natural, muy natural, que lo sienta; y sintiéndolo, que te lo diga; lo cual no debe extrañarte, porque también tú me querrás sincero antes que falso... ¿No es así, Nieves?... En este supuesto, todavía tengo que decirte más, y te digo que es cierto que nunca te vi entusiasmada con tu primo; pero que también es verdad que lo de ese disgustillo de que te acabo de hablar, es cosa nueva en ti: desde que estamos en Peleches.

— Como que antes de estar en Peleches nosotros no se había tratado de su venida.

— De manera que vienes á confesarme

explícitamente — dijo don Alejandro volviendo á nublársele un poco la cara — que te disgusta la venida de tu primo?

— Precisamente la venida por sí sola, no, — repuso Nieves sin amilanarse con la consecuencia sacada de sus palabras por su padre.

— Pues ¿qué es lo que te disgusta entonces? — preguntó Bermúdez seriamente interesado ya en la conversación.

Nieves, luchando con resolución contra ciertas dificultades fáciles de presumir, que hallaba en la empresa en que se había empeñado, respondió, jugueteando con la tijerita con que cortaba las hilachas del bordado en que se entretenía:

— Me disgusta... ó mejor dicho, no me gusta, algo que tiene que ver, ó que puede tenerlo, con la venida esa.

— Y ¿cuál es ese algo? Será cosa nueva también, como el disgusto.

— No por cierto.

— Y ¿cómo no te ha disgustado antes de ahora?

— Porque la veía más de lejos, y no me apuraba.

— Pues no te entiendo, hija mía.

Nieves pinchó con la tijera muchas veces el bordado, que ninguna culpa tenía de sus apuros, y se calló; pero su padre no se satisfizo con tan poco, y añadió á lo dicho:

— Si me hicieras el favor de explicarte... Porque el caso lo merece.

— ¡Yo lo creo! — respondió Nieves sin titubear.

— Pues entonces...

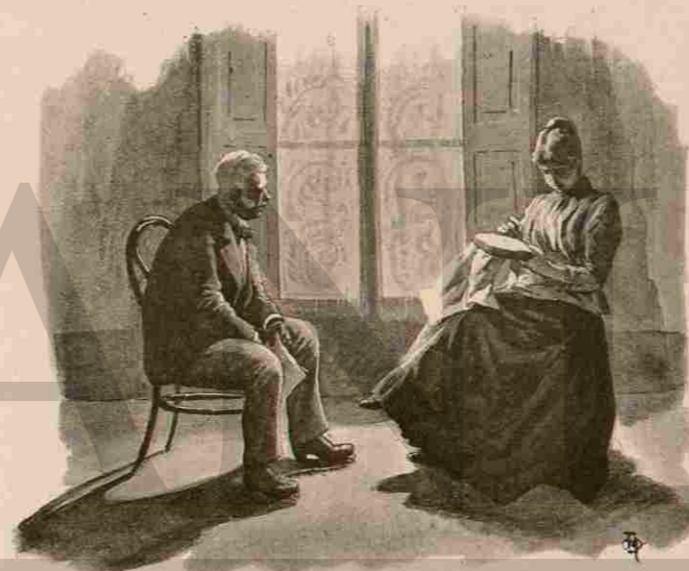
— Quería yo decir — repuso ella algo á rastras — que si esa venida no fuera más que... venir por venir... vamos, una venida como otra cualquiera...

— Ya estoy, — observó don Alejandro rascándose la coronilla con un dedo. — Pero eso es volver adonde estábamos antes... Lo que yo necesito es que me expliques el algo especialísimo que trae consigo esa venida.

Aquí volvió Nieves á pinchar el bordado con la tijera, y además se puso á balancear con la otra mano el bastidor que tenía sobre las rodillas. Su padre entonces, lleno ya de alarmante curiosidad, arrimó una silla á la de su hija y se sentó pidiendo, casi por el amor de Dios, una respuesta.

Nieves le contestó, armándose de la mayor firmeza que pudo:

— Mira, papá: yo hablaría contigo de muy buena gana sobre ese asunto, y muy



despacio, porque lo merece bien, como tú has dicho; pero no me atrevo, no sé... Soy una mozueta sin experiencia y sin arte... Tengo acá mi modo de ver y mis ideas...

pero nada más: en mis adentros y á solas, me lo explico y lo siento bien; y si me pongo á explicártelo á tí, temo decir lo que no debo y callarme lo que debiera decir... Es falta de costumbre... y de valor. ¿No te parece esto muy natural?...

— Muy natural, — confirmó su padre, que ya estaba en ascuas, arrimándose más á ella: — muy natural y disculpable en una niña tan bien educada como tú; pero como el punto es de importancia, de muchísima importancia, y una de las cosas que con más empeño te he enseñado yo es á que te acostumbres á ver en tu padre al mejor de tus amigos, espero que has de vencer en seguida esos reparos, para que acabe yo de entenderte; y si lo crees necesario, hasta te lo suplico... Conque ya te escucho, hija mía. Habla, ¡habla por el amor de Dios!

Y habló de esta manera Nieves, con mayor frescura de la que ella se había imaginado:

— Una vez en Sevilla te empeñaste en saber si me interesaba mucho ó poco la venida de Nacho á vivir con nosotros aquí.

Fué unos días antes de ponernos en camino. ¿Te acuerdas?

— Sí que me acuerdo: adelante.

— Pero me lo preguntaste de un modo tan particular, que me aturdí. Tú tomaste aquel aturdimiento mío como mejor te pareció, y así quedaron las cosas... ¿No es cierto, papá?

— Puede que lo sea... ¿Y qué más?

— Por algo que te dejaste decir entonces — continuó Nieves con voz bastante insegura, pero con bien hecha resolución — y otras señales que yo conocía desde mucho tiempo atrás, sospeché que entre mi tía Lucrecia y tú había... ciertos planes que tenían mucho que ver con la venida de mi primo á España... Con franqueza, papá: ¿los había ó no los había? ¿los hay ó no los hay á la hora presente?

Respingó sobre la silla don Alejandro al sentirse acometido tan de golpe y tan de lleno por aquella pregunta, y, después de unos instantes de silencio, preguntó él, á su vez:

— Y si yo te dijera que los hay ¿qué me responderías tú?

Sin vacilar respondió Nieves:

— Que esos planes tienen la culpa de que yo no me entusiasme con la noticia que me has dado.

— ¡Canástoles! — exclamó aquí Bermúdez saltando otra vez sobre la silla: — ¿así estamos ahora?

— ¿Cuándo hemos estado de otro modo, papá? — repuso Nieves que por momentos iba alentándose: — ¿cuándo me has oído cosa en contrario?

— Mujer, tanto como en contrario, no te diré; pero creerte enterada y perfectamente consentida, eso sí.

— Enterada, pase; pero consentida, no, papá: registra bien la memoria.

— ¡Canástoles! harto consiente quien se calla y deja hacer... Tanto más, cuanto que llegué á creer que vosotros, por vuestra parte, estabais proyectando lo mismo que nosotros.

— Pues ese ha sido tu error.

— Admitido; pero ¿por qué no me has sacado tú de él?

— Porque ni tiempo me diste para ello la única vez que hubiera venido al caso, como viene ahora.

— Pero observo que ahora te apura, y antes no te apuraba. ¿Por qué así?

— Ya te lo he dicho: porque lo veo muy de cerca ya.

El pobre don Alejandro no cabía en la silla, de inquieto y de nervioso que le ponía aquel desencanto que sufrían sus candorosas ilusiones. Algunos recelillos habían arraigado en su magín, tiempo hacía, de que el asunto no caminara, por el lado de Nieves, al paso que deseaba llevarle él; pero aquellas repugnancias expuestas con tanta entereza y á tales horas, rebasaban mucho de la línea de sus cálculos. Del montón de reflexiones que le llenaron atropelladamente el cerebro, sacó estas pocas, que le parecieron las más llanas y más propias del momento:

— Demos de barato, hija mía, que yo he estado viviendo en una equivocación continua sobre ese particular, con el mejor y más honrado propósito, y ten entendido que te quiero demasiado para que, con cálculos ó sin ellos, llegara yo nunca á desatender tus repugnancias en asuntos de tanta entidad; porque una cosa es que lo

que se cree útil y conveniente y beneficioso para ti, se persiga y se acaricie, y otra muy distinta la imposición forzosa de ello, que en mí no cabrá jamás; en este supuesto, ¿qué mal hallas en la venida de ese pobre chico, ni á qué te compromete, para que tanto la temas?

— La temo, papá, — respondió Nieves al instante, — porque barrunto que Nacho viene para algo más que conocernos; porque le creo enterado por su madre de esos propósitos vuestros que se conocen ya hasta en casa de Rufita González... ¿No se lo has oído más de una vez? ¿Quién se lo ha dicho sino su tío, el padre de Nacho, ó la tía Lucrecia... ó Nacho mismo? Porque para supuesto, me parece excesiva la matraca de esa simple en cuanto me ve.

— ¡Vete tú á saber!... ¿Te ha insinuado él algo á ti?

— Lo suficiente para darme otra prueba de que está bien enterado; y no me ha hablado con mayor claridad, porque en ese punto siempre le he tenido yo á raya. Pues bien, figúratele ya en Pelechés con esas intenciones y muy pagado de lo mucho que

aquí se le desea; y considérame á mí con las manos atadas por los respetos que tengo que guardar á los proyectos consentidos y ensalzados por ti. Con todo esto y lo pegajoso y azucarado que él es, no hay remedio, papá: ó tiene que darme á mí muy malos ratos, ó tengo que dárselos yo á él peores. De cualquier modo, la cosa no es divertida.

— ¡Canástoles! — saltó don Alejandro entonces. — Es que tú das por hecho que ese chico ha de serte molesto y aborrecible; y ¿por qué no ha de resultar todo lo contrario después que le trates?

— Porque es imposible eso, — respondió Nieves con un acento de convicción tan absoluta, que dejó suspenso á su padre.

— ¡Imposible! — replicó éste después de observar con gran fijeza á Nieves que parecía algo pesarosa de su arranque. — Y ¿por qué ha de serlo? ¿Qué motivos hay para que lo sea? Hasta ahora, todo te parecía simpático en él. La mayor tacha que le ponías era su lenguaje; y no porque te sonara mal, sino por extrañarte el sonido. ¡Bien poca cosa tenías que tacharle! Pues de ayer acá, todo ha cambiado en el pobre

chico, como si para mirarle te pusieran un velo negro delante de los ojos. ¿Es verdad esto? ¿sí ó no? Respóndeme, hija mía, pero acordándote de que te has alabado hace un momento de ser llana y á la buena de Dios.

— Otra exageración tuya, papá, — dijo Nieves eludiendo la respuesta terminante que se la pedía. — No es ese el caso.

— Corriente, — añadió Bermúdez tomando nueva postura en la silla. — Pasemos también por eso, y quédense las cosas donde y como tú quieres ponerlas. Pero bueno ó malo, blanco ó negro, ya está tu primo llegando á las puertas de Peleches: ¿qué hacemos con él? ¿se las cerramos? ¿le dejamos entrar?

— Tampoco se trata de eso, papá: repáralo bien.

— ¡Otra te pego! Pues ¿de qué se trata, hija mía?

— Se trata de responder á una pregunta que me hiciste al principio. Querías saber por qué no me alegraba yo con la noticia que me diste, y ya lo sabes. No se trata de otra cosa.

— Perdona, hija del alma, — repuso Ber-

múdez con una sonrisilla muy amarga. — Me has explicado, á tu modo, las repugnancias ó disgusto, ó lo que sea, que te produce la noticia que te he dado; pero el por qué, la causa generadora de todo ello, te has guardado muy bien de declarármela.

Algo vivo y muy sensible debió herir en los adentros de Nieves esta salida de su padre, porque no halló reparo que ponerle ni serenidad bastante para suplir con un ademán ó un gesto la falta de una palabra.

— ¡Ay, Nieves! — la dijo Bermúdez entonces moviendo desalentado la cabeza: — tampoco yo soy lo que fuí en el modo de mirar ciertas cosas; también tengo, de poco acá, mi correspondiente velo que me cambia los colores. ¡Si supieras qué fantasmas veo algunas veces, y con qué claridad en otras! Por de pronto, veo que no he vivido solamente en el error que me citaste, sino en otros muchos; y voy temiendo que uno de los mayores ha sido el de traerte aquí tan de prisa y con los fines con que te traje.

— Pues si eso ha sido un error tuyo — saltó Nieves emocionada y nerviosa, con la sinceridad de lo que decía bien reflejada en

sus ojos, — á tiempo estás de enmendarle. Volvámolos desde mañana, desde hoy, si es posible, á Sevilla. Puede que hasta te lo agradezca yo mucho... Créeme, papá, porque te lo digo de todo corazón...

— ¡Eso es! — dijo Bermúdez casi aplacado ya, — huídos... ¡huídos, Nieves!... ¿Y de qué... ó de quién, hija mía? ¿Del pobre mejicanillo? Tiene muy poca sombra ése para infundirte tanto miedo. Algún otro coco habrá de mayor talla por ahí... sabe Dios en dónde. Pero ¿qué te importa á ti que le haya ó no le haya? dirás tú. Y con muchísima razón. A mí ¿qué me importa, ni qué motivos hay, ni quién soy yo para que me importe?

El pobre don Alejandro se conmovía por momentos; y Nieves que se lo notaba en la voz, acabó de perder la poca serenidad que le quedaba, y rompió á llorar de firme con la cara entre las manos. Acudió su padre á consolarla, y ella entonces le echó los brazos al cuello.

— ¡Pobre papá! — le decía entre besos y lágrimas, — tú no mereces que yo te dé un mal rato... y sin causa ni motivo... por-

que no los hay... yo te lo aseguro... Es que sucedió lo que temía... que no sé dar á esas cosas serias su propio valor... cuando quiero explicarlas; y no hay más... Yo no haré sino lo que á ti te agrade... ¿Te parece mucho dejarme libre la voluntad en esos planes vuestros?... Pues ni eso te pediré. Y te juro que nunca trataré de imponerte la mía, aunque me fuera en ello la vida entera... ¿Qué más he de decirte? ¿Lo encuentras poco todavía... para perdonarme... y para quererme como siempre me has querido? ¡Virgen María!... ¡Papá del alma!... ¡Si tú supieras!...

Bermúdez no podía contestar á Nieves con palabras, porque no hallaba medio de articular la más sencilla. Suplía esta deficiencia pasajera apretando ó aflojando los abrazos á su hija; y así se entendieron los dos tan guapamente.

Por remate de la escena, que fué larga, logró decir con regular firmeza don Alejandro mientras enjugaba las lágrimas de Nieves con el pañuelo:

— ¡Ea, se acabó esto, canástoles! Y ahora, á su cuarto la niña para refrescarse

la cara, y sobre todo los ojos, que se nos han puesto como dos puños... ¡Y unos ojos

tan bonitos!...

¡Por vida de...!

¡Vaya, vaya...!

Se nos va á lo mejor el santo

al cielo; se deja

uno ir detrás á

lo tonto, y luego

sucedan estas

cosas tan desagradables...

¡Canástoles!...

¡como si no hu-

biera tiempo de

sobra en la vida

para irse dicien-

do los secretillos

más guardados,

poco á poco y

cuando mejor

nos convenga!

¿No es así, hija

del alma?... Conque á recogerse y refrescarse un poquito.



Nieves, que estaba deseándolo, complació bien fácilmente á su padre; el cual, al verse solo y al reconocer su herida, observó que con el final de la reciente escena había desaparecido el clavo, pero dejando la punta dentro.

Cerca del anochecer, llegó don Claudio Fuertes. Mandóle pasar don Alejandro á su gabinete, y allí se estuvieron encerrados los dos hasta la hora de cenar; porque Nieves se acostó muy temprano; y con este pretexto, despidió Catana desde la puerta, cumpliendo las órdenes de su señor, á los dos Pérez cuando llamaron á ella á la hora acostumbrada de todas las noches.

Don Adrián sorprendido y Leto atollado, bajaron hasta muy cerca de la botica sin decirse una palabra. Allí fué donde el boticario padre enderezó estas pocas al farmacéutico hijo:

— Verdaderamente es raro, ¡caray! sí señor... es raro. Ni siquiera de cumplido, hombre: «pasen ustedes un momento... avisaré á don Alejandro»... para hacerle el homenaje de amigos... eso es... Pues nada, Leto... portazo ¡caray! ¿Se habrá

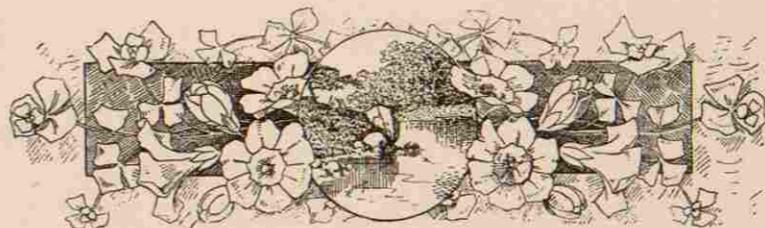
sabido aquello? ¿Habremos caído en desgracia?... Si es de cuidado lo de ella... por lo mismo; y si no lo es, igualmente... Vamos, ¡caray! que no hallo razón para él... llamémosle desaire, eso es, inmerecido... Y no me duele por desaire, no señor: me duele como síntoma, como síntoma ¡caray! de un enojo... eso es, del señor don Alejandro... ¡Caray! con lo que yo le estimo y le... ¿Lo ves tú de otro modo, Leto?

— Falta saber — dijo éste — si á don Claudio le ha pasado lo mismo que á nosotros; y eso lo sabré mañana, si no lo averiguo esta misma noche.

— Me parece bien pensado, hijo; muy bien pensado... eso es.

— Y si resulta que no ha habido portazo para él, démonos usted y yo por muertos en Pelechés.

— ¡Caray, caray!



X

UN INCIDENTE GRAVE

EN buen grado de tensión estaban las impacencias de Leto para dejadas así hasta el día siguiente, sin el riesgo de un estallido! En cuanto entró en la botica le dijo á su padre:

— Me voy á buscar á don Claudio.

Y se fué. Le buscó en el Casino: no estaba allí. En su casa: tampoco. Anduvo

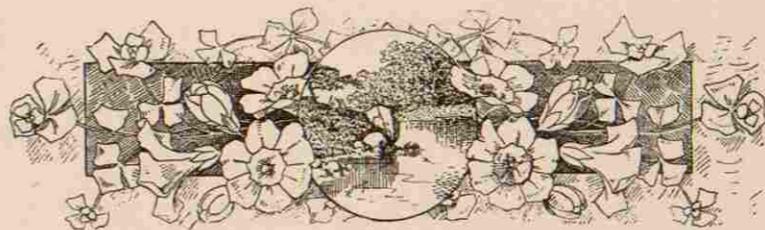
sabido aquello? ¿Habremos caído en desgracia?... Si es de cuidado lo de ella... por lo mismo; y si no lo es, igualmente... Vamos, ¡caray! que no hallo razón para el... llamémosle desaire, eso es, inmerecido... Y no me duele por desaire, no señor: me duele como síntoma, como síntoma ¡caray! de un enojo... eso es, del señor don Alejandro... ¡Caray! con lo que yo le estimo y le... ¿Lo ves tú de otro modo, Leto?

— Falta saber — dijo éste — si á don Claudio le ha pasado lo mismo que á nosotros; y eso lo sabré mañana, si no lo averiguo esta misma noche.

— Me parece bien pensado, hijo; muy bien pensado... eso es.

— Y si resulta que no ha habido portazo para él, démonos usted y yo por muertos en Peleches.

— ¡Caray, caray!



X

UN INCIDENTE GRAVE

EN buen grado de tensión estaban las impacencias de Leto para dejadas así hasta el día siguiente, sin el riesgo de un estallido! En cuanto entró en la botica le dijo á su padre:

— Me voy á buscar á don Claudio.

Y se fué. Le buscó en el Casino: no estaba allí. En su casa: tampoco. Anduvo

por los sitios en que solía vérselo paseando algunas veces: ni la menor huella de él.

— Pues está en Peleches sin remedio, — se dijo consternado. — Mi desgracia es indudable.

Enderezó los pasos hacia la botica; y al entrar en la plazuela, vió, entre las sombras del fondo, junto á la desembocadura de la Costanilla, un bulto negro que se movía hacia él.

— Es la silueta de don Claudio, — pensó dirigiéndose á su encuentro.

Lo era, efectivamente. Se reconocieron; y dijo al instante Leto:

— He andado buscándole á usted por todo Villavieja.

— Y yo venía dudando — dijo á su vez el comandante — si colarme ahora en la botica para hablar con usted delante de don Adrián, ó dejarle recado para que se viera conmigo en mi casa.

— Luego tiene usted algo grave que decirme? — observó Leto casi afónico y tembándole todas las entrañas.

— Tanto como grave, — repuso Fuertes,

— no; pero algo que les conviene saber á ustedes por más de un concepto, sí.

— «A ustedes» — pensó el mozo repitiendo con cierta fruición estas palabras de don Claudio. — Luego no va conmigo solo el cuento; y no yendo conmigo solamente, puede ser otro cuento distinto del que tanto miedo me da. A salir de dudas. — Pues hágame usted el favor — dijo á su amigo, lo bastante bajo para que no lo oyera nadie más que él — de referirnos lo que haya, sea malo ó pésimo, pues bueno, ni casi regular, no lo espero; porque desde el portazo que se nos dió esta noche en Peleches, estamos mi padre y yo que no nos llega la camisa al cuerpo...

— Lo presumía, — respondió Fuertes, —



y por eso no me ha chocado oírle á usted decir que anduvo buscándome por toda la villa... Porque yo estaba dentro cuando ustedes llegaron, y sabía lo que había de suceder, si llegaban, desde un rato antes por haber oído el recado que dió don Alejandro á Catana... Situaciones que el demonio prepara, y no puede uno remediar. Al caso.

Y comenzó á referir á Leto lo que afirmó ser «lo único» que él sabía. Según el relato aquel, Nieves y su padre habían tenido una escena un poco desagradable con motivo de la próxima llegada del mejicanillo. Discordancias radicales en el modo de estimar cada uno de los dos aquel suceso. A Nieves, nerviosa y algo trasmudada desde el tremendo de la antevíspera, que continuaba ignorando su padre, se le habían escapado ciertas franquezas que cayeron sobre las suspicacias de don Alejandro como la pólvora sobre el fuego... Porque don Alejandro andaba muy suspicaz desde aquel día, como le constaba á Leto muy bien. Se había dado en él un caso que no dejaba de ser frecuente: el de hallar algo en que no pen-

saba, buscando otra cosa muy distinta; y lo que había encontrado sin buscarlo, era el fuego en que habían caído las franquezas de su hija; ó si lo quería más claro Leto, las franquezas de Nieves le demostraron, no solamente que su hallazgo no era ilusorio ni soñado, sino que el mal estaba ya hecho y con hondas raíces en la víctima. Bermúdez no había llegado con sus sospechas más que hasta el arranque del camino que conducía á ese mal: no era difícil presumir el efecto que le habría causado el descubrimiento, teniendo, como tenía, sus cálculos hechos y sus ilusiones acariciadas, con otros derroteros muy distintos. A él, á don Claudio, le había confiado sus cuitas, para pedirle informes, si podía dárselos; algo de luz clara con que guiarse en la lóbrega sima en que había caído tan de repente; porque no podía contarse con lo que espontáneamente declarara Nieves entonces, ni convenía apurarla más en el estado de exaltación en que se hallaba. Más adelante ya se vería. Fuertes se había guardado muy bien de decir á don Alejandro lo que pensaba acerca de tan delicado particular: al

contrario, puso todo su empeño en convencer á su amigo de que estaba alarmado sin fundamento alguno. Tarea inútil: don Alejandro quedaba en sus trece y resuelto á poner de su parte todos los medios que considerara prudentes para combatir el mal como debía combatirlo. ¿Qué medios eran ellos? No lo sabía aún con certeza; pero no tardaría en saberlo. Él no culpaba, no quería mal á ninguno; porque la mayor parte de las veces se causaban los daños más graves con los propósitos más honrados; pero se hallaba en una situación de ánimo tan apurada, en un temple tan singular de espíritu, que temía cometer, en presencia de las personas que eran el principal motivo de su disgusto, algún acto que le pesara después. En este pasaje del diálogo se había dado á Catana la orden de no recibir á Leto ni á su padre. «Esto, por de pronto», —había dicho en seguida don Alejandro,— «y bien sabe Dios que me duele en el alma. Iremos tirando con paliativos así, lo que se pueda; y después... ya se verá. Usted me hará el favor de entretener á esos señores, con la mejor disculpa que su

discreción le dicte, alejados de aquí por unos días, si no le parece que abuso de su bondad.»

— Esto es lo que hay en sustancia, Leto, — le dijo don Claudio en conclusión. — No sé si refiriéndoselo á usted como se lo he referido, faltó ó no faltó á la confianza depositada en mí por don Alejandro; pero sé que no es usted hombre que se conforma con parvidades en tragos de esta naturaleza; y, sobre todo, sé que en ninguna sima más honda, ni en arca mejor cerrada que usted, puede guardarse este secreto. Ahora, refiera usted de él lo que mejor le parezca á su señor padre, como yo pensaba hacerlo, para que se cumplan las órdenes de nuestro amigo, sin contratiempos como el de esta noche para ustedes... y ánimo ¡voto al chápíro! que más amargo y más duro fué lo de anteayer, y se portó usted como un hombre.

El pobre muchacho, con las manos en los bolsillos y la cabeza caída sobre el pecho, no dijo una palabra. El comandante, después de contemplarle unos momentos con expresión compasiva, le puso blandamente

la mano sobre la espalda y le preguntó, con esa aspereza cariñosa, tan propia de los hombres que han educado sus afectos entre los rigores de la ordenanza militar:

— ¿Duele, amigo?

Irguióse entonces el valiente mozo, y le respondió, oprimiéndole una mano con las dos suyas:

— ¡Ay, señor don Claudio! si después de salvarse Nieves me hubiera quedado yo en el fondo de la mar, ¡qué fortuna para ellos y para mí!

Y sin poder averiguar el comandante si aquel relucir extraño de los ojos de Leto eran lágrimas ó no, le vió caminar á largos pasos hacia la botica, y sin entrar en ella, subir á casa por el portal contiguo.

Don Claudio Fuertes entonces, hiriendo el suelo con un pie antes de echar á andar, exclamó entre dientes con verdadero coraje:

— ¡Y qué mejor empleada que en ti, voto al demonio?

Leto subió en derechura á su cuarto con el doble fin de serenarse un poco y de pensar lo que debía referir á su padre, entre todo lo que el comandante le había refe-

rido á él. Fué tarea de tres cuartos de hora escasos. Al cabo de ese tiempo, bajó á la botica á menos de media serenidad y con el relato en hilván. No le permitió mayores lujos su pícaro temperamento.

Poco fué lo que dijo á su padre, encerrados los dos en el despacho de la trastienda, como explicación del portazo de Peleches; pero de tal modo y con tal arte de voz, de miradas y de greñas, que dejó al pobre boticario más aturdido de lo que estaba.

— De manera, hijo—observó don Adrián, dale que dale al codo, pero muy suave y lentamente, con el gorro sobre las cejas y la carita rechupada, — que por fas ó por nefas... eso es, pues propiamente luz, no resulta del relato: por fas ó por nefas, repito, esa nube no ha cogido á nadie más que á nosotros... á nosotros dos, eso es. ¡Caray si es duro eso de pensar! Aflige, Leto, aflige... contrista, sí señor, verdaderamente; apenas considerarlo ¡caray! porque si uno sospechara, cuando menos;... si á la dureza, eso es, del castigo, correspondiera ¡caray! la... vamos, la falta; pero si

por más que reflexiono, que repaso la... Hombre, ¿á ti te dice algo la conciencia, eso es?... Pero ¿qué te ha de decir... supongo yo? ¿Por qué camino andamos hijo y padre... eso es, con esos señores, que no sea llano y descuberto, caray? Si se nos llamara, es un suponer, á residencia, podría uno... Pero ni eso, Leto: ni eso que es; caray! tan de justicia... ¿Habrás, hijo, de por medio algún informe, eso es... algún informe alevoso? Porque verdaderamente; caray! sin una razón así, no se penetra... Por último, hijo del alma: hagámonos superiores mientras pasan esos pocos días que dice el señor don Claudio... y Dios dirá, eso es; Dios dirá luego... Pero por lo pronto, duele, sí señor...; caray, si duele!

Mala noche pasó el pobre boticario á vueltas con sus inútiles investigaciones mentales; peor que Leto, mucho peor; porque éste, al fin, logró encontrar en medio de sus escozores y espasmos, ya que no un calmante de ellos, un remedio para sufrir hasta con gusto sus rigores; y fué que de pronto cayó en una idea en que hasta entonces no había caído de lleno, á causa de

tener la sensibilidad fuera de quicio por la fuerza de sus aprensiones extremadamente pesimistas. Él había *sentido* con lo dicho por don Claudio, que era un estorbo en Peleches, y un motivo de perturbación para ciertos planes de don Alejandro Bermúdez. Así, considerándolo en montón; pero estudiándolo mejor después; separando las cosas y examinándolas una por una, acordóse de que los enojos del señor de Peleches contra él dimanaban, según don Claudio, de ciertas *franquezas* de Nieves que le habían confirmado en las sospechas que ya tenía. ¡Santo Dios, lo que él vió, lo que él sintió en aquellos momentos! ¡Qué efusiones tan íntimas, jamás experimentadas! ¡qué terrores tan nuevos y tan sublimes! ¡qué recelos tan extraños!

Póngasele el sol de repente en las manos á un hombre que le haya estado adorando sin otro fin que adorarle. Pues en una situación por el estilo se vió Leto al dar á las *franquezas* de Nieves la única interpretación que podía darlas por la virtud de los hechos y la fuerza de la lógica. El peso de la mole le aplastaba, la luz resultaba

fuego; pero ¡qué martirios, qué torturas, que muerte tan envidiables! Porque él se daba por muerto, como dos y tres eran cinco. Que no estorbaba á Nieves en ninguna parte; que Nieves le había entendido la metáfora del aire y del sol y del humilde puesto para tomarlos, y que lejos de ofenderse con el símil, hasta le había reprendido á él porque no colocaba su banquetta en primera fila, bien sabido se lo tenía, y bien justipreciado en las entretelas de su corazón; pero que el sol descendiera de su trono para... ¡Dios elemento! ¡Cómo no había de execrarle el señor don Alejandro Bermúdez? Por otra senda bien distinta esperaba él aquella execración; pero ya que había llegado y pues que era de necesidad que llegara, bien venida fuera por donde había venido. Cierto que el abismo resultaba así más hondo para él que de la otra manera; pero, en cambio, menos frío y solitario; y eso salía ganando en definitiva.

Así entretuvo las largas horas de aquella noche y las del día que la siguió. Poco más ó menos, como las entretenía su padre

en la botica y en la cama; y los señores de Pelechés en su empingorotado caserón.

Se cruzaban poquísimas palabras entre la hija y el padre; no por enojos mutuos, sino porque temían entrar en conversación. Ella, ya en plena posesión de sí misma y sabiendo por Catana la orden dada por su padre contra los dos Pérez de la botica, le preguntó, muy serena, al tercer día del percance gordo:

—¿Sabes tú por qué no han vuelto por aquí esos señores?

—¿Qué señores?—preguntó á su vez don Alejandro, descubriendo en su turbación que por demás sabía de qué sujetos se trataba.

—Don Adrián y su hijo,—respondió Nieves con la mayor tranquilidad.

Bermúdez se quedó lo que se llama cortado; amagó una respuesta evasiva, y lo puso peor. Su hija no pudo menos de sonreírse al verle tan apurado, y le dijo muy templada:

—Mejor pago merecían de ti: créeme.

Esto ocurría al irse cada cual á su agujero después de la sobremesa.

A media tarde recibió el correo don Alejandro; y en el correo, nueva carta de su sobrino Nacho, fechada la víspera en la ciudad. Debía llevar en ella, por su cuenta, dos días y medio. ¿Le anunciaría ya la salida para Peleches?... ¡Pues en temple estaba el horno para aquella clase de rosquillas! ¡Canástoles, qué lío! Leyó la carta, que era breve, y se le cayó de las manos convulsas.

«Según noticias de buen origen — decía el mejicanillo — que acabo de recibir, mi alojamiento en Peleches podría originar grandes contrariedades á mi prima, cuyos entretenimientos y placeres, autorizados y consentidos sin duda alguna por usted, son incompatibles con la presencia continua de un extraño que hasta pudiera suscitar recelos de cierta especie en el afortunado conquistador de los entusiasmos de Nieves. Como no tenía la menor idea de estas cosas y se aproxima la hora de emprender la marcha que le anuncié á usted en mi carta anterior, le pido la merced de una declaración explícita sobre lo indicado, para saber á qué atenerme antes de salir de aquí, ó

para no salir con ese rumbo, si hasta este sacrificio fuere necesario en bien de ustedes, y particularmente de mi encantadora prima.»

Don Alejandro Bermúdez permaneció un buen rato como descoyuntado sobre la silla en que se sentaba, con la cabeza gacha y mirando la carta, que estaba á sus pies, hasta con el ojo huero.

De pronto se sintió poseído de una comezón irresistible; recogió de una zarpada el funesto papel; y estrujándole con los dedos temblones, salió de su gabinete á todo andar en busca de Nieves que estaba en el saloncillo.

— Entérate de esa carta que acabo de recibir, — la dijo poniéndola en su regazo. — Otra prueba más de lo injusto que estoy siendo con tus buenos amigos, y dime después que te enteres de ella, qué contestación he de darla.

También á Nieves, que ya se había alarmado no poco al ver el continente de su padre, le tembló la carta entre las manos; primero por zozobra, y después por indignación. Ésta le prestó fuerzas; y con la

ayuda de ellas pudo decir á su padre, devolviéndole al mismo tiempo la carta de su primo:

— Esto es una infamia, y nada más.

— ¿De quién? — la preguntó su padre dando diente con diente.

— De Rufita González: apostaríala cabeza, — respondió Nieves sin vacilar. — Ya sabes el empeño que tiene en que su primo vaya á vivir con ellas.

— Es posible que no te equivoques, — dijo Bermúdez menospreciando aquel detalle del asunto; — pero ¿por qué sabe Rufita González esas cosas? mejor dicho, ¿por qué han de ser ciertas esas cosas que...? Tampoco es esto, ¿por qué lo que yo me sospechaba viene á confirmarlo Rufita González, ó quien sea el que haya dado la noticia á que se refiere tu primo? Este es el caso, Nieves; este es el caso de importancia para mí. Niega ahora mis supuestos y llámame injusto, y sobre todo, dime qué contestación he de dar yo á ese pobre muchacho.

— Si has de darle la que merece — respondió Nieves con gesto despreciativo, —

no hay que calentar mucho la cabeza para discurrirla.

— A ver.

— Rufita González — prosiguió Nieves muy entera — podrá haber cometido una infamia, disculpable en su mala educación, dando las noticias que le ha dado á tu sobrino; pero ¿con qué disculpará él la trastada de haberte venido á ti con el cuento sin más ni más? ¿Te parece eso á ti rasgo de hombre de fuste, ni siquiera de persona decente?

— Poco á poco, — repuso don Alejandro tomando con entera decisión y completa buena fe la defensa de su sobrino. — Para fallar sobre ese caso, hay que ponerse en lugar de tu primo. Está para llegar á nuestra casa y se le dice que va á servir de estorbo en ella en el sentido que á él le duele mucho, porque cabe que traiga el infeliz sus planes muy acariciados... Pues mujer, ¿qué menos ha de hacer en tales casos una persona sensible y delicada, que preguntar, para evitarse un portazo en las narices: ¿estorbo ó no estorbo? ¿voy ó no voy? Y digo, ¿una persona que viene desde

un extremo del mundo, solamente para eso! ¿Te parece que tiene vuelta el argumento, Nieves? Pues no le tiene aunque otra cosa se te figure. De todas maneras, no se trata aquí de ese particular que, por ahora, es secundario. Mi tema es otro bien distinto, que más tarde ó más temprano había de ventilarse entre los dos, y quisiera yo ventilar ahora mismo, puesto que la oportunidad se nos ha venido á las manos. ¿Estás pronta á complacerme, hija mía?

Nieves, pasando y repasando maquinalmente la aguja con que bordaba, por el cendal finísimo con que cubría su bordado, y la vista perdida en el aire, dió á entender con un gesto y una leve sacudida de sus hombros, que lo mismo le daba.

— Pues á ello, — prosiguió su padre optando por lo que prefería. — Anteayer, aquí mismo y á estas mismas horas, tuvimos una escena que nos dolió mucho á los dos, por un motivo muy emparentado con el de hoy... Yo te acusé entonces, y tú ni confesaste claro, ni negaste, ni tampoco te defendiste; pero dijiste y otorgaste con tu silencio lo suficiente para que yo pudiera

formar juicio de todo, como le formé; y teniéndole por bien fundado, tomé una resolución que tú has calificado de injusta pocas horas hace. ¡Es tan distinto del mío tu punto de vista! Pero es el caso que el otro día nos anduvimos tú y yo, por salvar ciertos respetillos, con paños calientes y figuritas retóricas, y que hoy piden las circunstancias que dejemos esos respetillos á un lado y llamemos las cosas por sus nombres para acabar de entendernos... ¿No te parece así?...

— Como quieras, — volvió á decir Nieves con el mismo ademán y el mismo gesto de antes, pero algo más descolorida y emocionada.

— Pues allá va en plata de ley, — añadió Bermúdez, no muy sereno tampoco. — Entre ese muchacho y tú ha llegado á desenvolverse un... vamos, un afecto, digámoslo así, más... más hondo, más fuerte que el de la amistad...

— ¿Qué muchacho? — preguntó Nieves, casi sin voz y temblorosa, con ánimo de alejar un poquito más la respuesta que se la pedía tan en crudo.

— El hijo de don Adrián... Leto, vamos.

— No sé yo — dijo aquí la pobre niña aturrullada y convulsa — cómo responderte á eso; porque no está bien claro...

— A ver si puedo yo ir ayudándote un poquito, — interrumpió Bermúdez con un gesto, como si mascara ceniza. — Tú eres una jovencuela sin experiencia y sin malicias; y él un mozo que, aunque no largo de genio, al fin ha rodado por las universidades; se ha visto agasajado en Peleches y muy estimado por ti, que no eres costal de trigo; y ¡qué canástoles! hoy una palabrita y seis mañana, habrá ido insinuándose y atreviéndose poco á poco, hasta despertar en ti...

— ¡Él? — exclamó Nieves, reviviendo de pronto por la virtud de aquella injusta suposición de su padre.

— Él, sí, — insistió éste con verdadera saña. — ¿De qué te asombras?

— De que seas capaz de creer eso que dices, — respondió Nieves más serena ya.

— ¡Él, que es la misma humildad! Se le había de presentar hecho y aceptado por nosotros todo cuanto tú supones, y no

había de creerlo. Te juro que no me ha dicho jamás una sola palabra de esas, y que ni le creo capaz de decírmela.

— Pues entonces ¿qué hay aquí?

— Y ¿lo sé yo acaso, papá? Tú mismo le has traído á casa; tú mismo me has ponderado mil veces sus prendas y sus talentos; si yo me he confiado á él y le he tomado por guía en unas ocasiones, y por maestro y confidente en otras, por tu consejo y con tu beneplácito ha sido. Tratándole con intimidad y á menudo, como le he tratado delante de ti, casi siempre, he visto que vale mucho más de lo que juzgábamos de él, y que es capaz de dar hasta la vida por nosotros sin la menor esperanza de que se lo agradezcamos. Todo esto sé de él. ¿Tiene algo de particular que yo lo sepa con gusto y que me complazca con el trato de un mozo de tan raros méritos? Pues no hay más, papá, y en eso se estaba cuando me anunciaste la venida del otro.

— Y ahí está el dedo malo precisamente, — replicó Bermúdez arañándose las palmas de las manos con las respectivas uñas. —

Resultó el contraste, y ¡pum!... á la cárcel Nacho.

— Yo no me opuse á que viniera, recuérdalo... y recuerda también lo que te prometí.

— ¿Qué fué lo que me prometiste? porque, á la verdad...

— Te prometí que dejándome libre la voluntad para... esas cosas, jamás me empeñaría en imponértela á ti, aunque me fuera en ello la vida. Pues hoy te repito la promesa, y sin esfuerzo, papá, créemelo. Yo empiezo á vivir ahora, y me encanta esta libertad que gozo á tu lado y entre pocos y buenos amigos. ¿Cómo han de haber en mí otros planes tan contrarios, ni siquiera tentaciones de hacerlos?

— Concedido que no me engañas en eso que dices... ni en nada, porque la condición de veraz tampoco quiso negártela Dios; pero no basta para remate de este condenado pleito. Por lo mismo que careces de experiencia para discernir ciertos achaques del alma, es de necesidad que yo estreche un poco más los argumentos para saber á qué atenerme sobre el particular

de que tratamos. No tienes planes de cierta especie, ni la menor idea de imponerme tu voluntad ni tus caprichos: corriente; pero suponte ahora que yo te digo: es indispensable, absolutamente indispensable, cambiar de vida, de estado... en fin, hija, casarse, porque, de otro modo, ahorcan. Aquí tienes dos aspirantes: tu primo Nacho y Leto. Elige.

— Pues á Leto, — eligió Nieves sin vacilar.

— ¡Muy bien! — dijo su padre dando pataditas en el suelo para desahogar la inquietud que le consumía. — Pues ahora te pongo delante al propio boticario ese, y al mejor mozo, y más rico y más honrado y decente de Sevilla, y te vuelvo á decir: elige.

— A Leto, — insistió Nieves.

— ¡Canástoles! — exclamó don Alejandro en los últimos extremos ya de la congoja que le ahogaba: — ¡qué aberraciones, hombre! Pues ahora te mando elegir entre el propio desastrado farmacéutico y el Príncipe de Asturias, si le hubiera, y soltero y galán... el Emperador de todas las Rusias y del Universo mundo...

— Pues también á Leto...

— ¡Y afirmabas que no había planes, ni...!

— ¡Pero si vas tú dándomelos hechos, papá!...

— Pues arderá Troya, hija... y por los cuatro costados, antes que las cosas vayan por donde no deben de ir.

Mascullando estas palabras se apartó de Nieves sin detenerse á observar el estrago causado en ella por sus nunca vistas destemplanzas.

En parecido temple de nervios le halló poco tiempo después don Claudio Fuertes. Cabalmente llevaba encargo de don Adrián, muy encarecido y casi llorado, de interceder por ellos, de suavizar asperezas, y propósito muy bien hecho de complacer al bendito boticario, por creerlo conveniente y hasta de justicia.

¡En mal hora lo intentó!

— No solamente — le dijo don Alejandro, hecho un erizo — mantengo la resolución tomada el otro día contra ellos, sino que la adiciono con el propósito firme de que en todos los días de su vida vuelvan á poner

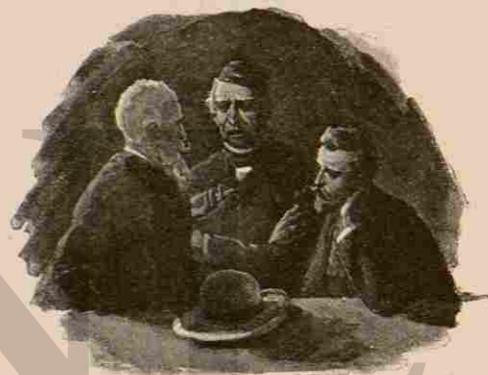
los pies en mi casa. Que lo tengan entendido así.

Don Claudio Fuertes no halló modo de calmar la iracundia de su amigo, á quien desconocía en aquel estado, ni siquiera de hacerle soportable ninguna conversación.

Sospechando que preferiría estar solo, despidióse de él á poco de haber llegado, y se fué sin poder averiguar qué nueva mosca había picado al buen señor de Bermúdez

para ponerle tan rencoroso como estaba contra los dos Pérez de la botica, aunque presumiendo que todo sería obra de alguna «franqueza» de Nieves, por el estilo de las de marras.

Dióle mucho que cavilar la racional sospecha; vió las cosas con espíritu sereno y por todas sus caras á la luz de los antece-

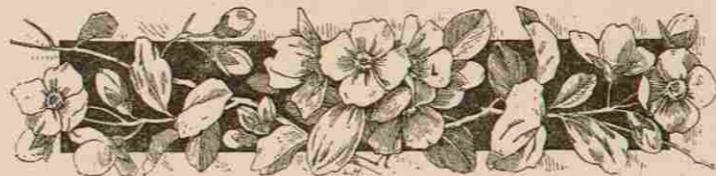


®

denes que tenía, y sacó en limpio que, saliera pez ó rana en definitiva, era de necesidad, por de pronto, enterar á don Adrián del mal éxito de sus negociaciones, para que Leto, que se hallaría presente, lo tuviera entendido en la correspondiente proporción.

Y se fué derecho á la botica donde, por haber hallado á los dos Pérez solos, les informó, con las debidas atenuaciones de caridad, de lo mal que andaban sus negocios en Peleches.

A don Adrián le faltó poco para desmayarse.



XI

LA TRIBULACIÓN DEL BOTICARIO

MEDIA hora después, con la faz macilenta y alargada, el ojo triste, las rodillas trémulas y la respiración anhelosa, subía el pobre hombre hacia Peleches. El sobrepeso agregado por don Claudio á su cruz, se la había hecho insoportable. No podía vivir así. Formó su resolución con voluntad heroica; y en cuanto llegó el mancebo á la botica, y se marchó el comandante y Leto

denes que tenía, y sacó en limpio que, saliera pez ó rana en definitiva, era de necesidad, por de pronto, enterar á don Adrián del mal éxito de sus negociaciones, para que Leto, que se hallaría presente, lo tuviera entendido en la correspondiente proporción.

Y se fué derecho á la botica donde, por haber hallado á los dos Pérez solos, les informó, con las debidas atenuaciones de caridad, de lo mal que andaban sus negocios en Peleches.

A don Adrián le faltó poco para desmayarse.



XI

LA TRIBULACIÓN DEL BOTICARIO

MEDIA hora después, con la faz macilenta y alargada, el ojo triste, las rodillas trémulas y la respiración anhelosa, subía el pobre hombre hacia Peleches. El sobrepeso agregado por don Claudio á su cruz, se la había hecho insoportable. No podía vivir así. Formó su resolución con voluntad heroica; y en cuanto llegó el mancebo á la botica, y se marchó el comandante y Leto

subió al piso, cogió él el sombrero y la caña... y ¡hala para arriba! Podría suceder que no se le franqueara la puerta al primer golpe: él insistiría una, dos y ciento y mil veces, hasta que los mismos robles se ablandaran; ó se colaría por los resquicios, ó tomaría la casa por asalto... Que el señor don Alejandro, al verse con él cara á cara, se la llenaba de oprobios... ¿y qué? Cualquiera afrenta, la más dura agresión «antes, eso es, que aquellas incertidumbres, ¡caray! sí señor; que aquel estado violento, eso es, en que no podía él vivir, ¡caray, caray!»

Iluminaban á Peleches las últimas tintas sonrosadas, pero frías, del crepúsculo, cuando el viejo boticario, con la mano lívida y convulsa, empuñaba el llamador (un lebril de hierro dulce con una bolita entre las garras delanteras) de la puerta de ingreso al piso principal del caserón de los Bermúdez. Dió tres golpes muy desconcertados, como los que á él le producía en el angustiado pecho el acelerado latir de su corazón, y salió Catana. En cuanto vió á don Adrián le dijo sin acabar de abrir la puerta:

— El zeñó no pué...

Pero el boticario se coló en el vestíbulo por la abertura, y desde allí interrumpió á la rondeña de esta suerte:

— Ya, ya; pero esa orden no reza, eso es, conmigo; porque vengo, sí señor, con su beneplácito... Tenga usted la bondad de prevenirle, eso es, de avisarle, que estoy aquí á sus órdenes.

Y por si esto era poco, mientras Catana iba con el recado, él la siguió de lejos, como si tratara de ponerse en el rastro de su presa para que no se le escapara por ninguna parte. Así llegó al extremo del pasadizo que conducía al estrado. Era indudable que don Alejandro estaba en su gabinete... hasta creyó percibir su voz momentos después; su voz algo destemplada, por cierto. «¡Caray, caray, qué desmayos!»

Volvió á aparecer Catana. Con un gesto bravío le reprendió su atrevimiento de colarse hasta allí, y con otro no más dulce y un ademán adecuado, le mandó que pasara al gabinete que le señaló con el índice cobrizo.

Pasó don Adrián entre vivo y muerto, y

se plantó á la puerta con el altísimo sombrero en una mano y el bastón en la otra, inmóvil, derecho, rígido. Desde allí vió á don Alejandro dando vueltas desconcertadas en el fondo del gabinete. En una de aquellas vueltas se encaró con él, se detuvo y le dijo, con una sequedad á que no tenía acostumbrado al excelente farmacéutico de Villavieja:

— Pero ¿qué hace usted ahí?

— Esperando, señor don Alejandro, — contestó el pobre hombre con la voz como un hilo, — á que me dé usted su licencia.

— Según mis noticias, — replicó Bermúdez sin ablandarse más, — esa licencia la traía usted ya desde su casa.

— Mi señor don Alejandro, — dijo aquí don Adrián enjugándose el rostro macilento con su pañuelo de hierbas, y entrando á cortos pasos en el gabinete, — me he permitido afirmar esa... mentirilla, eso es, para que se me franquearan, sí señor, estas puertas... ¡Mal hecho, caray, mal hecho! Verdaderamente lo conozco, eso es... pero no había otro modo de lograr, eso es, una

entrevista, una entrevista con usted, mi señor don Alejandro.

— Y ¿para qué necesita usted, señor don Adrián, una entrevista conmigo?

— ¡Para qué, mi señor don Alejandro?— preguntó el farmacéutico relajando todos los músculos de su cara. — ¡Para qué?... Para mi sosiego... para dormir, para comer... para vivir; ¡caray! para vivir, mi señor don Alejandro... Para todo eso, ¡caray!

Bermúdez que, por lo que le decían aquellas palabras y lo que leía en la voz y en el aspecto lastimoso de aquel hombre á quien tanto había estimado, y estimaba, calculaba la intensidad del daño que le había hecho con su violenta medida, sintió muy hondos pesares de no haberla meditado más, y maldijo la negra fortuna que le conducía á extremos tan rigurosos.

— Siéntese usted, amigo mío, — le dijo apiadándose de él; — repóngase un poco, y dígame luego cuanto tenga que decirme.

Le arrimó una silla y se sentó en ella don Adrián. Él permaneció de pie delante del boticario, y con las manos en los bolsi-

llos. Don Adrián Pérez, después de colocar el sombrero en otra silla inmediata y de enjugarse otra vez la carita lacia con el pañuelo, comenzó á hablar de esta suerte:

— Yo, señor don Alejandro, me encontré antes de anoche... precisamente antes de anoche, eso es, cerradas las puertas de esta casa... quiero decir, nos las encontramos; porque mi hijo venía conmigo; veníamos juntos, eso es... El caso era de notar por nuevo... por nuevo, es verdad, pero no por cosa peor, eso es; porque cabía creer que fuera medida, sí señor, medida general. ¡Caray, si cabía! Pero no lo fué, mi señor don Alejandro, ¡no lo fué!; fué medida propia y particularmente para nosotros: para nosotros dos, eso es: para mi hijo y para mí. El señor don Claudio Fuertes tuvo la bondad de informarnos de ello, con tino, eso sí, y con todo miramiento, porque es persona ¡caray! de suma delicadeza, como usted sabe muy bien... Nos dió algunas esperanzas de que, corridos unos días, eso es, mejorarían las circunstancias... Pero el hecho, mi señor don Alejandro, estaba en pie; y dolía, dolía, ¡caray! Pre-

guntamos la razón, eso es; y la ignoraba el buen amigo... Pasó la noche... sin sueño, por de contado; y otro día, el de hoy, sin apetito naturalmente... Ya ve usted, mi señor don Alejandro: el castigo notorio y la culpa desconocida, ¡caray! en corazones de bien... aflige, eso es, agobia... Y así, todo el día de hoy, hasta que el señor don Claudio Fuertes, después de hablar con usted, nos ha venido á advertir un momento hace, que nuestro litigio aquí iba ¡caray! de mal en peor... Esto fué ya cegar, mi señor don Alejandro, para los que estábamos á oscuras; eso es, cegar verdaderamente, ¡cegar, y cegar en la agonía, caray! Pues, muerte por muerte, me dije ¡caray! en cuanto me vi solo, démela el amigo irritado, eso es, si me cree merecedor de ella... Y aquí estoy, señor don Alejandro.

Éste dió dos medias vueltas, conservando una de las manos en el bolsillo y resobándose con la otra la barbilla; y después, deteniéndose de nuevo delante de don Adrián, que no apartaba de él la vista anhelosa, y volviendo á enfundar la mano en el bolsillo correspondiente, dijo al boticario:

— Continúe usted, señor don Adrián, todo lo que tenga que decirme: después hablaré yo, si le parece.

— Pues en dos palabras termino, — contestó el boticario tomando nueva postura en la silla. — Así las cosas, mi señor don Alejandro, y téngalo usted bien entendido, eso es ¡caray! bien entendido, desde luego, por anticipado, le doy á usted la razón por ser una persona incapaz de faltar á la justicia... Yo me confieso culpable, y mi hijo, sí señor, también se confiesa: los dos nos confesamos culpables; los dos le habremos faltado á usted... no admite duda, cuando, teniéndole ¡caray! por el más cariñoso y noble, eso es, de los amigos, y el más caballero de los hombres, nos castiga... Pero ¿por qué? ¿En qué ha consistido la falta, eso es, ó la ofensa? Este es el clavo, mi señor don Alejandro; este es mi mate día y noche. ¿Cuál es nuestro delito? Sépale yo, sépale mi hijo, para la debida reparación, eso es; porque de otro modo ¿de qué vale el buen deseo, caray? ¿de qué la voluntad mejor dispuesta? De nada, mi señor don Alejandro, de nada, ¡caray! de nada. Que

no cabe reparación, eso es; que usted no la admite ni la quiere... que estas puertas continúan cerradas para nosotros, cerradas, eso es... Malo, triste, ¡caray! muy triste, muy malo, sí señor; pero se sabe el motivo, se reflexiona sobre él; resulta justo, justa y merecida la pena; y ya es distinto, eso es; ¡pero muy distinto, caray!... Y esto es todo lo que verdaderamente tenía que decir á usted, sí señor; nada más, eso es.

Y mientras don Alejandro Bermúdez daba otras dos vueltas en corto, él se pasó nuevamente el pañuelo por toda la cara, reluciente de sudor frío. El de Peleches, al regreso de su última vuelta, dijo al boticario:

— Empecemos, señor don Adrián, por declararle á usted, como le declaro, que soy tan amigo de usted como lo era antes, y que no le estimo menos de lo que le estimaba.

— Gracias, mi señor don Alejandro, — contestó el boticario desde el fondo de su corazón. — Eso ya consuela mucho, ¡caray si consuela!

— Y declarado esto, — continuó Bermúdez

dez voltejeando á la vez por el gabinete, porque seguía nervioso y espeluznado, — le declaro además que no es tan fácil como parece la tarea de decirle á usted todo lo que desea saber.

— ¡Es posible?

— Sí, señor: como que es cierto. Y vamos á ver si consigo explicarme de modo que usted me comprenda, sin decirle más que lo que debo. Figúrese usted que el amigo á quien más usted quiere, resulta inficionado de una peste: ¿dejará usted de querer bien á ese amigo por tomar ciertas precauciones... sanitarias contra él?...

— Conformes, — observó don Adrián abriendo mucho los ojillos y la boca, como si le sorprendiera la gravedad del ejemplo.

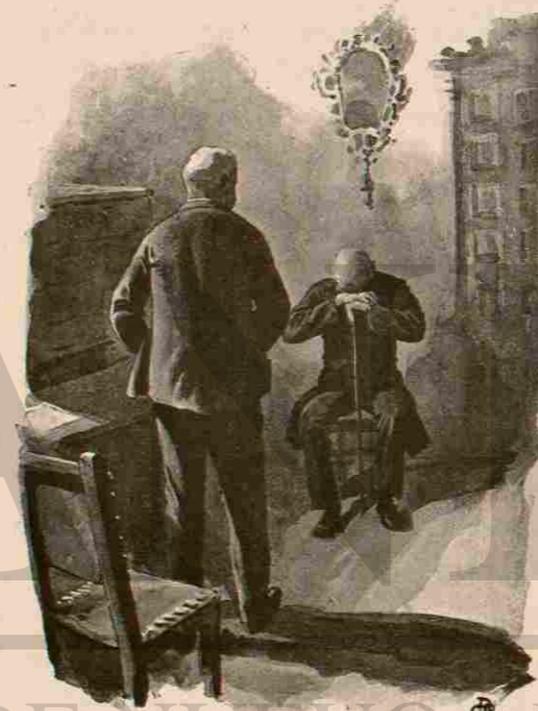
— Conformes, señor don Alejandro: no querría mal á ese amigo... inficionado, eso es, apestado, mejor dicho, por alejarle ¡caray! de mi familia: no señor: medida prudente y de conciencia, ¡caray! de conciencia, eso es; pero le advertiría en debida forma... del mejor modo posible, eso es, para que no extrañara, para que no se doliera, ¡caray!... En fin, mi señor don

Alejandro, entiendo el símil; pero con la debida dispensa de usted, verdaderamente nada me dice, sino que por apestados, eso es, por inficionados de algo, ¡caray! se nos han cerrado estas puertas, de repente, á mi hijo y á mí. Que hay peste en nosotros, ya se lo he concedido á usted antes de todo, sí señor, concedido; pero ¿qué peste es ella, mi señor don Alejandro? Este es el punto... digo, me parece á mí, y el clavo, sí señor, muy doloroso, ¡caray!

— Efectivamente, — repuso Bermúdez mordiéndose los labios de inquietud, — nada resuelve mi ejemplo en el sentido que usted desea. Vaya otro más al caso. Imagínese que usted no es don Adrián Pérez, sino don Alejandro Bermúdez; que siendo don Alejandro Bermúdez, tiene una hija exactamente igual á la que tengo yo: vamos, que Nieves es hija de usted; que usted se ha consagrado en cuerpo y alma al cuidado y á la educación de esa hija; que desde que su hija era niña, trae usted formados y acariciados ciertos planes que, una vez realizados, han de hacer su felicidad, la felicidad de esa hija por todos los días de su vida;

que está usted en la cuenta, por señales que parecen infalibles, de que su hija consiente y aprueba y hasta acaricia los mismos planes que usted; que en esta inteligencia, y para afirmarlos y asegurarlos mejor, de la noche á la mañana, y de mutuo y entusiástico acuerdo, dejan ustedes su residencia de Sevilla, y se plantan, llenas las cabezas de ilusiones, en este solar de Peleches. Que limita usted su trato de intimidad aquí á tres personas, muy estimadas, muy queridas de usted: de esas tres personas, una soy yo, don Adrián Pérez; y la otra, mi hijo, Leto de nombre. Usted continúa abriéndonos su casa y recibiéndonos en ella con la mayor cordialidad, y nosotros correspondiendo á ese afecto con otro tan hidalgo como él, é independientemente de todo esto, usted, Alejandro Bermúdez, llevando adelante y por sus pasos contados, el plan consabido; que se deja usted correr así tan guapamente, tranquilo y descuidado, y que un día, con motivo de un suceso muy relacionado con ese plan, descubre usted que se le han llevado los demonios, encarnados para ello en su hija de usted y en mi hijo; ó

si lo quiere más claro aún, en Nieves y en Leto... ¿Me va usted comprendiendo mejor ahora, señor don Adrián?



Don Adrián, amarillo y desmoronándose por todas partes, apoyó la frente entre las dos manos cadavéricas colocadas sobre el puño del bastón, y no dijo una palabra.

Don Alejandro, hondamente condolido de él, para dulcificarle en lo posible el amargor de las suyas y acabar de explicarse, continuó en estos términos:

— Yo no tengo nada que tachar en Leto, amigo mío, y mucho menos en usted: por donde quiera que se les considere, valen tanto como nosotros, más si es preciso; pero yo, como le he dicho, tenía mis planes; los vi desbaratados de repente y cuando más seguros los creía; supe la causa de ello; y ¡qué canástoles! don Adrián, hice, por de pronto, lo que hubiera hecho usted en mi caso: aislarme del peligro para pensar á solas, para discurrir sobre él... No es uno dueño de los primeros movimientos del ánimo; y la amarga sorpresa me ofuscó. No me detuve á elegir un pretexto que, sirviendo á mis fines, no le causara mortificaciones á usted: lo confieso. Además, contaba con que la ráfaga pasaría pronto, si es que no era una ilusión de mis sentidos; pero sucedió lo contrario, don Adrián; lo sospechado resultó evidente, de toda evidencia, y entonces acabé de cegarme. Este es el caso. Perdóneme usted lo que le haya al-

canzado indebidamente de mi enojo; y para conseguir ese esfuerzo de su corazón, póngase, como antes dije, en mi lugar.

Callóse Bermúdez; y alzando en seguida la cabeza el boticario y levantando poco á poco los ojuelos hasta él, exclamó entre acobardado y aturdido:

— Verdaderamente, sí señor, es sorprendente... y espantoso, el caso ese... ¡lo que se llama espantoso!... Vamos, que necesito ¡caray! haberle oído en boca de usted, para darle crédito, sí señor, ¡caray, caray, qué desdicha! Algo así tenía que ser para un castigo como el impuesto... que es dulce ¡caray, muy dulce! para la enormidad de la falta, eso es. Pero señor, ¿cómo la ha cometido ese chico? ¿qué espíritu malo le emborrachó? Porque él es incapaz de atreverse á tanto, verdaderamente, de por sí: la misma cortedad andando, eso es, y el respeto, ¡caray! y la gratitud... Es más: él me ha visto en las angustias de estos días, sí señor, y me ha oído amontonar, eso es, conjeturas y supuestos; y nada, ni una palabra, ¡él, caray, que es todo franqueza y sencillez!... Vamos, señor don Alejandro,

que lo creo, eso es, pero que no me lo explico.

— Los dos podemos tener razón, señor don Adrián, — replicó Bermúdez continuando sus paseos en corto. — Cabe perfectamente que su hijo de usted haya hecho el daño sin propósito de hacerle, y que ignore á estas horas lo que ha hecho. El corazón humano es así muy á menudo: para saber el valor positivo de lo que contiene, necesita, como ciertos metales, probarse en la piedra de toque. Eso hice yo en mi casa, don Adrián: someter un afecto, quizá desconocido del alma que le contenía, á aquella prueba... Y así le descubrimos los dos. La misma prueba hecha en casa de usted, hubiera producido idéntico resultado.

— No me atrevo á negarlo ni á ponerlo en duda, señor don Alejandro: después de lo que usted me ha dicho, eso es... creo, creo hasta en agujeros... ¡y en las brujas, caray!

— El caso es, amigo mío, que el daño existe, para mi desgracia.

— Esa es, mi señor don Alejandro, la

que yo lamento: no la mía, que ya no me preocupa.

— Y vuelvo á repetirle que no me quejo de nadie, sino de mi mala fortuna; que no alzo ni bajo ni estimo en más ni en menos á su hijo de usted, ni le quito ni le pongo al acudir á ciertos extremos y al expresarme de cierto modo; pero yo tenía mi rumbo trazado, mis planes hechos...

— Sí, mi señor don Alejandro: usted tenía sus planes ¡muy bien tenidos!... eso es, y muy bien hechos; planes ¡caray! de toda la vida, que son, sí señor, los más estimados; y si esos planes, supongamos, le hubieran fallado por una causa... ordinaria y corriente, eso es, y común de todos los días, usted ¡caray! hubiera formado otros á su gusto; mientras que de este otro modo, eso es...

— Por consiguiente, señor don Adrián, no debe chocarle á usted que, sin dejar de estimarlos á los dos, á usted y á su hijo, en lo que valen, persista por ahora en mi determinación... Esto no es cerrar á usted las puertas de mi casa, entiéndalo usted bien...

— ¡Chocarme á mí nada de eso! — exclamó don Adrián levantándose de la silla, tembloroso y con los ojos empañados. — ¡Creer que me cierra usted las puertas de su casa... cuando voy, eso es, á cerrármelas yo mismo! Porque debo cerrármelas, ¡caray! y no volver á llamar á ellas mientras no traiga en las manos, sí señor, las pruebas de haber reparado la ofensa ¡caray! inferida á usted... Y se reparará, sí señor, yo lo fío.

— No es fácil, amigo don Adrián.

— Yo repito que lo es, mi señor don Alejandro... ¡Yo repito que lo es! Yo conozco á mi hijo; yo sé que es de noble condición, honrado, sí señor, y pundonoroso como él solo, ¡caray!... Yo sé que es incapaz de levantar, eso es, los ojos más arriba ¡caray! de la talla, digámoslo así, que le pertenece; que estima y considera la amistad de usted, ciertamente, por encima, eso es, de toda otra ambición: que no ignora lo que yo me pago ¡caray! y me enorgullezco de ser... de haber sido, el amigo más estimado, eso es, del señor don Alejandro Bermúdez Pelechés; mi hijo sabe, finalmente, que es gu-

sano de la tierra, ¡caray! y tiene demasiada inteligencia, y rectitud por demás, para atreverse ¡caray! con las águilas de las alturas: eso es.

— Pero don Adrián, — díjole Bermúdez mientras encendía con una cerilla una vela puesta en un candelero sobre la mesa, porque había anochecido ya, — si no se trata...

— Por anticipado, desde luego, mi señor don Alejandro, — continuó el farmacéutico sin hacer caso de la interrupción, — le prometo á usted que mi hijo cumplirá con su deber, como yo cumplo ahora, y he de cumplir en adelante con el mío, eso es. Si tiene también sus planes, que lo dudo, contrarios á los de usted, yo le diré, sí señor, que los destruya; y los destruirá; que no mire jamás hacia Pelechés, eso es; y cegará antes, sí señor, que faltar á mi mandato; que se hunda en el polvo de la tierra; y se hundirá, eso es; se hundirá hasta los abismos ¡caray! más tenebrosos y profundos. Lo fío, porque le conozco, y por ser además todo ello de justicia; de reparación debida á usted, verdaderamente, por una parte; y

por otra, de pundonor ¡caray! para nosotros, eso es.

— Repito que usted extrema las cosas, amigo don Adrián.

— ¡Ojalá fuera verdad! Pero estoy en lo justo, sí señor, por mi desgracia, don Alejandro; en lo que debo, eso es, en lo que debo, en lo que debemos á usted mi hijo y yo, eso es, como le decía, y en lo que nos debemos ¡caray! á nosotros mismos. En el mundo, señor don Alejandro, aquí, en este rinconcito de Villavieja, hay muchos ojos ¡caray! y muchas lenguas; no todos los ojos ven las cosas por una misma cara, ni todas las lenguas explican de un mismo modo lo que los ojos ven. La señorita Nieves es hija del rico caballero don Alejandro Bermúdez Pelechés, ¡caray! y el padre de Leto es el pobre don Adrián Pérez, boticario de Villavieja... eso es; y en un paño como éste ¡caray! pueden entrar muchas tijeras, como haya ganas de cortar, que nunca faltan... En fin, ya puede usted comprenderme; y yo, mi señor don Alejandro, que he conservado con honra durante setenta y cinco años, eso es, la vida que recibí

de Dios, con honra quiero entregársela el día en que me la reclame, que bien cercano está ya... Eso es.

Bermúdez ya no daba vueltas por el gabinete: se había detenido delante del boticario; y á pie firme y con la cabeza algo gacha y la mirada de su único ojo clavada en los humedecidos de él, escuchaba sus ardorosos razonamientos.

— Y ahora — dijo en conclusión el atribulado farmacéutico — que ya llevo lo que venía buscando, y aun algo más, eso es, si bien se mira, y sé á lo que debo atenerme, si usted me da su permiso me vuelvo á mi casa... para terminar debidamente lo comenzado á tratar aquí... Pero me atrevería, por término, eso es, y por remate de nuestro coloquio, á pedir á usted una gracia... ¡la última, señor don Alejandro, por no molestar!

— Yo tendré siempre — le respondió Bermúdez afablemente — el mayor gusto en servirle en cuanto pueda, señor don Adrián: no lo dude usted un momento.

— No lo dudo, señor don Alejandro, — replicó el otro. — Y voy, en prueba de ello, á la súplica. El camino hasta mi casa no deja

de ser largo y escabroso, y ya ha cerrado la noche, eso es; ordinariamente, no me las arreglo bien con las tinieblas; pero en el estado ¡caray! en que me encuentro ahora, á la verdad, fío poco de mis fuerzas; y una caída á mis años... ¡caray! ¿Tendría usted inconveniente en que me acompañara un ratito, por lo más oscuro nada más, eso es, su criado Ramón?

— Sí señor que le tengo, — respondió Bermúdez dirigiéndose á la alcoba de su gabinete, — porque quien le va á acompañar á usted, soy yo.

— ¡Usted, señor don Alejandro? — exclamó asombrado el boticario.

— Yo mismo, señor don Adrián, — respondió Bermúdez desde allá dentro, — en cuanto me calce las botas. Así como así, no me vendrá mal orear un poco la cabeza fuera de casa.

Don Adrián sintió la fineza de su amigo, como una lluvia serena en el estío las plantas mustias.

Apareció pronto don Alejandro con todos los pertrechos necesarios para ponerse en marcha, y el boticario le dijo:

— No he intentado siquiera saludar, eso es, ofrecer mis respetos á la señorita Nieves, porque verdaderamente es mejor que ignore, eso es, que yo he hablado con usted.

— Nieves anda otra vez maleando de la cabeza, y se había tendido sobre la cama un poco antes de llegar usted. Sin eso, la hubiera usted saludado, porque no quita lo cortés á lo valiente, señor don Adrián. Conque cuando usted guste...

Salieron ambos del gabinete; entró don Alejandro

en el de su hija; volvió á la sala á poco rato dando al boticario la noticia de que



®

Nieves estaba mejor, y se fueron los dos pasillo adelante.

Al desembocar en la plazuela de la Colegiata, se despidió Bermúdez de su viejo amigo con un fuerte apretón de manos.

— Ya está usted en sagrado, — le dijo, — y yo me vuelvo á mi escondite.

— Gracias por todo, ¡por todo, sí señor, caray! — respondió el boticario trémulo de voz y conmovido, como si se despidiera de don Alejandro hasta la eternidad.

Retrocedió Bermúdez hacia Peleches; y andando cuesta arriba y meditando, dejó escapar de su pensamiento, y como si fueran el resumen de sus meditaciones, estas palabras:

— ¿Qué apostamos ¡canástoles! á que ese pobre boticario vale mucho más que yo?



XII

«EL FÉNIX VILLAVEJANO»

Acompañado del propio Maravillas, que para eso y para dirigir y mejorar á su gusto la edición, había ido dos días antes á la ciudad, entraba en Villavieja el paquete de los quinientos ejemplares, húmedo todavía y exhalando el tufo que enloquece á los pipiolos y regocija á los veteranos en la esgrima de la péñola, al mismo tiempo que

Nieves estaba mejor, y se fueron los dos pasillo adelante.

Al desembocar en la plazuela de la Colegiata, se despidió Bermúdez de su viejo amigo con un fuerte apretón de manos.

— Ya está usted en sagrado, — le dijo, — y yo me vuelvo á mi escondite.

— Gracias por todo, ¡por todo, sí señor, caray! — respondió el boticario trémulo de voz y conmovido, como si se despidiera de don Alejandro hasta la eternidad.

Retrocedió Bermúdez hacia Peleches; y andando cuesta arriba y meditando, dejó escapar de su pensamiento, y como si fueran el resumen de sus meditaciones, estas palabras:

— ¿Qué apostamos ¡canástoles! á que ese pobre boticario vale mucho más que yo?



XII

«EL FÉNIX VILLAVEJANO»

Acompañado del propio Maravillas, que para eso y para dirigir y mejorar á su gusto la edición, había ido dos días antes á la ciudad, entraba en Villavieja el paquete de los quinientos ejemplares, húmedo todavía y exhalando el tufo que enloquece á los pipiolsos y regocija á los veteranos en la esgrima de la péñola, al mismo tiempo que

subía hacia Pelechés don Alejandro Bermúdez.

Tinito el sabio se encaminó á su casa por los callejones más extraviados, para no ser visto de sus amigos y colaboradores, pues así convenía para sus planes; y una vez encerrado en ella y después de encargar muy encarecidamente que se dijera á cuantos llegaran á preguntar por él, si alguien llegaba, que no había venido aún, procedió á romper las ligaduras del paquete con mano codiciosa y á dividir su contenido en cuatro porciones: una para cada repartidor de los tres que tenía apalabrados, y la más pequeña para dejarla de reserva. Era cosa convenida con «los chicos de la redacción» que el periódico se repartiría de balde en la villa entre todas las personas cuya lista se había formado con la mayor escrupulosidad, sin perjuicio de distribuir el sobrante entre «lo menos irracional de la masa anónima», (palabras textuales del propio Maravillas).

El periódico era de corto tamaño y llevaba por nombre, en letras muy gordas, el que se ha puesto al frente de este capítulo,

adicionado con esta leyenda: *Revista literaria y de altos intereses sociales, políticos y religiosos*. La primera plana y gran parte de la segunda, iban atestadas de prosa sarpullida de signos ortográficos, bajo el rótulo de *Nuestros ideales*. Después versos, ¡muchos versos! Una *Melancolia*, dedicada «á la distinguida señorita doña I. G.» (la Escribana segunda); un *Éxtasis* «á M. C.» (Mona Codillo); tres *Ovillejos* «al ilustrado Fiscal de este juzgado, mi distinguido y bondadoso amigo, don F. R. en señal de consideración y afecto entrañable»; unos *Cantares tiernos* «á la encantadora joven villavejana A. C.» (Adelfa Codillo); *Mis confidencias*, «composición graciosa, á la chispeante señorita R. G.» (Rufita González); algunas coplas más por este orden, varios sueltos en prosa, y en prosa también una *Variante histórica á la fábula de Hero y Leandro*. Cada poesía llevaba al fin todos los nombres y apellidos de su autor. Maravillas firmaba con los suyos el artículo de *entrada*, y sólo con iniciales la *Variante*.

— Y de todo esto ¿cuál es lo tuyo, hijo?

— le preguntó el tabernero su padre, que

presenciaba, por no atreverse á cosa mayor, las operaciones de deshacer el fardo y contar ejemplares para separar los correspondientes á cada lista de las tres desplegadas sobre la mesa.

— ¿Pues no lo ve usted? — le respondió el sabio poniendo el dedo sobre la firma del programa y las iniciales de la fábula. — Todo lo que no son coplas estúpidas y sin sustancia: lo que ha de levantar ronchas. ¡Vaya si levantará!... hasta estos sueltécitos, que también son míos, y de pronto no parecen nada: ya lo verá usted.

— Y ¿lo conocen, lo conocen ya tus amigos, esos de las coplas?

Miró el sabio á su padre con el gesto del más altivo desdén, y le dijo:

— ¿Qué han de conocer esos mentecatos ni á título de qué? Lo conocerán mañana cuando el periódico circule y no les quepa la vanidad en el cuerpo al ver el magnífico resultado de mi aparición en *El Fénix*. Ellos son los que me han buscado; yo he consentido en que colaboren bajo mi dirección en el periódico, que dirá lo que yo tenga por conveniente, y nada más. ¿Les parece poco?

¿Qué más honra pueden desear? ¡Pues buena sindéresis es la suya para que yo me hubiera rebajado á consultarles lo que pensaba publicar en *El Fénix*! ¡Estúpidos y pusilánimes! Capaces eran de no consentir la salida del periódico.

— Verdaderamente — contestó el tabernero, electrizado con aquel pensar, aquel decir y aquel mirar de su hijo, — que no son quién para lo que tú sabes, esos muchachuelos ignorantones y desaplicados... ¿Y de veras crees tú que esos escritos meterán bulla?... No haga el diablo que te traigan algún disgusto...

— ¡Bah! — repuso Maravillas creciéndose dos palmos; — no irán los huracanes por donde usted se figura. El efecto de mi primer artículo será de asombro, como el de la centella, como el del relámpago. El de la fábula le sentirán pocos; y éstos se guardarán muy bien de decir lo que les duele y en qué parte. Vea usted unas muestras de la calidad científica y filosófica del artículo, ó mejor dicho, del programa.

Arrimóse en esto Maravillas á la cómoda sobre la cual estaba la luz con que se alum-

braban allí él y su padre; subió las gafas hasta dejarlas encaramadas sobre las cejas, levantó el periódico que tenía entre las manos, bajando al mismo tiempo la cabeza de manera que no quedó el espacio de dos



pulgadas entre los ojos y el papel, y comenzó á leer con voz nasal, atiplada y clamorosa, mientras el tabernero se le acercaba de puntillas, con una mano colocada detrás de la oreja y mordiéndose de gusto el labio inferior.

— «Nuestros ideales...»

Aquí se detuvo de repente; y cambiando su tono campanudo por el llano y de todos los días, advirtió á su padre:

— Ha de saber usted ante todo, que el fénix es un pájaro fabuloso ó imaginario, del que se cuenta que renacía de sus propias cenizas, como la muerta planta renace de la semilla que ha producido en vida... ¿Se entera usted?

El tabernero contestó afirmativamente con una cabezada, sin apartar la mano de la oreja, y añadió á la contestación otro ademán y otro gesto que querían decir: «adelante».

Entendió la mímica Tinito el sabio; y metiendo nuevamente los ojos por el papel, volvió á su interrumpida lectura y al registro campanudo de su voz:

— «Nuestros ideales... Sal de tu sueño letárgico; despierta ya ¡oh, Villavieja, pueblo fósil, merecedor de más honrosos destinos!... ¡Despierta y sacude la ignominia de tu mortaja enmohecida por la lóbreguez insana de tres siglos de barbarie! ¡Despierta, levántate y contéplate! Nosotros te pondremos delante de los ojos el gran

espejo de la Verdad, iluminado por la esplendorosa luz de los nuevos días. Mírate en él... ¡Ah, desdichada! Te turbas, te sonrojas... ¡te avergüenzas!... ¡Lo comprendemos, sí, lo comprendemos! Te ves andrajosa, y fea, y esclava vil, y degradada y sola, entre la muchedumbre de otros pueblos risueños, hermosos, libres y florecientes...

— Sigue á esto — dijo á su padre Maravillas, interrumpiendo la lectura — un largo párrafo muy bonito y de gran efecto, de conjuros y de apóstrofes por el estilo de los que ha oído usted, que duran hasta la mitad de esta segunda columna, y digo en seguida... «¿Sabes por qué eres andrajosa, y fea y esclava vil y degradada, ¡oh, Villavieja infelice? Porque el templo de tu Dios está henchido de riquezas, y sus criminales derviches adormeciéndote con sus cánticos soporíferos, como adormece el vampiro á sus víctimas con el aire de sus alas para chuparles la sangre...»

— Continúa después otro párrafo, también muy hermoso, todo lleno de respuestas de esta clase, con unos ejemplos y unas

comparaciones admirables por lo oportunas y la mucha erudición que revelan, y concluyo diciendo: «¿Quieres ¡oh, mi villa natal infortunada! romper tus cadenas, y ser grande y rica y bella? Pues demuele tus templos; sepulta entre sus escombros á tus ídolos grotescos, y arroja su recuerdo de tu memoria, y de tu mente la idea que los derviches te han cristalizado en ella de un Dios incompatible con la extensión que alcanzan á estas horas las exploraciones hechas en las regiones científicas por la razón humana. No por eso ¡oh pueblo de las grandes melancolías! quedarás huérfano y desamparado de ideales que te sublimen y ennoblezcan, algo más que las absurdas abstracciones metafísicas con que hoy te engañan. ¿Quieres saber á quién adoramos nosotros? A la Razón. ¿En qué templo? En el gabinete de estudio, en el laboratorio, en el taller. ¿Cuál es nuestra Biblia? La Naturaleza, con sus leyes físicas y su génesis racional y científicamente comprobada. ¿Nuestros Santos? Todos los hombres ilustres que han concurrido y concurren á la obra colosal de nuestra Reden-

ción verdadera, sustentando y propagando los dogmas imperecederos del positivismo materialista, que es nuestra religión y nuestra fe; las mismas que venimos á predicar entre vosotros, porque os amamos y queremos vuestro bien...»

— ¿Eh? ¿Qué tal, padre? Me parece que está bien rematadita la cosa; y picante... y hasta la empuñadura ¿eh?

El tabernero trasladó la mano que tenía junto á la oreja, al cogote, entre cuyos pelos grises, cerdosos y tupidos metió las uñas para rascarse.

— No he comprendido cosa mayor — dijo mientras se rascaba — la entraña de todo eso que has plumeado ahí. Como gustar, me gusta el palabreo y la... ¡Vaya! de lo mejor. Es manifiatura de sabio: se ve al golpe; pero todo eso de echar la iglesia abajo y otras cosas al simen... ¿qué te diré yo? Pudiera caer mal en Villavieja.

— No lo crea usted, — observó Maravillas riéndose del candor de su padre. — Aquí, en este pueblo, hay materia dispuesta para todo: lo que faltaba eran manos. Pues ya están acá. Sorprenderá, deslumbrará el

artículo, como le dije á usted antes; pero la luz se habrá visto, y las gentes vendrán á ella, como pájaros bobos... No lo dude usted.

— Más valdrá así, — dijo el tabernero bajando la mano y apoyando el codo sobre la cómoda. — ¿Y qué más, hijo?

— A este programa — continuó el sabio — siguen, como usted ve, unos versos, tontos y malos, como todo lo que pueden escribir estos majaderos villavejanos; á los versos, un sueltecillo sobre policía urbana; al suelto más versos, detestables también; y así, alternando versos chabacanos con gacetillas mías, concluye la tercera plana, y comienza la cuarta con esta noticia que voy á leer á usted, y dice así: «*Percance grave*: El jueves último salieron á voltejear fuera de la bahía, como lo tienen por costumbre, en un balandro de recreo, un joven muy conocido, de esta población, y una linda y elegante señorita forastera que reside en estas inmediaciones. No sabemos si por distracción de los dos ó por algún accidente imprevisto, porque escribimos de referencia, se fueron al agua de repente uno

tras otro, en alta mar; y en ella hubieran perecido, porque el balandro llevaba mucho andar, sin la serenidad y la destreza del marinero que los acompañaba á bordo y logró recogerlos. Celebramos de todo corazón que el percance no tuviera otras consecuencias que el susto del momento y los sinsabores subsiguientes por la falta de recursos con que se halló el joven para socorrer á la señorita en el estado angustioso y á todas luces lamentable en que salió de la mar. Afortunadamente, la necesidad, que es ingeniosa de suyo, suplió por todo, y la robustez y el buen ánimo hicieron lo demás. Nuestra más cordial enhorabuena á los entusiastas expedicionarios del hermoso yacht.»

—En esta noticia—dijo Maravillas á su padre—no hay nada, absolutamente nada de particular; de particular malicioso, se entiende: la relación, hasta galante y cortés, del caso que se refiere de público en la villa. Pues en seguida viene la *Variante histórica*... fíjese usted bien, *histórica*, á la *fábula de Hero y Leandro*. Hero y Leandro fueron dos personajes imaginarios también,

como el pájaro fénix. Hero una zagala y Leandro un zagal, vivían separados por el Helesponto, un brazo de mar, casi mar. Hero y Leandro se amaban, y Leandro pasaba de costa á costa nadando para echar un párrafo con Hero. En una de éstas, se enfurruñaron las aguas y pereció Leandro. Pues en la *Variante* se cuentan las cosas de otro modo: Hero visitaba á Leandro, no pasando el Helesponto á nado, sino en un barquichuelo, y á la vela. Un día se le puso el esquiñe quilla al sol, y Leandro, que lo presenciaba, se arrojó al mar y sacó á Hero medio asfixiada y hecha una sopa. En aquella soledad no había con qué socorrerla. Desnúdola el infeliz, lleno de angustia; y, á buena cuenta, la dió unos fregoteos de arriba abajo con unos herbachos secos que había á sus alcances; lo que me ha dado ocasión para pintar una escena muy notable del género naturalista que es el que impera hoy en todas las manifestaciones del arte... Resultado, que la chica vuelve en sí; que se pasa la mañana con el chico; que en tanto se le va secando la ropa al sol; que se la viste al fin, y que arre-

glado también el barquichuelo por el diligente y placentero galán, Hero se vuelve á su casa tan despreocupada y campante como si no hubiera roto un plato... Tampoco en este cuentecillo, considerado aisladamente, hay cosa en que pueda cebarse la malicia del lector al primer golpe; pero vaya usted observando que el cuento sigue inmediatamente, en el orden de colocación en el periódico, á la relación del percance del jueves; y va seguido, á su vez, de esta noticia, que no puede ser más inocente: «Dentro de muy pocos días llegará á Villaveja un acaudalado, culto y distinguido joven, ciudadano de una de las más florecientes repúblicas hispano-americanas, é hijo de dos ilustres villavejanos, cuyos deudos y tierra nativa viene á conocer el ilustre viajero, después de haber recorrido lo más digno de verse en Europa. Es casi seguro que entre los dos alojamientos que se le tienen dispuestos en la parte más *alta* y en la *baja*, respectivamente, elegirá el último contra lo que se esperaba hasta hace pocos días. Como las razones que pueda tener para ello no son de nuestra incum-

bencia ni de la del público, nos limitamos á consignarlo y á anticiparle la más cordial bienvenida.»

—Colocada esta última pieza, ¿no ve usted cómo van formando las tres seguidas un solo cuerpo con una misma intención, bien manifiesta y clara?

El tabernero confesó, bien á su pesar, que no lo veía tan manifiesto y claro como su hijo afirmaba: vamos, que no caía en la malicia.

—Eso consiste — díjole el sabio sin apurarse por la respuesta de su padre — en que no está usted en antecedentes, como lo están las personas para quienes se ha escrito eso: verá usted que luego lo pescan... Lo que ahora importa es que no sepan mis colaboradores la llegada del paquete ni la mía; porque andarán, como novicios que son, con un palmo de lengua fuera de la boca, por la curiosidad de ver y oler el periódico; y si le ven y le huelen, lo mejor que puede ocurrir es que relaten lo más sustancioso de él esta misma noche en el Casino, quitándole así el interés á los asuntos. ¡Pues me he dado yo poca fatiga para

lograr que el paquete esté aquí cuando debe de estar para que el reparto se haga á su debido tiempo! Mañana, domingo, cuya fecha lleva el periódico, ha de quedar distribuido en Villavieja antes de las ocho de la mañana. No se le olvide á usted volver á advertírselo á los repartidores, cuando les entregue, muy tempranito, la lista y los ejemplares correspondientes, que quedan aquí, como usted ve, ni encarecerles mucho las instrucciones que le tengo dadas para el reparto... ¿Se entera usted? Corriente. Pues á su sitio ahora todo el mundo, y que me suban algo de cenar en seguida, porque vengo desfallecido y con muchas ganas de acostarme.

A la mañana siguiente, antes de la misa segunda, que se decía á las ocho, ya no quedaban en manos de los repartidores de *El Fénix* otros ejemplares que los destinados á la masa anónima. Todos los demás se habían distribuido de casa en casa conforme á lo acordado. En algunas de ellas y en determinados puntos, se dejaron varios ejemplares: cincuenta en la de las Escribanas; otros tantos en el Casino; diez á

Rufita González; cinco á las Corvejonas; igual número á las de Codillo y á las Indianas; doce á los Carreños, y doce también á los Vélez, contando Maravillas con que todas estas gentes habían de tener señalado gusto en que *la cosa* circulara y se fuera propagando por la villa y fuera de ella.

A don Alejandro Bermúdez, que había ido con Nieves á misa primera, le entregaron su correspondiente ejemplar á la salida de la Colegiata, ahorrándose el repartidor una subida á Peleches. Allí mismo se repartieron otros muchos ejemplares de los destinados «á la masa». Don Alejandro, después de mirar el papel con más indiferencia que curiosidad, le plegó en tres dobleces y le guardó en el bolsillo. Nieves, entretanto, echaba una ojeada á la botica, en cuyo fondo solamente vió al mancebo con los brazos en alto y una botella en cada mano, trasegando líquido de una á otra. Ni señal de Leto ni de su padre. Éste, contra su costumbre de toda la vida, no había madrugado aquel día. Las emociones y las batallas de los anteriores le habían pegado á la cama á aquellas horas, bien á pesar suyo.

En cuanto á Leto, que se había pasado la noche en claro, después de la larga entrevista que tuvo con su padre recién llegado de Peleches, estaba encerrado en el cuartuco de la trastienda con *El Fénix Villavejano*. Por bajar á la botica se le entregó el mancebo con una mano, poniendo el índice de la otra, y sin hablar una palabra, sobre el renglón en que se leía: *Pereance grave*. Diez minutos después no parecía Leto un hombre, sino una fiera recién enjaulada.

Por este lado, los vaticinios de Maravillas se cumplían bastante bien: las malicias resultaban donde las había puesto él; por otros, el éxito había sobrepujado á sus esperanzas: el periódico fué una bomba en cada casa, particularmente en la de «los chicos de la redacción», que se espantaron al pasar la vista por el artículo-programa, motivo de indignación y de escándalo hasta para el más tibio de los villavejanos. ¿Qué no sería para los pobres chicos que con sus firmas se habían hecho solidarios de aquellas empecatadas doctrinas? ¿Cómo convencer á nadie de que habían sido engañados y sorprendidos? Buscáronse, en ayunas y

en chancletas, como estaban; halláronse, reuniéronse y deliberaron. ¿Qué hacer? Romperle la crisma. En eso convinieron todos, sin discusión; pero ¿y después? Arrancarle una declaración y dar ellos un manifiesto; pero faltaba la imprenta para propagarle con la abundancia y la rapidez que la urgencia del caso pedía...

Deliberando sobre esto quedaban á las nueve y media todavía, mientras Tinito, que tenía su plan, continuaba encerrado en casa donde había recibido, por conducto de su padre, las felicitaciones de los cuatro prosélitos que, como se sabe, tenía entre los gremios de zapateros y mareantes.

Esto había enorgullecido mucho al tabernero, y le había parecido á él signo de buen augurio. A un recado que se le mandó de parte de sus colaboradores, respondió por él su padre diciendo que había salido de casa.

Así hasta las diez y media. A esa hora, muy planchadito y repeinado, erguido hasta la rigidez, risueño de oreja á oreja, y solemne y augusto en su apostura, apareció delante de la Colegiata, dispuesto á

aceptar los honores del triunfo que habían de decretarle allí, en el momento de salir de misa mayor, las gentes más importantes de la villa.

Entretanto ocurría dentro, en la iglesia, un suceso muy extraordinario. El párroco don Ventura, después de leer dos proclamas de casamiento y de anunciar las fiestas de la semana, cogió otro papel que á prevención tenía sobre la mesa del altar; reclamó con mucho encarecimiento toda la atención de sus feligreses, y comenzó á leerle, en voz recia, pero alterada por una gran emoción. Era una protesta firmada por los seis colaboradores de Maravillas, contra todo lo que pudiera contenerse en *El Fénix Villavejano*, de ofensivo para las creencias religiosas ó el honor y la fama de las familias de aquel pueblo; ofensas ingeridas en el periódico, sin el conocimiento ni la menor aquiescencia de ellos. Se valían de aquel medio de publicidad para su protesta, por no tener otro á sus alcances, y á reserva de utilizar cuantos les sugiriera su vehemente deseo de entregar al juicio de la conciencia pública la conducta

incalicable del tal y del cual... ¡Bueno le ponían!

De todo ello tomó pie don Ventura para alabar la conducta de los declarantes y condenar las doctrinas impías, objeto principal de la protesta. «Atacar la religión de cierto modo, vamos, se ve á menudo; pero hombre, ¡negar á Dios; á Dios Uno y Trino, Grande, Omnipotente y Misericordioso!... ¡y en Villavieja! ¡Qué barbaridad!» Y lloraba de espanto y pesadumbre el bendito varón. Y sus feligreses, indignados antes, se conmovían con sus lágrimas y lloraban también.

Y Maravillas que oía estos rumores desde afuera, pensaba que eran rezos de los «fanáticos», y se reía de ellos á la vez que se impacientaba por lo que la gente tardaba en salir de la iglesia. Para entretener sus impacencias, paseaba arriba y abajo en la faja de sombra que proyectaba la mole, observado de una media docena de muchachuelos y otros tantos menestrales que andaban por allí matando el rato. Desde que había salido de casa, donde quiera que había puesto los ojos ó el oído, había visto el

periódico *suyo*, ó pescado alguna palabra referente á él; y los que le veían pasar, le miraban, le miraban, ¡con una fijeza y un interés!... Hasta los menestrales y los muchachos aquellos que andaban por la plazuela, le comían con los ojos. Pues ¡cuántos no había detrás de las vidrieras en las casas inmediatas, mirándole y admirándole? Y en estas ilusiones, media hora larga; y la gente en la iglesia.

En esto apareció Leto en la bocacalle inmediata á la botica. Aquel domingo (Dios se lo perdonara) se había quedado sin misa. Se le pasó la de ocho corriendo el temporal desahogado en el cuartuco de la trastienda. Después, por no ahogarse allí de ira y de indignación, había salido sin saber por dónde ni á qué: de calle en calle; y si al paso se topaba con Maravillas... Porque no podía ser de otro la laceria aquella de la cuarta plana del periódico: la *Fábula* desde luego lo era, porque llevaba sus iniciales. Pues, carape, ¿qué menos que un par de bofetadas para desahogarse un poco? Esto no podía chocarle á nadie; era de razón y de necesidad. En una de sus viradas,

tropezó con el fiscal que le detuvo para decirle:

— Vamos, amiguito, «si buenos azotes me dan, bien caballero me iba». No hay que quejarse.

— ¿Lo dice usted — le preguntó Leto enronquecido y algo convulso — por lo del libelo ese?

— Hombre, — respondió el fiscal recogiendo velas delante de aquel huracán á la sordina, — sí y no. Con pretexto de ello quería yo aconsejarle á usted que lo echara á risa; porque comparado con el bollo que tantos le envidian á usted, ¿qué vale el coscorrón que le cuesta?

— Pues mire usted, fiscal, y para que le vaya sirviendo de gobierno, — respondió el otro temblándole los labios: — si quiere usted que no se le atragante el bollo ese, guárdese mucho de volver á tomarle en boca delante de mí; porque por encima de cuanto le estimo á usted y hasta del sol que nos alumbra, pongo yo el respeto que se debe á la persona á quien apunta usted en su broma de mal gusto. Y dejémoslo aquí si le parece.

Y allí se dejó, con mucho placer del fis-

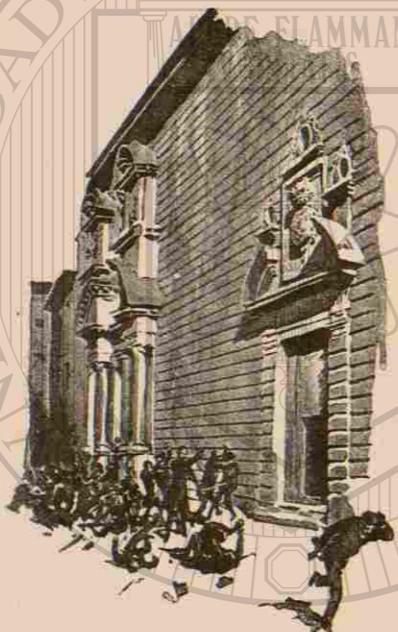
cal, que no tenía interés alguno en probar sobre su persona la fuerza de los puños de Leto embravecido. Fuése cada cual por su lado; y de esta aventura volvía, con la espina de su recuerdo atravesada en la garganta, el hijo de don Adrián Pérez, cuando se le ha visto aparecer en la plazuela por el lado de la botica.

— ¡Carape!... Allí está, — se dijo estremeciéndose todo al reparar en Maravillas.

Y se fué derecho á él con propósito de abofetearle; pero al llegar á su lado y verle tan poca cosa y empalidecer de susto, cambió de idea por escrúpulos de su conciencia hidalga, y se conformó, después de volverle de espaldas tirándole de las orejas, con administrarle una descarga de puntapiés, algunos de los cuales le levantaron más de un palmo sobre el encachado de la plazuela. Huyendo de los golpes que le contundían, trató de refugiarse en la iglesia; pero cabalmente comenzaba á salir entonces la gente; y aun quiso su mala fortuna que el primero que salía fuera Nilo Chuecas, el colaborador poeta de los *Cantares tiernos*; el cual, al verse cara á cara con el sabio, le plantó en ella

el mejor par de bofetones que se había dado en Villavieja muchos años hacía. Ocurrió también que detrás de Nilo salía de la iglesia *Tapas*, uno de los zapateros *ateos* admiradores de Maravillas; pero muy devoto rezador al mismo tiempo, y hermano de la Orden Tercera de San Francisco. Era mozo robusto y fuerte; y al ver á su ídolo huir de los puños de Nilo para caer en las puntas de los pies de Leto, fuése hacia éste en actitud de pedirle cuentas de lo que pasaba allí. ¡A buena puerta llamaba y en buena ocasión! Cabalmente estaba Leto deseando habérselas con alguno en quien desfogar sus iras sin que protestara su conciencia por abuso de poder. Y respondió á la interpelación del zapatero con una bofetada que sonó en toda la plazuela, é hizo dar á *Tapas* tres vueltas en redondo; salió entonces á la defensa del abofeteado uno de los menestrales que contemplaban á Maravillas poco antes, y obtuvo igual recibimiento que *Tapas*, del hijo del boticario; púsose Nilo Chuecas al lado de éste; salieron de la iglesia otros dos *ateos* de los prosélitos de Maravillas, y unieronse á los que peleaban por él; fueron

entrando en pelea por aquí y por allá gentes que no habían soñado en ello ni tenían por qué soñarlo; comenzaron los gritos de



las mujeres y los conjuros de los hombres pacíficos; presentáronse en escena otros dos colaboradores del maldonado periódico; llegó el mancebo de la botica; salió de la iglesia don Adrián, y detrás don Claudio Fuertes, que tomó sitio junto á Leto y comenzó á sacudir garrotazos á diestro y á siniestro; huyeron hacia la izquierda los Vélez y hacia la derecha los

Carreños, que tenían un miedo horrible á los alborotos populares; desmayáronse dos Escribanas, una Codillo y Rufita González, y abriéronse todos los balcones que daban á la plaza y llenáronse de gente que se llevaba las manos á la ca-

beza y estaba sin color y sin pulsos al ver á los combatientes de aquel campo de Agramante, rodar aquí en montón confuso por los suelos, allá esgrimiendo los puños en el aire, acá forcejeando entrelazados, y acullá á Leto y al comandante segando hombres en un espacio de tres varas en rededor, que siempre estaba desembarazado de estorbos. Por todo se reñía allí entonces menos por la obra empecatada de Maravillas, de quien nadie se acordaba ya y de cuyo paradero no se sabía.

Por último, vino el Juez de primera instancia acompañado de la Guardia civil; y así y todo costó Dios y ayuda deshacer aquella maraña de carne, y apaciguar las olas de aquel mar encrespado por primera vez en cuanto alcanzaba la memoria de los más viejos de la villa. Créese que influyó mucho en la feliz terminación de la lucha y en el más pronto despejo de la plaza, el haberse oído de repente el silbato de *El Atlante*, anunciando su entrada en el puerto: suceso que arrastró al muelle á la mayor parte de los espectadores de la refriega, y aun á algunos de los combatientes que esta-

ban *desocupados* en el instante de oírse los pitidos del vapor.

Mientras estas cosas tan graves ocurrían abajo, arriba, en Pelechés, sin tenerse la menor noticia de ellas, también pasaba algo que merece consignarse aquí por remate de la crónica de aquella mañana de eterna remembranza en los futuros anales de la perínclita Villavieja. Fué el caso que don Alejandro Bermúdez, olvidado ya de que había guardado en uno de sus bolsillos el periódico que le habían entregado al salir de misa primera, topó con él á media mañana; y por casualidad, al desdoblarle, quedó ante sus ojos la cuarta plana, como pudo haber quedado la primera. Fijó la vista en el epígrafe *Percance grave*, que estaba en letras de mucho relieve; tentóle la curiosidad, y leyó lo que seguía. Se quedó hecho una estatua al concluir. Repasó su memoria... «Justo y cabal», se dijo. Y voló en busca de Nieves, con el periódico en la mano y las gafas en la punta de la nariz.

Sin sentarse y temblándole el papel entre

los dedos, leyó á su hija lo del *Percance grave*. Cuando acabó de leer, Nieves estaba pálida, pero atenta y muy en sí.

— En este puerto no hay más que un yacht — dijo Bermúdez mirando muy fijamente á su hija por encima de las gafas, — ni más señorita forastera que ande en él, que tú; y para inventada, me parece mucho esta noticia... Después, se da por ocurrido el suceso el jueves, el mismo día de aquellas mis confusiones... Vamos, que las señas son mortales...

— ¡Ojalá — respondió Nieves — que entonces, como estuve tentada á hacerlo, te lo hubiera confesado todo!

— ¿Luego es cierto?

— Si me prometes oírme sin enfadarte conmigo, ni con *nadie*, — dijo ella subrayando esta palabra con una sonrisilla algo forzada, — yo te referiré el caso con todos sus pormenores, que no dejan de ser de importancia.

— Yo te prometo cuanto quieras, hija mía, — repuso Bermúdez trasudando de congoja y sentándose al lado de Nieves. — Pero cuenta, ¡cuenta, por el amor de Dios! y

sácame cuanto antes de esta terrible curiosidad en que estoy metido.

Y empezó Nieves á relatar; y relatando ella punto por punto todo lo ocurrido aquel día memorable, con la más escrupulosa minuciosidad, y aun recargando los trazos y los colores en algunos pasajes, como si intentara grabarlos hondamente en la memoria y en el corazón de su padre; oyendo él absorto, estremeciéndose á menudo, aterrado en ocasiones, descolorido y suspenso siempre; preguntando y repreguntando á veces para apurar la materia; y llevando, por último, ella y él la conversación á los sucesos domésticos que tuvieron origen en el relatado por Nieves, se les fué pasando la mañana hasta la hora de comer; llegó entonces don Claudio Fuertes, y aconteció lo que el lector verá en el siguiente capítulo, que, si no es el último de la presente historia, ha de andar muy cerca de serlo.



XIII

EN EL QUE TODOS QUEDAN SATISFECHOS
MENOS EL LECTOR

Aconteció primeramente, que don Alejandro Bermúdez, sin dar tiempo á que su amigo se sentara, ni acabara de saludar siquiera, le informó de lo tratado allí con Nieves; noticia que alegró mucho á don Claudio, porque había temido, al ver los extraños continentes del padre y de la hija, y al primero con el endiablado papel entre manos, que se hubieran tragado el veneno

sácame cuanto antes de esta terrible curiosidad en que estoy metido.

Y empezó Nieves á relatar; y relatando ella punto por punto todo lo ocurrido aquel día memorable, con la más escrupulosa minuciosidad, y aun recargando los trazos y los colores en algunos pasajes, como si intentara grabarlos hondamente en la memoria y en el corazón de su padre; oyendo él absorto, estremeciéndose á menudo, aterrado en ocasiones, descolorido y suspenso siempre; preguntando y repreguntando á veces para apurar la materia; y llevando, por último, ella y él la conversación á los sucesos domésticos que tuvieron origen en el relatado por Nieves, se les fué pasando la mañana hasta la hora de comer; llegó entonces don Claudio Fuertes, y aconteció lo que el lector verá en el siguiente capítulo, que, si no es el último de la presente historia, ha de andar muy cerca de serlo.



XIII

EN EL QUE TODOS QUEDAN SATISFECHOS
MENOS EL LECTOR

Aconteció primeramente, que don Alejandro Bermúdez, sin dar tiempo á que su amigo se sentara, ni acabara de saludar siquiera, le informó de lo tratado allí con Nieves; noticia que alegró mucho á don Claudio, porque había temido, al ver los extraños continentes del padre y de la hija, y al primero con el endiablado papel entre manos, que se hubieran tragado el veneno

vertido en su cuarta plana con ese fin por Maravillas. Ventilado aquel punto á la ligera, el comandante dió por supuesto que los señores de Peleches estarían enterados de lo que acababa de suceder en la villa. No tenían la menor noticia de ello.

— Y ¿cuál ha sido la causa? — preguntó Bermúdez después de la ligerísima pintura del suceso, que les hizo don Claudio.

— La causa verdadera y fundamental de todo — respondió éste — ha sido el artículo que le habrá chocado á usted, por lo desfachatamente impío, que va á la cabeza del periódico que tiene usted en la mano.

— No he leído de todo él — respondió don Alejandro — más que la noticia esta, que nos ha dado qué hablar y qué pensar á Nieves y á mí para toda la mañana.

— ¡Hombre! — exclamó Fuertes como si se alegrara mucho de ello. — Pues tanto mejor entonces... A ver, á ver, mi señor don Alejandro: como fiel cristiano que es usted, está obligado á entregarme ese periódico... Venga.

Don Alejandro se le entregó siguiendo lo que le parecía broma de su amigo.

— Y yo — añadió éste — tengo el deber, como fiel cristiano que también soy, de



hacer trizas el papelejo y arrojarlas por el balcón.

Y como lo decía lo iba haciendo.

— Porque han de saber ustedes — prosi-



guió después de volver á su asiento — que este periódico ha sido excomulgado desde el altar por don Ventura, en misa mayor, con encargo muy encarecido á sus feligreses, de que destruyan cuantos ejemplares lleguen á su poder ó vean en el de sus deudos ó amigos... Es el demonio el tal Maravillas. ¡Lo que él ha revuelto hoy!

Estando en esto, avisó Catana que estaba servida la sopa.

— Pues mientras ustedes comen — dijo don Claudio levantándose — les daré cuenta minuciosa de todo lo ocurrido; porque ese solo fin es el que me ha traído aquí á estas horas.

— Lo mejor será — contestó don Alejandro, apoyado en seguida por Nieves — que coma usted con nosotros.

— Aceptado el envite, — dijo Fuertes, — contando con que también se me hará el favor de mandar un recadito á mi casa para que no me esperen.

Así se hizo.

Don Alejandro comió poco y Nieves menos. En cambio don Claudio Fuertes no cerró boca, más, en verdad sea declarado,

hablando que comiendo. Refirió el motín y el suceso que le precedió en la iglesia, con todos sus pelos y señales. Hasta Leto y él, y Cornias y el mancebo, y casi, casi, don Adrián, habían tenido que andar en la gresca. No recordaba él haber dado más garrotazos en su vida... ni á los moros de África. Triste era haberse ensañado tanto en sus propios convecinos; pero se habían ido hacia aquel lado todos los ganapanes de Villavieja, y hubo que defenderse y ayudar á los amigos. La botica se había colmado después de desmayadas y contusos; y á don Adrián, y á Leto y al mancebo, y al mismo Cornias, les faltaba tiempo para disponer antiespasmódicos y aplicar compresas de árnica y vegeto, y hasta alguna que otra tira de aglutinante. No se había visto otra ni se volvería á ver tan pronto en Villavieja. Las gentes formales estaban indignadas con el mequetrefe; y las familias de sus colaboradores engañados, pensaban llevar el asunto á los tribunales de Justicia. También se hablaba de tomar alguna medida gubernativamente, por haberse repartido el periódico sin la debida

autorización oficial. Había bastante *tolle, tolle*, contra las Escribanas, por ser cosa corriente que la mayor de ellas había pagado á Maravillas los gastos de la edición. De Maravillas se afirmaba, y sería verdad, que había huído de Villavieja durante lo más recio de la refriega, á uña de caballo, hacia la ciudad. Su padre había cerrado la taberna, muerto de miedo; y desde una ventana de arriba había declarado al pelotón de curiosos que le apostrofaban desde abajo, que estaba dispuesto á comerse todos los ejemplares del periódico que se le presentaran, si con ello se calmaban las iras reinantes contra él. Del hijo, que no se le hablara: era un trastuelo, un hereje, que tenía que acabar mal si no cambiaba de ideas, como se lo tenía él bien advertido... Se creía que bajaría muy poca gente por la tarde á ver el vapor que había entrado; porque los espíritus estaban muy soliviantados, y se aguardaba en el Casino un lleno después de comer, y quizá algún disgusto entre los chicos colaboradores, que ardían, y cualquiera que tuviera la mala ocurrencia de «tomarles el pelo» ó defender al

fugitivo. En fin, que podía dar juego todavía el programa del sabio Maravillas. El pobre don Adrián no había salido aún de su espanto. Leto, después del desahogo que se había dado á todo su gusto sobre Maravillas y sus defensores, estaba ya tan sereno y en sus quicios ordinarios; á él, á don Claudio, con verle bastaba.

Se continuó hablando del suceso; acabóse antes que el tema la comida; retiróse Nieves de la mesa; alzáronse los manteles; sirvióse el café á los dos comensales que quedaban en ella; tomáronlo, bien interlineado con sorbos de excelente licor y chupadas á muy exquisitos habanos; y á medio consumir éstos aún, rogó don Alejandro Bermúdez á don Claudio Fuertes que pasara con él á su gabinete, porque tenía que hablarle en secreto de cosas de sumo interés.

Encerrados ambos, muy picado de la curiosidad don Claudio Fuertes y muy preocupado, pero muy sereno y armado de resolución don Alejandro Bermúdez, dijo éste:

—¿Usted había notado algo de esa que

podemos llamar enfermedad de mi hija, que yo descubrí, y de la cual le hablé anteayer en este mismo sitio?

— ¡Pshe! — respondió don Claudio después de meditar un instante y comprendiendo, por el tono de la pregunta y por el aire de Bermúdez al hacerla, adónde iba á parar éste con el asunto en aquella ocasión; — algo, algo, no era difícil de notar: ya ve usted, á perro viejo... Pero cuando me convencí de que lo había, y mucho, quizá sin haberlo notado ninguno de los dos, fué cuando él, espantado con la idea de que pudiera llegar á oídos de usted la noticia del suceso que Nieves le ha referido hoy, me buscó para referirmele á mí en el mayor secreto. ¡Qué cosas adiviné entonces, don Alejandro! y francamente, ¡qué grandes y qué hermosas y cuán de admirar en aquel noble y valiente muchacho!

— Sí, señor, — dijo Bermúdez sacudiendo con el dedo meñique en un cenicero de porcelana que había sobre la mesa-escritorio, la ceniza de su medio cigarro, — para que nada falte en este malhadado asunto, hasta hay de por medio su rasgo de novela; ese

toque romántico del salvamento de la protagonista.

— ¡Buen romanticismo nos dé Dios, señor don Alejandro! ¡Romántico un lance de una realidad tan tremenda, que todavía me pone los pelos de punta cuando le recuerdo en toda su imponente sencillez!

— ¿Los pelos de punta, eh? Mire usted los míos, don Claudio, que aun chisporrotean desde que oí el relato hecho por Nieves. ¡Y si viera usted cómo está la sangre de mis venas, y lo que pasa en el fondo de mi corazón, y las ideas que hierven en mi cerebro!...

— Por visto, don Alejandro, por visto. Pero le he oído á usted calificar de malhadado al asunto principal, y me voy á tomar la libertad de decirle que no hallo el calificativo arreglado á justicia.

— ¡Canástoles!... ¿Cómo que no?

— Pues como que no.

— Yo tenía mis planes, señor don Claudio; yo tenía mis planes.

— Corriente: tenía usted sus planes.

— De lo que me dió á entender mi hija el viernes; de lo que ayer sábado me declaró

sin ambages, y de lo que hoy ha dejado traslucir en su relato, se deduce que su enfermedad, como le he dicho á usted antes, no tiene más que un remedio; y ese remedio es incompatible con los planes que yo tenía.

— Y ¿qué iba usted buscando en esos planes, señor y amigo mío? ¿el bien de su hija ó el bien del otro?... Entendámonos: dando por hecho que yo tengo noticias de esos planes, porque ciertas cosas no se pueden ocultar.

— Concedido, y me parece ociosa la pregunta de usted. ¿Qué otro bien he de perseguir en esos planes, sino el bien de mi hija?

— Conformes; pero verá usted como no fué mi pregunta tan ociosa como cree: ¿qué garantías le han dado á usted de que la felicidad de Nieves ha de hallarse por el camino de esos planes?

— Hombre... cuantas pueden darse en un caso así.

— Ninguna, señor don Alejandro, ninguna. Usted solamente conoce á su sobrino... porque del hijo de doña Lucrecia se trata, ¿no es verdad?... Corriente: usted no conoce á ese sobrino más que por el

retrato, por sus cartas y por los elogios que de él le habrá hecho su madre; y todo esto es muy poco.

— ¡Poco?

— Sí, señor, muy poco... nada; porque con todo ello junto y á pesar de las ponderaciones honradísimas de su madre, sin que ella lo sepa puede ser el chico un perdulario, ó llegar á serlo, ó un descastado, ó un hombre inútil y un detestable marido...

— ¡Eche usted, canástoles! ¡eche usted más peste si le parece poco todavía la que ha echado sobre el pobre chico! Amigo de Dios, llevando las cosas á tales extremos...

— He hablado en hipótesis, señor don Alejandro, y nada inverosímil por cierto... Y ¡qué demonio, hombre! desde luego puede apostarse la cabeza á que ese caballerito, con todos sus caudales y sus vuelillos y hopalandas de letrado, no es capaz de arrojarse á la mar para sacar de ella á su prima, como lo ha hecho el otro.

— ¡Bah!... Ya salió otra vez el rasgo novelesco.

— Porque ha venido al caso que salga; no por lo que tiene de novelesco, que no

tiene nada, como usted mismo cree, aunque no me lo confiese; sino como revelación del alma más noble y generosa que ha encarnado en cuerpo humano.

— ¡Qué entusiasmos, hombre!... No parece sino que todos...

— Es justicia, señor don Alejandro, créalo usted; y porque viene á pelo.

— De todas maneras; yo tengo mis compromisos con mi hermana desde muchos años hace, y su hijo viene á España confiado en la seriedad de ellos.

— ¿Se habían formado esos compromisos con el consentimiento de Nieves?

— Siempre estuve en cuenta de que sí; pero al oirla á ella ahora, resulta que no.

— ¿Y es posible que usted, el mejor de los padres y el más caballero de los hombres... (sin asomo de lisonja, señor don Alejandro) sea capaz de conceder más importancia á esos compromisos, mal contraídos, que á las repugnancias de Nieves á sancionarlos? ¿Quién, que le conozca á usted como yo, ha de creerlo?

— Nadie, ¡canástoles! nadie; porque yo tampoco lo creo; pero ¿por qué, con planes

ó sin ellos, se me ha atravesado este estorbo aquí? ¿Por qué no han ido las cosas por sus pasos contados?

— Y ¿qué más contados los quería usted, don Alejandro? Se han hallado sin buscarse; se han tratado sin pretenderlo; se han entendido sin explicarse... ¡Si hasta parece providencial, hombre! créalo usted.

— No me refería yo á esos trámites ni á ese asunto, sino á que el otro, si no cuajaba, se hubiera deshecho aquí por la buena y de común acuerdo, sin la menor alteración en nuestra vida y costumbres. Eso quería yo, y no esta inesperada complicación que lo echa todo patas arriba. Porque no hay que soñar en arrancarla la idea: la tiene arraigada en lo más hondo; la coge en cuerpo y alma. ¡Y tratándose de un carácter como el suyo, tan entero, tan equilibrado y firme!... ¿Quién demonios había de pensar que la diera por ahí?

— Pero, hombre, cualquiera que le oyera á usted pensaría que Nieves había puesto sus ojos en algún foragido... ¡Caramba! déle usted á Leto el caudal del mejicano, y á ver si hay mejor acomodo que él para una

chica soltera, en todo el orbe conocido...

¡Y como usted es pobre, gracias á Dios!...

— No es eso, señor don Claudio, precisamente... Mire usted: por de pronto, es una niña todavía...

— Así y todo, estaba usted dispuesto á que se la llevara su primo.

— O no se la llevaría, señor don Claudio, aun suponiendo que mis planes hubieran prosperado; porque entre acordarlo y realizarlo, puede haber otra vuelta á Méjico, que no está á la puerta de casa; y con unas dilaciones y con otras y tan separados los dos, un año se pasa pronto; mientras que este otro lío no da aguante...

— ¿Tanta prisa tiene ella, don Alejandro?

— Ninguna: por su gusto, á lo que yo la entiendo, se pasaría toda la vida como ahora... y lo creo; pero ¿cómo deja usted las cosas así y en continuo trato los dos?...

— Ciertamente...

— Pues vuelvo á lo dicho: es una niña todavía... ¡y decir á Dios que al primer vuelo... del nido á la rama, como si dijéramos... ¡zas!

— ¿Y qué, cayendo, como cae, en blando? ¿Está usted seguro de que al tercero ó cuarto... ó vigésimo vuelo, después de metida en las espesuras del mundo, y con más años y más apetitos encima, hubiera caído mejor?

— Además, hombre, ¡qué canástoles! cuando yo empezaba á recrearme en ella, recién educada con tantas precauciones y tantos cuidados...

— ¿Y, por ventura, se la roban á usted de casa para llevársela por esos mundos afuera... á Méjico, verbigracia, donde no la vuelva á ver en muchos años... ó nunca quizá? Si hasta por ese lado sale usted ganando en la nueva jugada; pues lejos de quedarse sin la única hija que tiene, adquiere otro hijo más, que le acompañe y le quiera y le venera... ¡Ah, caramba, si yo me viera en pellejo de usted! (cuántas veces me lo he dicho y se lo hubiera dicho á usted autorizado para ello, como ahora lo estoy, desde que sigo de cerca este pleito y he estudiado los autos con interés); ¡si me viera yo en su pellejo!...

— ¿Qué haría usted en ese caso?

— Pues haría... ¡qué demonio! lo mismo que va usted hacer, sólo que yo lo hubiera hecho desde que noté el primer síntoma de eso que usted llama enfermedad de su hija.

— Pero, hombre, si, por errarla en todo desde que llegué a Peleches, tan atiborrado de ilusiones, hasta me ha fallado la máxima que yo consideraba infalible.

— ¿Qué máxima?

— Aquella de los aires puros... ¡Lo que yo la he ventoleado!

— Vamos, señor don Alejandro: hoy no da usted pie con bola, y todo lo mira del revés. ¡Decir que le ha fallado la máxima cuando acaba de cumplírsele al pie de la letra! ¿Qué pensamientos más nobles ni mejor colocados quiere usted en una mujer, que los que han infundido en Nieves los aires de Villavieja?

— Pero no son los que traía de Sevilla.

— Prendidos con alfileres, y no tan buenos; luego aquí han mejorado y echado raíces. Si no tiene escape, don Alejandro; y aunque le tuviera ¡voto al draque! por el bienestar de una hija se tragan bombas con espoleta, cuanto más insignificancias como

la de la máxima esa, que no es artículo de fe, y menos entre cristianos... Y dígame ahora con toda franqueza y hablando en perfecta seriedad, ¿desde cuándo siente usted esas tentaciones tan fuertes de transigir?... Porque anoche estaba usted duro como una peña.

— Desde anoche mismo; desde que oí al pobre don Adrián. La compasión que por él sentí y ¿á qué negarlo? lo que de él aprendí oyéndole, me despejaron mucho los nubladados de mi cabeza, y pude así ver y estimar las cosas con mayor serenidad. Después, la verdad sea dicha, el acto de su hijo, referido por Nieves esta mañana; las reflexiones á que esto me ha traído, ¡tan hondas, tan complejas!... En fin, hombre, ¿á qué canástoles hemos de andar en más pame-mas?: le aseguro á usted que si no fuera por la contrariedad del arrastrado compromiso viejo y el temor de que mi pobre hermana Lucrecia, á quien ya no le cabe en la piel de puro gorda que está, estalle con el disgusto...

— Eso, señor don Alejandro, es llevar los escrúpulos á lo increíble; y, si usted un

poco me apura, hasta meterse en los desig-
nios de Dios... Demos de lado esos óbices
nimios ó pecaminosos; y dígame, tomando
las cosas donde las circunstancias y la vo-
luntad de Dios, sin duda alguna, las han
puesto, ¿conoce Nieves esas buenas disposi-
ciones de usted?

— Conocerlas, así como suena, no; pero
contar con ellas, de fijo. ¡Pues es tonta la
niña, y no me tiene bien estudiado que
digamos!... Y ¿qué tal cara pondrá el
otro?...

— ¿El de Méjico?

— No, el de acá.

— ¡El de acá! ¡Leto?... Mi señor don
Alejandro, ¿puede usted imaginarse la cara
que pondrá un santo al entrar en la Gloria
eterna? Pues, en la proporción debida entre
lo celestial y lo más noble de lo terreno,
esa cara será la que ponga el hijo de don
Adrián cuando sepa que los montes se le
allanan...

— Y don Adrián, ya que usted le men-
ciona, ¿cómo lo tomará?

— Ese debe darle á usted más miedo en
este caso que doña Lucrecia. Si lo toma á la

altura de lo que le quiere á usted y admira
á Nieves, ¡pobres de nosotros! Pero tam-
poco en este reparo debemos detenernos: la
muerte por hartazgo de felicidad, es envi-
diable.

— ¿Le parece á usted que solemnice las
pases con ellos comiendo juntos aquí?

— Antes con antes.

— Mañana mismo.

— Yo empezaría con unos preliminares
esta misma noche.

— No, señor: esta noche, y aun esta
tarde, las necesito yo para negociar con
Nieves y ponernos de cabal acuerdo los dos.

— Me parece bien; pero de todas mane-
ras, yo reclamo para mí el altísimo honor
y el regalado deleite de ser en la botica el
mensajero de tan buena nueva. ¡Se las he
dado tan amargas á los dos excelentes ami-
gos en estos últimos días!...

— Concedido con toda el alma.

— Pues sélleme usted las credenciales
con un apretón de manos.

— Ahí va la mía, y el corazón con ella.

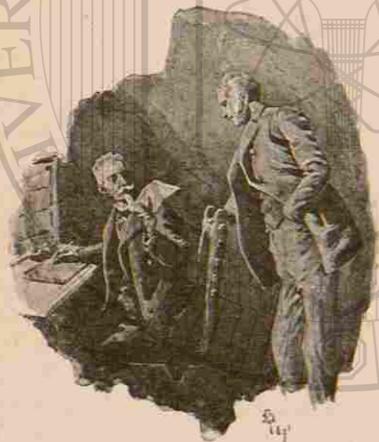
— Un abrazo además.

— ¡Y bien apretado, canástoles!... y

otro para cada uno de ellos, á buena cuenta.

— Serán fiel y honradamente transmitidos... Esto engorda, señor don Alejandro...

— Sí, señor don Claudio; y Dios le pague á usted la parte que le alcanza en este bien que recibo. ¡Qué días éstos pasados! ¡qué noches!...



— ¡Quién piensa ya en esas bagatelas? Ahora, usted á volver la vida á la pobre Nieves; y yo á la botica con la buena nueva. Quisiera tener alas para llegar de un vuelo desde aquí.

— Aguarde usted un instante... Entérese de esa carta que tengo en el bolsillo desde ayer tarde: la que armó la tempestad.

— « Nacho... » ¡Hola! ¿Del sobrinito, eh?... ¡Demonio!... ¡demonio! Este « buen origen » es Rufita González... Sí... justo...

la misma... Vamos, tal para cual... Pero, hombre, ¿tenía usted en su poder este comprobante y dudaba todavía?...

— ¿Qué juicio forma usted de todo eso, señor don Claudio?

— ¿No acaba usted de oirme?... ¿O pretende que se le dé por escrito? Pues aguarde usted un poco.

Sentóse don Claudio Fuertes delante del pupitre; cogió pluma y papel, y escribió en un credo algunos renglones que leyó después á don Alejandro Bermúdez, y decían así:

« Mi querido sobrino: Por las sospechas que apuntas en tu carta del tantos, es posible que te convenga mejor que el hospedaje que en esta casa tenías y tienes á tu disposición, el que te reserva en la suya la persona que te fué con la noticia que ha dado origen á tus temores, si es que persistes en tu propósito de venir á Villavieja; pues pudieras haber variado de parecer después de considerar que no tienes derecho alguno ni autoridad suficiente para hacerme la pregunta y las reflexiones que

me haces en tu mencionada carta. Tu tío, etc...»

— ¡De perlas, amigo don Claudio, de perlas! — dijo don Alejandro recogiendo el papel de manos del comandante. — Me alivia usted de un trabajo engorrosísimo. Al pie de la letra lo copio, y va esta misma noche al correo.

— Si quiere usted que se recargue un poquito la suerte, — respondió don Claudio muy serio, — pida con franqueza.

— Me parece que sobra con esto. Al buen entendedor...

— Pues entonces me largo á escape... Conque ¿hasta la noche, don Alejandro?

— Hombre, me parece bien la idea: vuélvase, solo por supuesto, un ratito esta noche para darme cuenta del resultado de sus primeras negociaciones.

— Sí, señor, y para saludar á Nieves de paso... ¡Caramba! que también yo soy hijo de Dios.

Se fué el comandante y se quedó Bermúdez en su gabinete un buen rato, palpándose el tronco, atusándose el cabello á dos

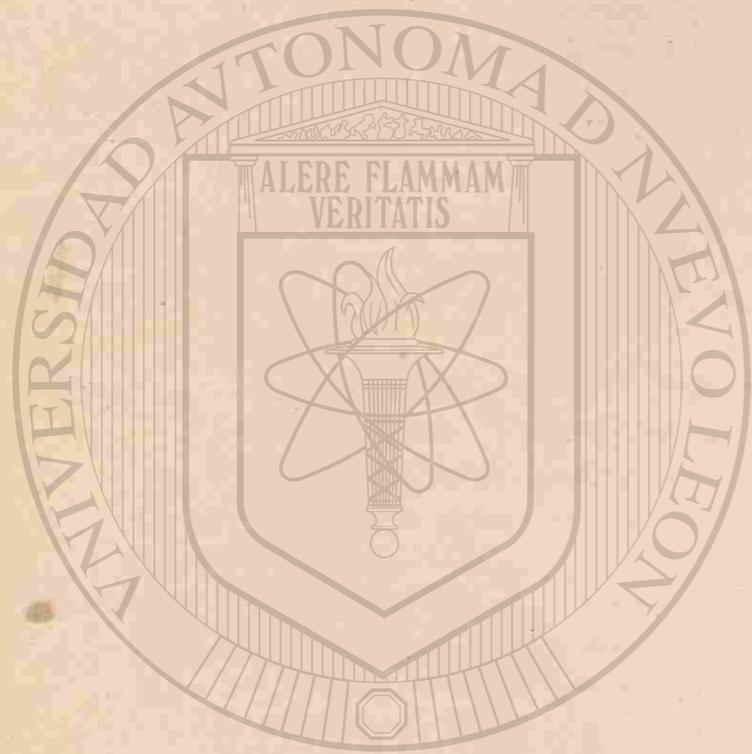
manos, tomando alientos y moviéndose á un lado y á otro; hasta que se detuvo y dijo, volviendo á llevarse las manos á la cabeza:

— Pues, señor... ¡á ello, y que Dios lo bendiga!

Y salió del gabinete.

Polanco, Julio de 1890.





ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO

	PÁGS.
I. . . — Las primeras semanas.	5
II. . . — Crónica de un día.	29
III. . . — Cartas cantan.	55
IV. . . — Gacetilla.	87
V. . . — Mar afuera.	95
VI. . . — Bajo el tambucho.	125
VII. . . — En la villa.	153
VIII. . . — En Peleches.	171
IX. . . — Al día siguiente.	201
X. . . — Un incidente grave.	225
XI. . . — La tribulación del boticario.	251
XII. . . — «El Fénix Villavejano».. . . .	275
XIII. . . — En el que todos quedan satisfechos menos el lector.	305

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





DAD AUTÓNOMA DE NUE
CIÓN GENERAL DE BIBLIOTE